



Universidad de Chile

Instituto de la Comunicación e Imagen

Escuela de Periodismo

60 años de militancia bajo el sol: La historia del Partido Socialista de Vallenar

Memorista: Juan Santana Castillo

Profesor guía: José Miguel Labrín

Julio 2015

INDICE

-Agradecimientos.....	3
-Trabajadores de izquierda.....	4
-Vallenar en los '60.....	6
-Raíces del PS en Vallenar.....	8
-La elección presidencial 1964.....	10
-Liderazgos ejemplares.....	12
*Profesores	13
*Organizaciones sociales	15
-Todo por Allende.....	17
*Rol de la JS	18
*Desde todos los frentes	20
-Inicios del gobierno.....	23
-Elecciones municipales 1971.....	25
-La interna: viejos caducos v/s ratas revolucionarias.....	29
-Disputa en las calles.....	32
-La mañana más triste.....	34
-Cuando el odio supera la tolerancia.....	42
*La caravana del desierto	45
*El adiós de un gran líder	47
*Una pesadilla eterna	48
-La más digna de todas las luchas.....	49
*AGECH	53
*La lucha de una gran mujer	55
*PS Almeyda y Renovados	59
-El tan esperado momento.....	60
-A retomar la senda.....	63
-Un socialista llega al municipio.....	69
-El reimpulso del comunal Vallenar.....	79
*A continuar con la tarea	81
*Importantes pasos	83
*El desgaste natural	86
*La dignidad de la derrota	88
-La Familia más Unida que Nunca.....	91

AGRADECIMIENTOS:

A Esperanza Peña, Ricardo Ávalos, Marina González, Ángel Alcota, Jorge Pino, Guillermo Hormazábal, Nacira Saavedra, Magaly Varas, Luis Pastén, Mario Silva, Pedro Lagos, Juan Horacio Santana. A los ex senadores de la república y ex presidentes del PS Ricardo Núñez y Camilo Escalona. A Marcela Mella, hija de una mujer que trascendió en el socialismo. A ellos y a cada uno de sus valiosos relatos. Y por cierto, también a mi familia, a mis amigos, profesores y al pueblo socialista de la Región de Atacama. Todos ellos constituyen el espíritu y la voluntad para poder escribir este sencillo texto.

TRABAJADORES DE IZQUIERDA

1960. Se iniciaba una década de mucha movilidad social para Chile. El país estaba dirigido por un gobierno de derecha encabezado por el ingeniero Jorge Alessandri Rodríguez, cuando uno de los terremotos más grandes de la historia de la humanidad azotaba a la zona sur. Jorge, hijo del otrora también presidente chileno Arturo Alessandri Palma, tenía en sus hombros la responsabilidad de levantar a una nación que se encontraba en uno de los momentos más adversos del siglo XX. Una importante inyección de recursos económicos, más el reconocimiento del programa norteamericano “Alianza para el progreso”, fueron las acciones que el gobierno chileno llevó a cabo para iniciar la reconstrucción. En la entonces Provincia de Atacama se miraba con recelo las noticias que llegaban del sur. Muchos de los nortinos se encontraban en alerta ante los efectos que podrían generarse producto de la catástrofe, pero lo cierto es que el evento sísmico no alteró la normalidad de sus hogares. Normalidad que no se traducía en un buen pasar para sus vidas. Al contrario, por esos años las familias de Atacama y del norte chileno vivían una dura realidad que se reflejaba en diversas situaciones del día a día, particularmente en las precarias condiciones laborales de los trabajadores mineros.

En esos años había en la provincia un indicio de lo que posteriormente caracterizará la política de Chile: el norte, y particularmente Atacama, se presentaba como una zona en donde los sectores progresistas y la izquierda eran absoluta hegemonía. No era necesario realizar una profunda reflexión para entender que ese rasgo estaba directamente relacionado con la realidad del proletariado local. Con algunas décadas de vida, las ideas de reivindicación laboral de Luis Emilio Recabarren, Clotario Blest y Eugenio González habían calado profundamente en la población trabajadora del país. Todo esto, sumado a los vanguardistas programas de gobierno que presentaban las entonces candidaturas a la presidencia de tres senadores de la época: Eduardo Frei Montalva (quien representaba a la Democracia Cristiana), Salvador Allende (candidato del Frente de Acción Popular, FRAP) y Luis Bossay (representante del Partido Radical). Y aunque ninguno de ellos pudo superar en la elección del 4 de septiembre de 1958 a Jorge Alessandri (quien obtuvo 389.909 votos, equivalentes al 31,56% de la votación), la suma de estos tres representantes de centro izquierda sumaban dos tercios del universo electoral; cuestión que, al margen de las

diferencias que existían entre las organizaciones que dichos líderes representaban, reafirmaba la predominancia de las convicciones humanistas en la sociedad de Chile de ese entonces.

En Atacama esta situación fue aún más decidora. De hecho, Allende obtuvo una clara primera mayoría, seguido por Bossay y Frei. Es más, la suma de estos tres candidatos en la provincia alcanzaba algo así como el 85% de los votos, dejando arrinconados tanto al candidato de derecha como a Antonio Zamorano , el llamado “cura de Catapilco”, quien además fue responsabilizado de quitarle votos a Allende y facilitar así el triunfo a la candidatura de Alessandri.

La intención de voto de esta zona era evidente. Ricardo Ávalos, militante del Partido Socialista desde la década del ‘50, recuerda que su partido apoyó de lleno a Salvador Allende, dejando atrás las diferencias que se habían dado en el proceso anterior, en 1952, cuando el apoyo socialista se dividió entre las candidaturas de Carlos Ibáñez y el mismo Allende.

"En la elección del '52 yo apoyé a Ibáñez. Pintaba con la brocha 'Ibáñez al poder', 'Viva Ibáñez', 'Ibáñez Presidente'. Pero el '58 el partido se unificó y se apoyó a Allende, quien perdió por un escaso margen. Yo tenía dieciocho años y mi padre también apoyó a Allende e incluso trajimos gente a votar en nuestro camión", agrega Ricardo Ávalos.

En este mismo contexto, y en una de las tantas visitas a Vallenar del candidato Allende, se produjo una recordada anécdota.

"Anselmo Silva era un viejo militante, le decían "El zorro". Don Anselmo estaba enfermo, estaba en cama ese día que vino Allende, entonces los compañeros le pidieron al candidato que lo fuera a saludar y este accedió. El asunto es que cuando don Anselmo lo vio, le dijo 'aquí viene mi candidato, si tiene hasta la cara de presidente, usted es un líder', a lo que Allende respondió 'Sí Anselmo, acuérdate que el año '52 te echaste a andar cuando vine a Vallenar e hiciste andar los camiones, no te olvides'. En ese momento la pieza quedó en silencio por algunos segundos. 'Chichito esas cosas ya están pasadas', le dijo Don Anselmo. Después de esa conversación, Allende se fue y nos quedamos algunos pocos compañeros conversando ahí, comentando la visita del 'Chicho' a lo que Don Anselmo se restringió a comentar en un tono de sorpresa: '¡La memoria del hueón!', frase que causó carcajadas", recuerda Ávalos.

Antes y después de esta elección presidencial también hubo comicios parlamentarios en todo el país, en los cuales se definieron los representantes locales para el poder legislativo. De acuerdo a esto, la llamada Agrupación Provincial Atacama-Coquimbo contó con cinco representantes para el periodo 1957-1965: Isauro Torres Cereceda y Humberto Álvarez Suárez del Partido Radical, Hernán Videla Lira y Raúl Marín Balmaceda (quien tras fallecer ese mismo año fue reemplazado por Hugo Zepeda Barrios) del Partido Liberal y el chañaralino Alejandro Chelén del Partido Socialista. En tanto, los diputados electos para los años 1961-1965, en representación de los Departamentos Chañaral-Copiapó-Freirina-Huasco, fueron Juan García Romero del Partido Comunista y Manuel Magalhaes Medlings del Partido Radical.

VALLENAR EN LOS AÑOS '60

Por esos años la Compañía Minera del Pacífico (CAP) iniciaba su actividad en la comuna de Vallenar. Esta empresa dinamizaría la economía local a través de su yacimiento de hierro Algarrobo, lo que trajo consigo el aumento en la demanda de trabajo y el consiguiente crecimiento de la población local, debido a la llegada de una cantidad importante de trabajadores y profesionales. Así, a comienzos de esa década, la comuna aumentó su población de 18 mil a 40 mil habitantes.

Lo anterior cambió el rostro y las características de Vallenar, territorio compuesto por una cantidad importante de comerciantes de muy escasos recursos. De hecho, en la comuna prácticamente no vivía ninguna familia perteneciente a los estratos sociales altos, los cuales generalmente circundaban las regiones del centro y el sur del país. Era evidente que hasta ese entonces, y considerando el excesivo centralismo que ya se observaba por esos años, en la zona no existían las condiciones de desarrollo económico para la generación de grandes riquezas. La llegada de CAP significaría un punto de inflexión en la fisonomía tanto económica como cultural de la ciudad.

“Vallenar era absolutamente distinto a la actualidad, al igual que el país. Llegó un montón de gente a la ciudad que era más ilustrada en cuestiones políticas sobre todo. Tenían más bagaje. En esa época, yo era niño y por mi barrio pasaba un ‘flaquito’ con un maletín y con un hombre más viejo que él. El más viejo se llamaba Gastón González y el

otro era Manuel Verdugo. Ellos llegaron a la zona y eran socialistas”, comenta Ángel Alcota, quien era miembro de la Federación Juvenil Socialista en esa época.

Por otra parte, la explotación de trabajadores de la época era una práctica habitual. Había vallenarinos que cumplían labores en el yacimiento de fierro Huantemé y que contaban con el sábado para descansar en la ciudad. Sin embargo, eran muy raras las ocasiones en que se trasladaban en vehículo desde ese lugar a Vallenar, y quienes lo hacían era gracias a la buena voluntad de algún chofer que transitaba cerca de la faena. Efectivamente, la empresa nunca veló por el correcto traslado de sus trabajadores y era prácticamente una norma el que ellos viajaran, de ida y de vuelta, a pie a su lugar de trabajo. Un sacrificio que muchos hombres, igualmente, realizaban con el único fin de ver a su familia al menos por un día. Estos abusos, que comenzaron a reiterarse en las diversas actividades productivas de las que eran parte trabajadores vallenarinos, conllevaron a situaciones aún más complejas.

“Yo no me puedo olvidar, que el año ‘68 o ‘69, no recuerdo bien, fue la matanza que ocurrió en El Salvador, donde mueren once trabajadores producto de una huelga de apoyo a otro mineral, y toda la región se convierte en un estado de sitio. Ahí, fue la primera vez que tuve la oportunidad de ver a Allende, ya que en su calidad de senador, viajó a la zona. Yo tenía unos tíos en Potrerillos, entonces nosotros viajamos con la familia a ver cómo estaban, porque lo que había ocurrido era una cosa muy trascendente. Once personas muertas producto de la represión de Carabineros, cuya orden la había dado el Ministerio del Interior. Al menos a mí, me impactó mucho”, comenta Magaly Varas, dirigente estudiantil de la JS de esos años y actual militante socialista de Vallenar.

Este tipo de situaciones desencadenó en que la organización de trabajadores se fortaleciera profundamente en Vallenar y en la Región de Atacama. Comenzó a emerger un mayor número de sindicatos, los que fueron adquiriendo cada vez más valor para las familias de la zona, dado que su rol escapaba con creces a las meras reivindicaciones laborales del mundo proletariado. El sindicato comenzó a involucrarse en la vida de las comunidades. Se realizaban actividades sociales con niños y mujeres. Existía un derrotero basado en la solidaridad, el que emergía cada vez que las personas ligadas a él sufrían por alguna emergencia económica. Se crearon bibliotecas populares, enriquecidas principalmente con textos basados en el concepto de diferencia de clase. Y fueron ellas, las

que cumpliendo un rol sumamente importante en el devenir de los trabajadores, se transformaron en un espacio trascendental para la reflexión y el cuestionamiento de las condiciones laborales a las que estaban envueltos en ese momento.

RAÍCES DEL PS EN VALLENAR

En Vallenar, en aquella época, eran dos las organizaciones políticas predominantes. Por una parte estaba el Partido Comunista (PC) liderado por el popular dirigente minero de Huantemé y de la Central Única de Trabajadores de Vallenar, Juan López Torres. Un trabajador proveniente del sector “La Polvorera” (actual Población Baquedano), de la parte norte de la ciudad. El PC, en ese entonces, era un partido numeroso, ordenado y disciplinado.

El Partido Socialista (PS) era la otra fuerza política importante de Vallenar. Con una importante participación en los gobiernos radicales de Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla, este referente político -fundado el 19 de abril de 1933- contaba ya en esos años con un nivel de organización relevante. A nivel nacional, en prácticamente todas las comunas, incluso en aquellas localidades extremadamente aisladas geográficamente, existían directivas comunales del partido formalmente constituidas. Y en el caso de Vallenar no era la excepción.

“Llegué a Vallenar el año 1964 y ahí me integré al partido. Yo conocía a los dirigentes vallenarinos Carlos Latín y Lino Robledo, ambos ferroviarios. Enrique Olivares era otro dirigente también. ¡Éramos varios! Y todos trabajábamos igual, íbamos a las poblaciones el día domingo: dos en una parte, dos en otra. Ahí teníamos muy buenos camaradas, nos juntábamos en las mismas casas de ellos, ahí hacíamos las reuniones y se acordaban las tareas a realizar. El partido tenía mucha fuerza en Vallenar”, cuenta Esperanza Peña, histórica militante del PS de Vallenar.

Hubo una serie de recintos que se emplearon como sede de partido, en las poblaciones vallenarinas y en el centro de la ciudad. Algunos de ellos fueron el espacio para acontecimientos históricos. Pero permanente fueron variando dado que el Partido Socialista aún no contaba con una propiedad que le permitiera tener un punto fijo de reunión.

“Yo entiendo que hubo muchas sedes, pero yo no las conocí todas por la edad que tenía ese tiempo. Por ejemplo, había un local que estaba en calle Brasil, cercano al río, al puente. Ese lo conocí yo, ahí se fundó el Partido Socialista aquí en Vallenar. A la persona que conocí que fue parte de esa fundación es el ‘Chico’ Garrido. Falleció hace como cinco años y fue velado en el partido”, recuerda Ángel Alcota.

Era la década del ‘60 y ante la necesidad de normalizar el funcionamiento del partido en un solo espacio físico, se optó por una casona ubicada en la esquina de las calles Valparaíso con Arturo Prat, propiedad del también ferroviario y oriundo de la localidad de Potrerillo, Juan Rojas. En aquellos años esta sede se estaba refaccionando con el esfuerzo de los mismos vecinos del barrio, quienes llegaban de forma entusiasta a colaborar en la tarea. Labor a la que también se sumaban algunos niños que, además, buscaban jugar en una de las pocas mesas de ping-pong que había en la comuna y que se encontraba en dicho recinto.

También se realizaban reuniones en casas particulares, como en la de Héctor Mancilla Marín, profesor vallenarino perteneciente al PS que, producto de las propias labores docentes, era conocido por la militancia de todo el Valle del Huasco. Además, se crearon núcleos socialistas en las diferentes poblaciones de la ciudad, los que funcionaron de forma autónoma y con temáticas sectoriales.

“Yo recuerdo que en ese tiempo, en la Torreblanca, se juntaban en la casa de un compañero que ya falleció: Gregorio Cisternas, que vivía en calle Esmeralda. Ahí se hacían reuniones con la gente de la población. Participaba don Sergio Gonzáles, el compañero Prado, de los que yo me recuerdo. Se le daba mucho énfasis al asunto político, a lo teórico, a los principios del partido, a saber de qué se trataba el partido. No se llegaba y se entraba. Había que saber de qué se trataba. Y yo iba con mi mamá, de intrusa, iba pegada a ella porque me gusta el cuento y de chica andaba haciendo propaganda”, comenta Nacira Saavedra, quien en ese tiempo era parte de la Juventud Socialista.

Eran reuniones con una dinámica que cualquier partido u organización de hoy quisiera tener. Participativas, permanentes, con un fuerte y extenso debate de ideas. Eran tiempos en donde la fraternidad socialista traspasaba cualquier diferencia o intercambio de opinión en estos espacios. Particularmente, los socialistas tenían un nivel de convocatoria y de organización que envidiaban sanamente el resto de los partidos.

“Vino Tomás Chadwick, vino Ampuero, vino Allende a la mugre que teníamos ahí de local y ahora no viene nadie para acá. Ahora que tenemos un local bonito. Ellos venían permanentemente. Si no venía uno, venía otro. Nosotros preparábamos la reunión para tal día y ellos venían, se quedaban, salían a Huasco, para el Interior. El partido se movía, ahora están muy cómodos”, agrega Esperanza Peña.

LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL 1964

Ya habían pasado prácticamente dos décadas desde el término de la Segunda Guerra Mundial, pero el período de la Guerra Fría, los permanentes conflictos políticos y económicos y, por sobre todo, la polarización política que se generó a raíz de las disimilitudes ideológicas entre las banderas soviéticas y norteamericanas, salpicaron a todos los países del mundo. Por cierto, también a Latinoamérica, donde emergían audaces proyectos políticos reformistas que, en muchos casos, finalizarían bruscamente por la intervención militar a través de violentos golpes de Estado, como fue la experiencia brasileña contra el presidente João Goulart.

Corría septiembre de 1964 y en Chile aparecía por delante la elección presidencial. Por tercera vez consecutiva participaría el doctor y líder socialista Salvador Allende Gossens, lo cual trajo consigo un fuerte avance en el nivel de politización que ya existía en el país, principalmente a raíz de la popularidad de los liderazgos de cada conglomerado.

Las calles de Vallenar fueron absorbidas por las manifestaciones en favor de determinadas campañas y por los discursos políticos que se realizaban, principalmente, en la Plaza Central o en la Avenida Brasil de la comuna. No existía ni la cuarta parte de los medios de difusión que hay en la actualidad. Puntualmente, la comuna contaba con sólo una emisora, la radio Estrella del Norte, y un par de diarios que contribuían en informar a la comunidad.

Dicha realidad era contrarrestada gracias al activismo y la participación que la ciudadanía de la época mostraba permanentemente. Cuando Frei estaba en Vallenar iba prácticamente toda la comuna a verlo. Si estaba Allende ocurría exactamente lo mismo. En resumidas cuentas, se buscaba entusiasmar a la gente a cumplir un rol protagónico en la

campaña presidencial. Existía un fenómeno de entusiasmo político que era transversal en las más diversas organizaciones y que superaba la propiedad de una sola institución.

“El Partido Socialista también tuvo una explosión aquí en Vallenar, sobre todo en los jóvenes. Yo me recuerdo que en ese tiempo éramos más de cien. El local era grande, es decir, para lo que hemos sido siempre los socialistas. Pero habíamos, normalmente, más de cien jóvenes de la Federación Juvenil Socialista que estaba en ese tiempo, la FJS. Entonces, aparece la Democracia Cristiana con una cuestión tan novedosa y atractiva como la Marcha de la Patria Joven. Pasaron por acá y nosotros los fuimos a ver”, recuerda Ángel Alcota.

Efectivamente, la disputa política que sacudía las calles del país y de la región era con la Democracia Cristiana. Y no porque las posturas e ideas de ambos partidos fueran irreconciliables, sino más bien porque eran estos dos referentes políticos quienes se estaban disputando palmo a palmo la mayoría nacional en lo político y en lo social.

La pugna alcanzaba considerables ribetes de importancia para el resto de los partidos y alianzas políticas, a tal nivel que para dichos comicios presidenciales la derecha, representada por el Partido Liberal y el Partido Conservador (organizaciones que posteriormente se convertirían en el Partido Nacional), decidieron abstenerse a llevar un candidato dada las altas posibilidades que tenía Allende de ser electo presidente de la República en una eventual contienda donde participaran representantes de los tres tercios más importantes del país.

Y así fue. La transferencia de la votación de derecha a la candidatura de Eduardo Frei Montalva fue prácticamente automática, lo que le permitió al líder falangista obtener la presidencia del país con el 56 por ciento de la votación. Realidad contraria a lo que se vivió nuevamente en la Provincia de Atacama, en donde Frei, habiendo sido senador entre 1949 y 1959, fue derrotado por Salvador Allende.

La Llamada “Revolución en Libertad” de Frei se imponía frente a la candidatura de la izquierda, pero lo hacía también a través de un auténtico programa de cambios para el país, fundado en medidas como la reforma agraria y la recuperación del cobre para la nación chilena. La preocupación de la derecha era completamente atendible: las ideas de cambio en el país se consolidaban como parte de una clara mayoría.

LIDERAZGOS EJEMPLARES

Pocos meses después de la derrota presidencial, el PS Vallenar sostuvo una asamblea en donde se realizó una reflexión en torno a los grandes desafíos y tareas que el partido tendría en el futuro. Fue una extensa reunión, en el recinto de calle Valparaíso, en donde se hicieron intercambio de ideas, autocríticas y también un plan de trabajo con un propósito común: fortalecer al Partido Socialista para los próximos desafíos que venían por delante.

¿De qué forma las ideas socialistas podrían calar más fuerte en la mente de los vallenarinos? ¿Cuáles son las grandes problemáticas que tiene la ciudad? ¿Cómo se podía avanzar en más socialismo para la comuna? ¿Quiénes serían los compañeros llamados a liderar el partido?, fueron algunas de las preguntas que se realizaron en aquella jornada.

Justamente, respecto a esta última interrogante, el PS de Vallenar tuvo la fortuna, durante la segunda mitad de los '60, de contar con una camada ejemplar de líderes políticos al interior de sus filas, los cuales por un lado le darían conducción a su estructura y, por otra parte, generarían sólidos y cercanos vínculos con la comunidad vallenarina.

Dirigentes de la talla de Sergio Infante Roldán, Oscar “Rubio” Valenzuela, Luis Hormazábal, Enrique Olivares, José Neira, Héctor Mario Silva, Guillermo Valdés Robles, Teresa Ortiz, Víctor Garrido, Lucho Plaza, Jorge Pino y Juan Carriel, entre otros, significarían un tremendo aporte para el fortalecimiento del partido y su mirada comunal. Sus aportes en el trabajo territorial, el debate interno y en el compromiso con la institución les traería consigo una legitimidad indiscutible frente a la creciente militancia socialista.

Lo anterior se tradujo en la consolidación de algunas candidaturas a cargos de elección popular, como la aventura parlamentaria del carismático médico Sergio Infante para el periodo 1965-1969. Y aunque esta apuesta finalmente no resultó exitosa, producto de la fortaleza del demócratacristiano Raúl Armando Barrionuevo (que contaba con el apoyo del gobernador Juan Mulet) y el radical Orlando Poblete González (que a su vez era respaldado por el alcalde Emilio Zalaquett Issa), Infante se instalaría definitivamente como un liderazgo en la comunidad vallenarina.

Junto con ello, ese mismo año le correspondía a la Provincia Atacama-Coquimbo elegir senadores. El Partido Socialista mantendría su cupo, aunque en esta ocasión a través

del abogado serenense Tomás Chadwick Valdés, quien superaba por un estrecho margen al hasta entonces senador Alejandro Chelén. Junto con él ingresarían al senado el ex alcalde de freirina Alejandro Noemi Huerta (quien obtuvo una altísima votación) y José Ignacio Palma Vicuña (ex presidente de la Fech), ambos de la Democracia Cristiana. También lo hicieron Hugo Miranda Ramírez del PR y la ex diputada comunista por Santiago Julieta Campusano Chávez, configurando un escenario en donde la derecha quedaba sin ningún tipo de representación.

PROFESORES

Por eso años, un par de dirigentes socialistas, pertenecientes al gremio de los profesores, ya lideraban algunas manifestaciones motivados por las mejoras en sus condiciones laborales en el mundo de la educación pública. Uno de ellos fue Jorge Pino Alquinta, profesor primario de la escuela normalista de Copiapó que llegó a Vallenar con el objetivo de fundar una escuela en un sector de la ciudad llamado “Los Canales” (zona que con el correr de los años sería llamada “Rafael Torreblanca”). En este establecimiento, que en la actualidad se conoce como Escuela D-71 Gregorio Castillo y que comenzó sus funciones en 1964 con aproximadamente 300 alumnos, Pino se desempeñó como docente y también como dirigente de la Federación de Educadores de Chile (FEDECH), línea en donde comienza a destacar su rol político. En 1965, y luego de un primer año de muchos frutos para esa escuela, la alta demanda de matrículas provocadas por la explosión en el crecimiento de habitantes de Vallenar generó condiciones de funcionamiento insostenibles para dicho establecimiento, el cual –además- tenía a muchos de los profesores que allí trabajaron viviendo en el mismo recinto, pese a que éste no contaba con suministros indispensables como la luz, el agua o el alcantarillado.

“A los cuatro años juntos teníamos más de mil alumnos y trabajábamos en tres locales. Con la escuela cambió toda la población, como nosotros luchábamos por los cabros, hacíamos de todo, la población nos tenía mucho cariño, y ya éramos más de cuarenta profesores”, indica Pino.

La situación anterior, apaleada medianamente por un liviano apoyo local del municipio, se comenzó a tensionar y fueron los mismos dirigentes, liderados por Pino, quienes decidieron radicalizar su actuar.

“El presidente Frei venía a Vallenar a inaugurar una escuela, pero por otra parte la nuestra no tenía edificio, entonces lo que se nos ocurrió fue hacer una manifestación cuando bajara del auto, ya que la comitiva del presidente tenía que pasar por nuestra escuela. No había otro camino del aeropuerto al centro. Entonces nos preparamos los profesores con el director, hablamos con la población y todos aceptaron parar a Frei como fuera, porque ya era mucho el sacrificio que habíamos hecho. Cuatro años trabajando en esas condiciones, sin agua, sin luz, sin nada. Nosotros mismos hacíamos las salas de clases, entonces hicimos un análisis que ya nosotros habíamos cumplido. Ahora le tocaba al gobierno entregarnos un grupo escolar. Vinieron las autoridades regionales de educación, las autoridades de gobernación, las intendencias, todos se asustaron, porque nos conocían, nos respetaban mucho por el trabajo que hacíamos”, agrega Jorge Pino.

Efectivamente, el auto presidencial pasó por el lugar, en el cual se encontraba una cantidad importante de niños, apoderados y profesores del sector. Al percatarse de esto, el Presidente Frei se vio en la necesidad de detener su vehículo, obligado por el descontrol de la masa, la que además de pedirle que visitara el lugar, ya tenía elaborado todo un trayecto para mostrarle a la máxima autoridad del país la realidad del recinto educacional. Dentro de la escuela se encontraba Jorge Pino, quien le solicitaría medidas concretas a Frei.

“Al interior de la escuela, el asombro de Frei fue notorio. Eran quince pozos negros en un colegio chico que tenía miles de niños. Miraba a su alrededor, lleno de tambores de agua. Miraba mucho las salas, lo invitamos a conocer el comedor, era una salita que estaban haciendo los padres, ya que los niños comían de pie porque no había ni lugar ni mobiliario para que se sentaran. Entonces Frei pidió que llamaran al Ministro de Educación, a quien le ordenó que de forma inmediata se construya un grupo escolar para 1.200 niños”, comenta Pino.

Fue el primer logro de Jorge Pino como dirigente social de la comuna. Aquel joven copiapino que llegara a Vallenar de la mano de Eugenio Ceriche Araya, un profesor socialista que, además de invitarlo a trabajar con él, lo inscribiría en las filas del PS argumentándole que “en política no se puede ser un suelto e inorgánico”. Fueron los

primeros pasos de quien sería reconocido popularmente como “Chino Pino”, uno de los personajes más conocidos y controversiales del Partido Socialista de Vallenar, en los últimos 50 años.

ORGANIZACIONES SOCIALES

Las organizaciones sociales y de territorio también fueron espacios políticos que paulatinamente fue conquistando el PS, fundamentalmente una serie de importantes sindicatos de Vallenar. Emblemática fue para el partido, por ejemplo, la Federación de Trabajadores Santiago Watt, perteneciente al mundo de los ferroviarios y en el que convivían aproximadamente noventa trabajadores entre inspectores, maquinistas, ayudantes y limpiadores. De allí emergieron un número importante de trabajadores socialistas y de izquierda, como Carlos Godoy Urbina y Hugo Enrique Ramírez, quienes fueron vistos como obreros ilustrados de la época gracias al amplio conocimiento que adquirieron en base a la fuerte organización que tenía el PS en ese lugar. Esto, a su vez, conllevó a que el gremio se ganara el título de “nido de comunistas”, juicio creado por los escasos dirigentes vallenarinos de derecha, quienes veían con molestia el trabajo político que realizaban los ferroviarios.

Y es que no era para menos. Por ejemplo era sorprendente cómo el mundo dirigencial ferroviario, monopolizado por los hombres, vinculaban también a sus familias con la política. Debían hacerlo. No existían, en ese tiempo, las condiciones para que las mujeres y los niños accedieran a espacios de formación política. Frente a esto, emergió lo mejor del sentido organizativo de los ferroviarios.

“Mi papá motivó a mi madre para que fuera a las escuelas populares, para ser las primeras apoderadas de mesa en las primeras candidaturas de Allende, seguramente. Todos los ferroviarios mandaron a sus mujeres. Yo me acuerdo que era chica y mi mamá se iba a las nueve de la noche y llegaba tarde. Las educaban con hartas vecinas del barrio. Se iban y volvían con cuadernos. Ahí mi mamá empezó a conocer, a tomar contacto con gente. Después, cuando quedó viuda, se entregó completamente al trabajo partidario”, señala Elizabeth Alcota, hija de Marina González, militante PS de esos años.

En aquella época, existía además el Sindicato de Panificadores, en donde históricamente hubo una hegemonía de las ideas socialistas. Esta organización era sumamente numerosa en aquellos años, por lo que su trascendencia se percibía en toda la comunidad y quien estuvo a cargo de ella por más de treinta años fue el dirigente Luis Berrios Urqueta, un socialista oriundo de Tal Tal que llegó a Vallenar en 1958.

También hubo una presencia importante del PS en el Sindicato de la Construcción, estructura que fue liderada por Luis Plaza, un trabajador socialista, quien además terminó siendo candidato a regidor en la elección municipal de 1967. Y aunque Plaza no tuvo éxito en dichos comicios, si fueron electos como regidores por el PS Sergio Infante, junto a su compañero de lista Luis Hormazábal.

Además de todos los espacios anteriores, resultaba muy valorable el trabajo realizado por las mujeres socialistas. La cultura de esos años expresaba permanentemente las desigualdades entre hombres y mujeres. De hecho, la participación de éstas era muy baja, pero así y todo hubo dirigentas que sobrellevaron de muy buena manera esta situación y comenzaron a reconocer en sí mismas su importancia dentro de la política y del PS.

Se dieron pasos importantes. Pero la autonomía e importancia de éstas, considerando la cultura de la época, sólo se daría en la medida que hubiera líderes femeninas que contrarrestaran todos los juicios discriminadores de aquel entonces.

“En ese tiempo una de las mujeres más destacadas fue la Lina. Se veía como una dirigente que golpeaba la mesa, que estaba a la par con los hombres. Después nos fuimos sumando, pero la Lina fue quien levantó la voz para participar de igual a igual con los compañeros. Claro, si tú te das cuenta, estaba el Frente de Mujeres, pero ¿para qué era el frente de mujeres? Para servir once y ese tipo de cosas. Antes los partidos eran muy machistas. Éramos muy pocas las mujeres que participábamos”, indica Nacira Saavedra.

No cabía ninguna duda. La familia socialista comenzaba a crecer y ganar espacios de poder, convirtiéndose en un referente de mucha relevancia para Vallenar. Se iniciaba un importante proceso de maduración en donde emergían las primeras cosechas de largos y duros años de trabajo político en la ciudad.

TODO POR ALLENDE

Con una estructura mucho más consolidada y un notorio avance en redes comunitarias, el PS de Vallenar enfrentó uno de los principales desafíos de toda su historia; obtener de mano de la Unidad Popular (UP) el triunfo en las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1970.

Algunos sectores de la población no entendían la insistencia de Allende, quien postulaba a este cargo por cuarta vez consecutiva, algo que sus simpatizantes respondían con el simbólico canto “porque esta vez no se trata de cambiar un presidente, será el pueblo quien construya un Chile bien diferente”.

Allende vino en más de una ocasión a Vallenar. Se reunía con las dirigencias partidistas y visitaba algunos vecinos emblemáticos de la comuna. Pero los principales recuerdos de su paso por la zona están ligados con los actos oficiales de campaña, en donde cumplía su rol de orador político frente a cientos de miles de personas.

“Cuando Allende vino en su campaña subimos a la concentración, en la Avenida Brasil, y yo no he visto en mi vida otra concentración más grande que esa. La gente cubría desde la Avenida Brasil hasta calle Ramírez y se formaban columnas y columnas. Las mujeres bajaban de las poblaciones en marcha, desde todas las poblaciones. Bajaban los trabajadores de las minas. Hasta Allende se emocionó ahí, después no pudo hablar más, porque dijo que su doctora no le permitía hacerlo”, recuerda Nacira Saavedra.

La fuerza sindical era sin duda un atenuante para explicar la perseverancia de las voluntades de izquierda. Particularmente en el norte, la principal demanda estaba relacionada con lo que se indicaba como “la cuestión minera”. Todos los desfiles y marchas levantaban la bandera de la nacionalización del cobre. Los mineros, los trabajadores, las mujeres, todos ellos entendían perfectamente la importancia que tenía para la economía chilena un cambio de esas magnitudes a causa del constante desprecio y discriminación con la que debía lidiar el mundo proletariado, el cual era brutalmente segmentado en sus propias tierras. Ejemplo de ello era El Salvador, campamento minero explotado en ese entonces por empresas norteamericanas que se encargaban de dividir a su población en diferentes escuelas, lugares para dormir o centros de entretención.

Ciertamente la comuna se encontraba fuertemente convulsionada por la nueva configuración política que se generó en el país y particularmente en la región, donde la derecha prácticamente no existía en su representación parlamentaria. Gracias a los objetivos trazados y a la validación del “allendismo” en el resto de los partidos, la Unidad Popular logró aglutinar al PS, el PC y al PR, a quienes se sumarían algunas fracciones derivadas de la Democracia Cristiana como el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU).

En esta ocasión, serían tres los candidatos que disputarían la presidencia del país. Junto a Allende, se presentaba nuevamente el ex presidente y candidato del Partido Nacional Jorge Alessandri Rodríguez y el representante de la Democracia Cristiana Radomiro Tomic.

Así, con Allende ya en carrera (lo que no estuvo exento de dificultades al interior del mismo PS) se desataría por completo la campaña en la comuna, lo que fue un proceso considerado para muchos como “heroico”, a razón del esfuerzo completamente voluntario que pusieron a disposición de esta candidatura centenares de socialistas vallenarinos.

ROL DE LA JS

Un ejemplo de esto fue la Juventud Socialista de Vallenar, estructura autónoma del partido que, siguiendo la dinámica del PS a nivel nacional (se fundó el 4 de noviembre de 1935, dos años después de la fundación del partido), ya se había formado en Vallenar, aglutinando a un número importante de jóvenes de la ciudad, entre los que se recuerda a Sergio Vega, Nacira Saavedra, Alfonso Cáceres y los hermanos Alcota, principalmente Jorge, Ángel y Humberto.

“Acá había una brigada que se llamaba Brigada Che Guevara. Después se conformó también la Elmo Catalán ;En Vallenar había algunos que se vestían como el Che Guevara! Estaba todo lo de la Revolución Cubana y de los Tupamaros. Todo el oleaje de los grupos que nacieron en Latinoamérica, estaba todo ese aire, ese ambiente”, recuerda Nacira Saavedra.

Al igual que en todo Chile, los jóvenes vallenarinos se sentían protagonistas del momento histórico que vivía su país. Existía compromiso, había voluntad. Hubo disciplina y disposición a formarse como buenos militantes. Desde tempranas edades empezaban a

leer “El Capital” para comprender su complejidad. Muchos de ellos andaban siempre con el llamado “Libro Verde Olivo” bajo la mano, para dejar en claro su condición de revolucionario, algo que los hacía sentir completamente orgullosos.

En esos tiempos, también realizaban un fuerte trabajo como voluntariados. Se vinculaban permanentemente con organizaciones sociales y con la militancia de base. Y si hay algo que orientó siempre su actuar fue el importante apoyo que recibieron por parte de los socialistas adultos, quienes comprendían la importancia que tenía la juventud para su partido.

“Íbamos a sembrar maíz, a agarrar choclos y hacíamos actividades solidarias con la gente del partido, apoyados por los adultos. Como te digo, nosotros teníamos el apoyo y esfuerzo de ellos, pero a la vez éramos muy obedientes. Por ejemplo, la Marina González, la Lilian Martínez nos retaban, se enojaban, se peleaban con nosotros. Ante esto, lo que hacíamos era agachar el moño. No hacíamos nada, porque nosotros teníamos un cariño por ellos, porque además nos juntamos en un tiempo donde la vida de ellos era la nuestra y la nuestra de ellos. Son tiempos duros que tuvimos que pasarlos juntos”, agrega la misma Nacira Saavedra.

Para esos comicios, esta fuerza juvenil definió como meta recorrer todo el Valle del Huasco, desde el mar hasta la cordillera. Aventura realizada sin ningún tipo de recurso económico, sólo viviendo de la buena voluntad de las personas con las que se encontraron en ese largo caminar.

El viaje se inició en Vallenar y mientras más se acercaban a la cordillera, el frío aumentaba sustancialmente. Partieron con lo justo y dormían a la intemperie, abrigados sólo por las fogatas que ellos mismos encendían. Durante varias semanas, vivieron de lo que le daban los compañeros que iban encontrando en el camino.

Sin perjuicio de lo anterior, la JS también cumplió un rol en la tarea de los murales. Por esos años ya funcionaba la Brigada Elmo Catalán (BEC), cuadrilla de jóvenes socialistas encargados del muralismo del partido y que llevaban el nombre del periodista chileno asesinado en Bolivia, perteneciente al Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Sucumbidos en esta vanguardia, los jóvenes vallenarinos se hicieron cargo de todo lo relacionado con el rayado de espacios públicos y privados, también sin ningún apoyo económico.

“Es inimaginable. Es decir, si tú le dices a alguien hoy día que hiciste un rayado con alquitrán, o mezclando alquitrán con vela, para hacer una especie de lápiz, va a parecer cuento, pero así se hacían. Iban haciendo letreros en el camino. De hecho, todavía hay, quedan en alguna piedras por ahí, en los cerros que ellos hacían”, indica Ángel Alcota.

Esta camada de jóvenes también aportó a la campaña de Allende con una fuerte presencia sectorial a través de los denominados núcleos socialistas, repartidos en yacimientos mineros e industrias. Allí fue donde muchos jóvenes como Edgardo Mella o Tito Mori lideraron las banderas del partido y repartieron con fuerza el mensaje de su candidato.

Para la JS de ese entonces, Allende representaba la esperanza y el sueño de la clase trabajadora. Prácticamente todos sus integrantes pertenecían a las capas más populares del país, por lo que esta candidatura levantó enormes expectativas en ellos, que veían en el líder de la Unidad Popular una alternativa real para superar la pobreza de la que eran víctimas y que era una de las características principales del Vallenar de los '60.

DESDE TODOS LOS FRENTE

La candidatura de Allende adquirió impresionantes ribetes de interés. Había muchísima gente movilizada, contribuyendo de diversas maneras a su campaña. Ejemplo de ello es el espacio informativo que las militantes Marina González y Esperanza Peña pagaron en la Radio Estrella del Norte, emisora a cargo de Luciano Morales. Era un breve programa que salió al aire por un mes, entre las doce y la una del día. Según una de sus protagonistas, “se pagó por dos días más para dar las gracias, en caso de que ganara o perdiera Allende”.

En las calles se vivía una campaña aparte. Las candidaturas se disputaban el cetro por ser la que más gente convocaba en las manifestaciones políticas. Pero en Vallenar esta pugna no tenía espacio para la duda. Allende representaba con claridad a la mayor parte de la comunidad. En la plaza, en poblaciones, en las principales arterias del centro de la comuna, las banderas que se apoderaban del paisaje local eran las del Partido Comunista y, particularmente, las del Partido Socialista.

“En la campaña nadie nos daba dinero, cada población hacia su plato único, se hacían cosas para tener fondo, para comprar la pintura, las brochas. Toda la propaganda la hacíamos nosotros, solamente desde Santiago se nos enviaba algunos afiches de Allende, pero todo lo otro lo hacíamos nosotros. Salíamos a los cerros y a las poblaciones a pintar, había mucha mística en eso y cuando triunfa Allende se desfiló toda la noche, para todas partes. Era una alegría inmensa. De comienzos de siglo la gente se había organizado para tener alguna vez un presidente como Allende, un presidente revolucionario”, recuerda Jorge Pino.

Misma situación se vivió al interior del Valle, en la localidad de San Félix, en donde Ricardo Ávalos, militante socialista oriundo de ese sector, y encargado de la seccional “Anselmo Silva”, cumplió el rol de coordinador de la campaña.

“Trabajamos con harta gente como Juvenal González, Gudelio Ramírez, Héctor Páez y otra gente del interior, de El Corral, de La Vega. Yo trabajé harto desde Alto Del Carmen hasta al último pueblo que había en el interior que se encontraba pasado El Corral, en La Laguna y de ahí para arriba. No había más gente, me tocó el Valle del Carmen, el Valle de San Félix y eso lo trabajé harto. El resultado de eso fue que por primera vez en la historia, la izquierda sacaba la primera mayoría”, indica Ávalos.

El día de la elección, junto con el esfuerzo organizativo que un acontecimiento político de estas características significó, afloraron grandes muestras de compañerismo en el objetivo de facilitar las condiciones para que el mundo socialista pudiera ejercer su derecho a sufragio sin problemas. Algunos militantes acudieron a los recintos de la comuna provenientes desde lejanas localidades rurales, por lo que muchos de sus compañeros que residían en plena ciudad les facilitaron techo, abrigo y desayuno en reconocimiento a su esfuerzo por asistir a votar.

A eso de las 18:30 horas se comenzaron a cerrar las primeras urnas en algunos recintos de votación de la comuna. Desde la Escuela N°5, uno de los lugares que albergaba una importante cantidad de votación, se comenzó a escuchar la lectura de las primeras preferencias que se hacían públicas en la tarde de ese 4 de septiembre de 1970.

Era viernes, había una gran expectativa, y aunque los sondeos publicados durante la campaña le entregaban un mayor favoritismo a la opción de Jorge Alessandri Rodríguez, el allendismo sentía que en esta ocasión el triunfo de su candidato estaba muy cerca. Los

jóvenes socialistas, cumpliendo el rol de correo humano, llegaban al centro de operaciones con algunos resultados que ratificaban lo deseado: en Vallenar, el candidato de la Unidad Popular arrasaba en todas las mesas. Situación que ratificaba lo esperable, a razón de la histórica votación del médico socialista en la zona, en las elecciones anteriores.

Pero más relevante era lo que pasaría en el resto del país. Se esperaba con ansias aquellos resultados. Allí, en las Provincias de Valparaíso, Santiago y Concepción, se concentraba la mayor cantidad de votantes. Y aunque Allende perdería en dos de ellas (Santiago en donde se impuso Alessandri y Valparaíso en donde hiciera lo mismo Radomiro Tomic), su alternativa logró triunfar en diez territorios, en donde destacan Concepción producto de su volumen electoral y las dos provincias en donde obtendría un mayor porcentaje de votos, superando incluso el cincuenta por ciento de las preferencias: Arauco y Atacama.

No era casualidad. El mundo de los trabajadores mineros, espectro hegemónico en el norte de Chile, fortalecía su identificación con las ideas de izquierda. En ese sentido, la Provincia de Atacama era simbólica. Y es que el PS no sólo tenía fuerza en Vallenar: en los Departamentos Copiapó, Freirina y Chañaral el trabajo realizado fue similar. Los resultados de ese proceso quedaron a la vista en dichos comicios.

De esta forma, la esperada noticia llegaba a Vallenar. Allende ganaba en las urnas en una apretadísima elección en donde superaría por sólo 40 mil votos a Jorge Alessandri, alcanzando un poco más del 36 por ciento de las preferencias. Sus seguidores, en tanto, confiaban en que este sería reconocido como legítimo ganador. Las calles de todo el país se convirtieron en una fiesta. Fueron miles los que salieron de sus casas a festejar.

“Se hizo un acto afuera, ahí donde ahora es la Galería Babaria, en el llamado Castillo. Ahí vivía el Doctor Infante. Tenía un balcón grande desde donde habló él y todos los principales referentes del Partido Socialista y de los comunistas. Ahí se juntó la gente a celebrar ese día. Los niños, las mujeres, todos se abrazaban de alegría. Fue un momento muy lindo”, indica Nacira Saavedra.

Al día siguiente, Radomiro Tomic hablaría de Allende como “el nuevo Presidente de Chile”, cuestión que cobraría valor a los meses siguientes cuando en el Congreso Pleno de la Nación, la DC lo ratificara como primer mandatario de Chile. Así, el anhelo de la izquierda se había realizado. Nuestro país se convertiría en el primer territorio del mundo

en elegir, bajo el mecanismo del escrutinio popular, a un presidente reconocido como socialista. Las expectativas del mundo trabajador en Vallenar eran altísimas.

INICIOS DEL GOBIERNO

El 3 de noviembre de 1970 fue un día histórico. Allende se cruzaba la banda presidencial y se daba inicio al gobierno de la Unidad Popular. Los primeros meses de este mandato fueron muy importantes. Al igual que en todo Chile, Vallenar vio cómo paulatinamente comenzó a promoverse una política de constante apoyo a las organizaciones sociales de la comuna, particularmente aquellas ligadas al mundo del trabajo. Se le entregaron mayores derechos y poder a los sindicatos y se avanzó en mejoras a las condiciones de los trabajadores con realidades laborales más precarias. En suma, se introdujeron una serie de reformas que significaron un progreso en la dignificación de los sectores proletarios del país.

Muchos de estos trabajadores, identificados con la izquierda y con Allende, sentían la responsabilidad que implicaba ser adherente a un gobierno que los interpretaba en el plano de las ideas. El significado de poder sacar adelante el programa del presidente, con todos los escollos que la conciencia colectiva entendía que se podían generar. La necesidad de darle un respaldo social a las reformas políticas con las que Allende se comprometió en campaña y que éstas, a su vez, fueran capaces de fortalecerse y avanzar en el tiempo.

Dentro de todas las decisiones que fueron adoptando Allende y su gobierno, quizás la que tuvo mayor trascendencia en Vallenar y en la región fue la nacionalización del cobre, medida adoptada en julio de 1971.

“En la Región de Atacama teníamos instalado el mineral El Salvador, que pertenecía a los gringos. Entonces, para nosotros, fue una lucha bien importante ya que en ese tiempo se trabajaba mucho la alianza obrero-estudiantil. Nosotros apoyamos mucho a los trabajadores en sus movilizaciones, y los trabajadores y dirigentes nos apoyaban mucho a nosotros. Eso era lo que nos permitió tener un conocimiento cabal de lo que iba a significar para el país y para el desarrollo de nuestra zona la nacionalización del cobre”, señala Magaly Varas.

Vallenar veía también cómo se instalaba la propuesta de Allende en materia educacional a través de la Escuela Nacional Unificada, más conocida como ENU. Este proyecto contemplaba la creación de un modelo educacional único, donde se generaran canales de integración en los perfiles educacionales, en los diversos niveles del colegio y en las procedencias socioculturales de sus estudiantes.

“La ENU fue un proyecto que el compañero Allende nos pidió discutirlo en todos los liceos, ya que fundamentalmente era para la enseñanza media y básica. Consistía en una educación igualitaria, con iguales contenidos y con materias muy parejas. Obviamente hubo grandes sectores políticos de derecha y de la misma iglesia, dueña de colegios particulares, que se opusieron. En ese tiempo sólo existía la educación pública y la educación privada. Una educación pública de mucha calidad, aunque yo diría con poca cobertura. En esta región, en Vallenar, no eran mucho los jóvenes que llegaban a lo que ahora se conoce como enseñanza media. Los hijos de los trabajadores, mayoritariamente, con mucho esfuerzo lograban terminar el sexto de preparatoria. Con mucha precariedad, con mucho esfuerzo. Entonces éramos muy pocos los que llegábamos a los liceos, y de ahí llegar a las universidades era aún menos probable”, indica Varas, quien vivía en Copiapó en ese tiempo, pero mantenía estrechos lazos con Vallenar.

A igual que en Santiago -donde Camilo Escalona Medina (dirigente de la Feses) y Carlos Lorca Tobar (Secretario General de la Juventud Socialista y ex Secretario General de la Fech) eran los voceros-, a nivel local fueron jóvenes socialistas los que defendieron con fuerza las políticas de Allende en educación.

“Teníamos dirigentes dentro de los centros de alumnos. Allí nuestro principal referente estudiantil era Pancho Requena, él fue uno de los jóvenes que más participó en la ENU. También había otros: el Ivo Guiroux, el compañero Bordonos, que ya dejó Vallenar. Esos eran nuestros dirigentes. Organizaban manifestaciones, tomas de colegios, y ese tipo de cosas”, recuerda Nacira Saavedra.

La reforma agraria fue otro foco de especial interés para el gobierno. En Vallenar, no eran poco los latifundistas que abusaban permanentemente de la mano de obra local. Situación por la cual existió un permanente tira y afloja entre las partes involucradas frente a un cambio de estas características.

“Aquí todo lo del sector agrario pasó a manos de los campesinos. Fue expropiada la Hacienda Ventana, la Hacienda Compañía. Los trabajadores estaban contentos, porque la tierra era de ellos. Los de la Hacienda Ventana se resistían. Duschelar, por ejemplo, no sé si era dueño o administrador, pero era un fascista de tomo y lomo. Ahí una vez unos compañeros fueron y le quitaron la leche, entre esos estaba el Carriel, el ‘Chatito’ Valdés. La respuesta después fue dura hacia ellos, eso sí”, indica Nacira Saavedra.

El país presenciaba cambios que repercutían en todos los rincones de la región. Los vallenarinos, por su parte, contaban con las herramientas para emitir un juicio sobre las medidas que desarrollaba el gobierno popular. Existían críticas, por cierto. Pero no había duda que el pueblo vallenarino valoró masivamente la disposición de Allende, en mejorar las condiciones de vida de los chilenos y generar mayores oportunidades de desarrollo para aquellos que nunca las tuvieron.

ELECCIONES MUNICIPALES 1971

Desarrolladas el 4 de abril de 1971, las elecciones municipales de ese año se convirtieron en la primera medición política que tendría el gobierno de Salvador Allende. En Vallenar, el alcalde del Partido Radical Emilio Zalaquett Issa cumplía casi 15 años sobre el sillón edilicio de la comuna. Frente a eso, y al desgaste de una buena gestión por parte de Zalaquett -según lo expresado por los mismos dirigentes socialistas de la época-, el PS y el PC delinearon, con algunos meses de anticipación, una táctica para enfrentar estos comicios en donde se elegirían casi mil novecientos regidores en todo el país. Luego de esto, las autoridades electas de cada comuna se reunirían para deliberar a quien nombrarían como alcalde, el que por respeto a las mayorías debía ser el regidor más votado, aunque no siempre se respetó. A nivel nacional serían doscientos ochenta los alcaldes electos, de los cuales la Provincia de Atacama aportaría con siete.

Por el lado del Partido Socialista se presentarían diversas candidaturas, como la de Luis Hormazábal (quien ya era regidor en ese entonces), la de Jorge Pino y Marina González, entre otras. Todos ellos con perfiles diametralmente distintos y apoyados por diferentes espectros de la población. Hormazábal, por ejemplo, era un dirigente muy conocido en la interna del partido y su candidatura era apoyada por buena parte de la

militancia socialista, algo en lo que superaba con creces a sus otros dos compañeros. Pino, en tanto, recogía el voto de muchos profesionales: el de los docentes y apoderados, aquel mundo que circulaba entorno a la educación y que de alguna forma validaba su labor como dirigente del gremio. Finalmente, la candidatura de Marina González debe haber sido para aquellos escrutinios la alternativa que más dificultades tuvo que sortear, pero que al mismo tiempo representaba con mayor fuerza las raíces del mundo popular. Su opción no tuvo prácticamente ninguna base económica de apoyo y aunque también debió lidiar con el profundo machismo enraizado en la cultura de un partido antiguo, su empeño y permanente defensa a las mujeres le significó un reconocimiento que traspasaba cualquier posible resultado electoral. Esta experiencia, para ella, tampoco estuvo exenta de anécdotas.

“Iba la Marina, Hormazábal, Benito Valdés, el Chino Pino, Poncho Cáceres, iban como cinco. Lo anecdótico es que los niños de la juventud apoyábamos al Juan Cáceres y la Marina tenía a todos sus hijos en la Juventud Socialista y no la apoyaban (ríe). Nosotros seguíamos a Cáceres y lo apoyamos porque eventualmente nos representaba y queríamos que ganara”, comenta Nacira Saavedra.

En la vereda del Partido Comunista la opción era mucho más clara. Con una larga e intachable trayectoria política, un fuerte arraigo en los sectores más pobres de la comuna y en el mundo de los trabajadores, el dirigente Juan López Torres se perfilaba como uno de los principales candidatos a dirigir la comuna. Su sentido de compañerismo y conciencia de clase se transmitía a tal nivel que su popularidad crecía exponencialmente gracias a un apoyo transversal por parte de los sectores de izquierda, dentro de los cuales también se encontraban dirigentes socialistas que, aun habiendo candidaturas del PS, optaron por la alternativa de López.

“Era un hombre muy querido que, siendo casi analfabeto, era un trabajador práctico y manual. Su familia, su esposa, Pastoriza Serrazina, fue una mujer proletaria y fuimos muy amigas. Él siempre prefirió la gente pobre, como él, con su mujer al lado vestida como nosotros, con chancletas, toda destartalada. Ellos nunca pensaron en comprar lujos, siempre siguieron igual. Tenía mucho arrastre, yo creo que muchos socialistas votaron por él”, ratifica Marina González

La relación de esos años entre el Partido Socialista y el Partido Comunista era muy buena. Las directivas de ambos partidos se reunían periódicamente a conversar sobre el qué

hacer de Vallenar y sobre las tareas que estaban planteadas de cara a los años venideros. Lo anterior, sumado a las evidentes críticas hacia el entonces alcalde Emilio Zalaquett (quien cumplía catorce años al mando del sillón edilicio), generaba altas expectativas en la militancia de cara a lo que se podía lograr en aquella elección municipal. Más aún, si se consideraba que por esos años se elegían regidores y eran ellos, una vez electos, quienes votaban entre sí para elegir al alcalde de la comuna.

Dicho esto, y luego de una extensa campaña cargada de esfuerzo a lo largo de toda la comuna, el Partido Socialista de Vallenar lograría obtener dos regidores. Por un lado Luis Hormazábal, quien sería reelecto en este cargo para los próximos cuatro años y Jorge Pino Alquinta, dirigente que obtuvo una altísima votación que le permitía al PS iniciar una suerte de negociación con el Partido Comunista, en donde el periodo alcaldicio se dividiría en dos partes de dos años respectivamente. Una para el PS y otra para el PC. Los comunistas, que estuvieron de acuerdo con este trato, sólo marcaron el matiz en que el primer periodo debía ser para ellos ya que, a pesar de la gran votación socialista, ninguno de sus candidatos pudo superar individualmente a Juan López, quien en cosa de semanas se convertiría en el nuevo Alcalde de Vallenar.

De esta forma, comenzaba un nuevo ciclo político en la administración local, en donde la conducción del municipio de Vallenar sería liderada por el Partido Comunista y respaldada fielmente por el Partido Socialista, los dos principales ejes de la Unidad Popular. Por otra parte, y siendo esto insuficiente para la izquierda en Atacama, llegaban buenas nuevas desde Copiapó, ciudad que lideraba el socialista Leonardo Hagel y que el PS retendría, aunque esta vez de la mano de una nueva autoridad, Samuel Díaz Trujillo.

Declaración sobre los resultados de las elecciones de regidores

Lo tradicional en nuestro país es que las elecciones presidenciales, al polarizar durante campañas prolongadas las grandes corrientes de opinión, determinen correlaciones de fuerzas que se reproducen en los comicios generales que tienen lugar cuatro o cinco meses después. Fue así, por ejemplo, que el 46% que obtuvo en septiembre de 1952 el ex Presidente Carlos Ibáñez volvió a repetirse en el 45,4% alcanzando por el total de los partidos y movimientos que lo apoyaban en las elecciones generales de marzo

de 1953, y que el 55,5% del ex Presidente Eduardo Frei, registrado en septiembre de 1964, se trasuntó en el 56% que sumaron en marzo de 1965 demócratacristianos (41,06%), liberales (10,05%) y conservadores (5,37%). Ahora, en cambio, se ha roto este fenómeno habitual porque una avalancha de electores, dejando de lado los esquemas de la contienda presidencial, quiso manifestar su apoyo a las realizaciones del nuevo Gobierno. (cep) En lugar del 36,2 del 4 de septiembre, la Unidad Popular anotó ayer más del 50% de los sufragios emitidos válidamente por los diferentes candidatos a regidores en las comunas del país. En esta oportunidad, por sí solos los votos de los partidos Socialista, Comunista, Radical y Social Demócrata es superior a la suma de los conseguidos por los partidos Demócrata Cristiano, Nacional, Democracia Radical y Democrático Nacional. Este es un veredicto concluyente. La situación de la derecha tradicional puede ser calificada de un descalabro. El Partido Nacional registró un porcentaje electoral notoriamente inferior al de las elecciones generales de 1969, la denominada Democracia Radical que aseguraba contar con la mayoría de los sufragios anteriores del radicalismo no consiguió ni la mitad de los del Partido Radical, y en conjunto los partidos Nacional y Democracia Radical perdieron aproximadamente la mitad de los que favorecieron en septiembre a don Jorge Alessandri. De esta manera, el país castigó la soberbia con que la Derecha defiende los intereses creados y al amparo encontrado en sus altas esferas dirigentes por las actividades sediciosas y antipatrióticas de los comprometidos en el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider. La Democracia Cristiana es la otra perdedora de ayer. Del 41 por ciento del 1965 ha venido cayendo en cada sucesiva elección, y ahora sólo representa una cuarta parte del electorado. Concretamente, en seis años perdió más de un tercio de su porcentaje electoral. Lo más singular es que, bajo el liderato que su directiva entregó en estos comicios municipales al ex Presidente Frei, perdió 100 mil de los votos que habían apoyado el programa de su último candidato presidencial. Apreciando la elección del 4 de septiembre, la Unidad Popular sostuvo que la inmensa mayoría de los chilenos quiere cambios profundos, que conduzcan al socialismo. Ahora, este 4 de abril, el país acentuó inequívocamente su definición de izquierda. Interpretamos nuestra elevada votación de ayer como manifestación de respaldo al programa que nuestros partidos y movimientos se han comprometido a cumplir integralmente, como expresión de apoyo al Gobierno del Presidente Allende y como

exteriorización de la confianza de la mayoría en la Unidad Popular. Recibimos esta victoria asumiendo la responsabilidad correspondiente. Tenemos presente el hecho de que otras fuerzas políticas no supieron colocarse a la altura de aquellas circunstancias en que la ciudadanía los favoreció, y optaron en su tiempo por una conducta prepotente, soberbia y sin principios. Podemos asegurar al país que nada de ello ocurrirá con nosotros. Nos enorgullecemos de que el Gobierno de la Unidad Popular garantice en Chile elecciones verdaderamente libres y ejemplares y, alentados por el hecho de ser mayoría inequívoca, mantendremos más que nunca nuestra unidad y cohesión y seguiremos adelante cumpliendo el programa que es nuestro supremo compromiso con el pueblo.

El Comité Político Nacional de la Unidad Popular

Santiago, 5 de abril de 1971.

LA INTERNA: VIEJOS CADUCOS V/S RATAS REVOLUCIONARIAS

Transcurrido el primer año de la Unidad Popular, con cifras económicas que respaldaban la gestión de Allende, se inició un proceso de evaluación y proyecciones. La militancia fue desarrollando un alto nivel de convencimiento frente a los cambios realizados, vehemencia que se expandía más allá de los parámetros del programa de gobierno.

Y es que no sólo se trataba del ímpetu de la generación más joven del Partido Socialista, sino más bien de una amplia y profunda perspectiva que se fue instalando en el ideario de miles de militantes que sentían que el dilema por el cual afrontaba la sociedad de aquel entonces era la gradualidad que debían tener las transformaciones en curso. Frente a esto, se comenzaron a generar múltiples visiones tácticas y estratégicas respecto al futuro del proceso liderado por el Presidente Allende, las que se fueron manifestando con mayor claridad en la sede del comunal.

Dos de los dirigentes del PS Vallenar que más protagonismo tuvieron en la época fueron Guillermo Valdés y Desiderio Campillay, Presidente y Secretario del partido respectivamente. Aquella dirigencia se encargó de garantizar un alto grado de periodicidad en las reuniones del partido (se realizaban prácticamente todos los días), en miras de

mantener una constante coordinación entre las autoridades partidarias y las bases socialistas.

El contexto lo requería. Los más experimentados del PS percibían que los sectores reaccionarios de derecha no se mantendrían tranquilos ante la avalancha de cambios que el gobierno llevaba adelante. Fue en ese ambiente, en medio de esas circunstancias, en que se comenzaron a generar extensos debates relacionados con la gradualidad y repercusión de las reformas que lideraba Allende.

“Por ejemplo, el Tito Mori era una de las personas que adhería a las corrientes más radicales. Él era santiaguino y había sido muy amigo y compañero de Elmo Catalán. De hecho, él tenía una chaqueta que se la había regalado Elmo. Y justamente el Tito Mori era de esa corriente, la del foco guerrillero, que era lo que planteaba el Che Guevara y a la que adhería este importante dirigente nacional”, recuerda Ángel Alcota.

Fue un debate interno que encontraba sus diferencias en Vallenar al igual que en todo el país. Por un lado estaban quienes defendían acérrimamente al gobierno y por otro, aquellos que sentían una voluntad de cambio un tanto moderada por parte de la Unidad Popular. En una vereda estaban los que respaldaban de forma incondicional al gobierno. En la otra parte los que querían “apurar el tranco” en el devenir de este mismo.

Con este escenario interno, el esfuerzo de entregarle conducción al Partido Socialista de Vallenar era mayúsculo. En ese sentido, el carácter y temperamento de Campillay y Valdés fueron vitales en el objetivo de mantener un cierto nivel de estabilidad al interior del PS. Respecto a este último, Jorge Pino tiene grandes recuerdos.

“Fue un compañero que no le gustaba la injusticia, era un inmenso hombre, educado, egresado de la Universidad Técnica y que además estaba dispuesto a todo. Si se le insolentaban mucho, él respondía como hombre, le tenían temor. Nadie se atrevía a cuestionarlo, ya que era muy de izquierda. Él antes era de Vallenar pero se fue a trabajar al cobre, entonces mandaba el sindicato. Era el presidente en El Salvador, representante de cuatro mil trabajadores, entonces tenía una gran experiencia, y además fue concejal en el Municipio de Chañaral”, puntualiza.

Muchas de estas reuniones se realizaban en recintos privados y en casas particulares. En el centro de la ciudad, en la población Carrera, en La Polvorera o en Torreblanca. Eran álgidas jornadas de discusión en donde se evidenciaban el diverso ramillete de miradas que

hubo en torno a la conducción que llevaba adelante en ese momento el gobierno de Allende.

“Un compañero de apellido Gómez apareció por acá porque viajaba mucho por los puestos que tenía, era miembro del directorio de la CAP, pero también era dirigente sindical. Apareció por acá en esos días, nos enfrentamos las dos posiciones dentro del partido. En ese ampliado, me acuerdo clarito, que él nos trató de ratas. Dijo que cuando el barco se hunda, estas ratas ultra revolucionarias van a salir arrancando”, indica Ángel Alcota

Sucedía que parte importante del socialismo vallenarino estaba compuesto por muchos militantes con un promedio de edad alto. También, como se ha mencionado, muchos de ellos pertenecían a las capas populares, en donde por razones sistémicas, el acceso a la cultura y a la educación era mucho más complejo. Según algunos militantes de la época, esto influía en el permanente uso de frases groseras y hasta en algunos casos ofensivas, utilizadas dentro y fuera del partido. Los jóvenes, por su parte, llamaban al otro sector como “viejos caducos”, acusándolos de no tener mentalidad revolucionaria y no querer profundizar los cambios.

Sin embargo, y a pesar de los calificativos que allí se hacían costumbre, todas estas discusiones siempre finalizaban con un clima de compañerismo y fraternidad. Nunca hubo desencuentros producto de estos álgidos debates. Y no se produjeron precisamente porque eran debates honestos y porque la militancia comprendía el valor de ser un partido político. Se entendía que el intercambio de ideas era el vehículo que generaría encuentros y concordancias, las que una vez presentes y desarrolladas se convertirían en las banderas unitarias de los socialistas.

El PS, que se fundó gracias a la unión de diversas organizaciones sociales y políticas, mantenía en su ADN y en su historia un particular pluralismo ideológico. Por ende, no sería la primera vez en donde se expresarían diferencias tácticas y estratégicas sobre la conducción partidaria.

“Yo creo que sobre todo los trabajadores, nos tomamos muy en serio todas las cosas que se pregonaban. No sé hasta qué punto, con sinceridad, pero uno creía que era posible la dictadura del proletariado. Y los trabajadores se organizaban para eso”, indica Ángel Alcota

Seguramente fue esta misma convicción la que impedía que el debate interno generara divisiones irreconciliables. Y aunque, a la luz de la reflexión, efectivamente estas diferencias eran considerables, también existía un fuerte compromiso con la institucionalidad partidaria. Algo que, además, se fortalecía a razón de las experiencias políticas del PS en las últimas décadas.

DISPUTA EN LAS CALLES

Era 1972 y aunque en la comuna siguiera predominando la influencia de los partidos de la Unidad Popular (lo que quedaba de manifiesto en las recientes elecciones municipales), el Partido Nacional y la Democracia Cristiana comenzaron a articularse en pos de manifestar públicamente, cada uno por su parte, su disconformidad con el estado de la comuna y del país.

La DC, que siempre tuvo una fuerte injerencia en Atacama, veía con recelos muchos de los cambios logrados por Allende. Y si en una primera instancia, dichas aprensiones se tradujeron en intercambios de declaraciones públicas entre los dirigentes del PS y de la DC de Vallenar, posteriormente la disputa se trasladaría directamente a la calle, en donde lejos de contribuir al enfriamiento de la temperatura política, tanto gobierno como oposición protagonizaban calurosas jornadas de marcha que se fueron haciendo cada vez más permanentes.

El punto de encuentro era la Plaza Central de Vallenar. Eran miles las personas que llegaban a manifestarle su apoyo a Allende, marchando por las principales arterias de la ciudad hasta llegar a la entonces nueva población Quinta Valle. Ahí la masa daba la vuelta y regresaba al centro de Vallenar, lugar escogido para los apasionados discursos que emitían los principales dirigentes locales pro gobierno.

Desafiando esta masividad, y en conocimiento de la fuerza que tenía la UP en Vallenar, los sectores de derecha también se dispusieron a manifestarse públicamente en oposición a lo que se estaba haciendo desde La Moneda. Desde el Partido Nacional, pasando por la Democracia Cristiana, grupos de mujeres cargadas en cacerolas hasta integrantes del Movimiento Patria y Libertad, quienes también se verían en estos encuentros luciendo sus emblemáticos “*nunchacos*”, a vista y paciencia de los sorprendidos

peatones, que veían como este tipo de provocaciones se comenzaba a naturalizar en medio de un clima político que ya se encontraba sumamente tensionado.

El ambiente nacional sin duda alguna era tenso. El programa de gobierno comenzaba a generar una profunda molestia en los sectores más acomodados de la sociedad. Un ejemplo de ello era la reforma agraria, la que ya cumplía más de una década desde su inicio y que, por esos días, se profundizó notoriamente, traducándose en una elevada política de expropiación de predios agrícolas. Esto terminaría por irritar el desencanto del mundo latifundista, el cual en ese momento se comenzó a movilizar públicamente como una oposición irreconciliable al presidente Allende.

La efervescencia histórica también estuvo del lado del oficialismo. Las permanentes luchas que dio el mundo sindical durante los '60, con el permanente apoyo implícito del gobierno, significó que en algunas empresas como Algarrobo, los trabajadores ganaran el derecho a participar de los directorios de sus respectivas compañías, aquellos espacios en donde se determinaban los lineamientos y estrategias del futuro de la empresa.

También hubo una fuerte respuesta a la problemática de la escasez de alimentos. Cada vez que Rafael Cumsille Zapapa -Presidente Nacional de la Confederación de Comercio Detallista- decretaba un paro nacional, parte de la población vallerina manifestaba de inmediato su molestia, la cual en algunas ocasiones llegaba a extremos, como el forzar la apertura de negocios y supermercados para extraer los alimentos que se encontraban en sus interiores. En medio de los gritos “*queremos con los diablitos, cargar los candaditos*”, se generaron complejas situaciones que desencadenaban en batallas campales entre manifestantes y dueños del comercio local.

“Me acuerdo que un día fuimos a un supermercado que estaba en calle Brasil, como a las dos de la tarde. Había que abrirlo, los pacos no nos dejaban, y como a las cuatro de la tarde, empieza a gritar la gente ‘vienen los trabajadores’. Efectivamente llegaron y ahí quedó el despelote, en el sentido de que la gente de derecha, dueña de estos locales, se asustó por la presencia de ellos y nos dejaron abrir el supermercado. Pero batallas de ese tipo hubo a diario. Generalmente era por eso, porque ellos querían someternos por el hambre o por la escasez, pero nosotros sabíamos que los alimentos estaban ahí y que era cosa de organizarnos y obligarlos a que nos vendieran. Aquí nunca

hubo saqueos. Se obligaba a que abrieran, pero nunca fuimos a robarles nada, jamás”, indica Ángel Alcota.

Y es que para muchos socialistas, la escasez de alimentos significó uno de los primeros síntomas de manipulación y chantaje por parte del empresariado. Las primeras señales del poder económico que buscaba resistir cualquier modificación a los beneficios que tenían hasta ese entonces. Algo que era totalmente funcional al hecho de complejizar el escenario económico con el que contaba Allende hasta ese momento.

“Empezaron a escasear las cosas también para quienes éramos comerciantes. Había dos partes donde comprábamos nuestros productos. Había uno en calle Serrano y otro en el centro también. Ahí estaban las empresas que proveían a los comerciantes, pero nos daban de a poquito. Una se llamaba Deca, que estaba en Merced y el otro en Serrano. El que quebró primero fue el de Serrano. Si venían camiones a vender, comprábamos. Después se echó a perder todo. Los mismos paisanos eran soplones, persiguiendo gente. Yo salía igual y abría mi negocio igual. Se vendía lo que fuera”, indica Esperanza Peña.

Lo cierto es que a pesar del complejo contexto de convivencia que se vivía en la comuna y en el país, se mantenía una alta expectativa de los sectores más populares de la población frente a los cambios que se estaban llevando a cabo. El grado de participación por parte de la comunidad vallerina adquirió ribetes inalcanzables en su historia política, aun cuando fuera la derecha el sector ideológico que controlaba prácticamente todos los poderes en la comuna, como los medios de comunicación y parte importante de la producción, sobretodo la alimentaria, área de mucha complejidad en esa época.

LA MAÑANA MÁS TRISTE

A poco más de dos meses del repudiado intento de golpe de estado denominado “tanquetazo”, el gobierno de Chile lograba mantener un mínimo de estabilidad y paz social en el país, claro que en un contexto de absoluta polarización política y desconfianzas institucionales.

A comienzos del mes de septiembre, se realizó una reunión del Partido Socialista de Vallenar en un recinto privado. Los ánimos no eran los mejores. Ya se advertía nuevamente un intento de golpe de estado contra Allende y los rumores sobre un supuesto pacto entre

los partidos de derecha y la Democracia Cristiana eran cada vez más fuertes. Frente a esto, los sectores más recalcitrantes del Partido Socialista asumieron la tesis de defensa irrestricta a Allende, frente a cualquier intento de derrocamiento del gobierno constitucional.

Así, en aquella reunión, se delegarían diferentes funciones y responsabilidades que los militantes presentes asumirían ante un eventual intento de golpe de Estado. Había gente que ya se preocupaba de investigar, entender y transmitir información en torno a cualquier accionar de la derecha. Estaban también aquellos que tenían bajo su espalda el deber de acompañar a las autoridades partidarias locales, entendiendo que cualquier situación política adversa conllevaría a focalizar las miradas sobre estos dirigentes. Además, se realizó un orden en torno a los encargados de movilizar las diferentes poblaciones y sectores de Vallenar: existía una real disposición de algunos militantes y núcleos del partido de enfrentar con armas a cualquier grupo u organización golpista.

Por otra parte, algunos socialistas instalaban sus esperanzas en la posibilidad que la situación política del país mejorara. Se creía que si los socialistas y comunistas eran capaces de generar un puente de entendimiento con los democratacristianos, el gobierno y Allende contarían con un mayor grado de legitimidad ante un país sumamente convulsionado en lo político. También, se miraba con atención a las Fuerzas Armadas en donde las divisiones eran de conocimiento público y de las cuales se esperaba que prevalecieran aquellas miradas leales con la Unidad Popular, algo de lo que sólo se tendría certeza en caso de que esas diferencias no se pudieran administrar más y el ejército sufriera un quiebre.

Las amenazas y permanentes provocaciones por parte de ambos sectores políticos alcanzaban niveles insospechados, razón por lo que la tolerancia desaparecía insólitamente en un país completamente dividido. La comuna, sus autoridades y dirigentes se encontraban con el ánimo por el suelo. El sentido común no entendía cómo ni en qué momento el diálogo político había fracasado.

El martes 11 de septiembre de 1973 el Alcalde Juan López llegó muy temprano a las dependencias municipales. Eran las seis y media de la mañana y ya en la Plaza de Vallenar transitaban algunos grupos de personas. Ese día, por la madrugada, el edil comunista recibió tres llamados, todos ellos de compañeros de su partido, quienes le informaban de la compleja situación que se generaría en sólo cuestión de horas.

Ese día, y antes de sumergirse en un estado de completa desidia, los dirigentes vallenarinos que respaldaban al gobierno de la Unidad Popular, despertaron enterándose de una situación que afectaba lo más profundo del ímpetu con el que vivían hasta entonces. Ese día, fue el momento en donde el fracaso de las dirigencias políticas por generar vínculos de entendimiento, repercutió en el más triste resquebrajamiento de la voluntad popular. Ese día, ese momento, la Plaza de Vallenar, principal espectadora del municipio y de la Gobernación del Huasco, amaneció con la desdicha de ver a sus líderes con la cabeza caída y el ánimo enterrado en el dolor.

“Esa mañana me levanté temprano para ir a comprar a la Panadería Esperanza de la Población Carrera, cuando por la radio se supo que se estaba produciendo un golpe de Estado. Entonces, hicimos lo que habíamos acordado. En el caso mío, fui a presentarme a la gobernación. Ahí, afuera, había muchos compañeros y todo el mundo estaba en la duda más absoluta, porque todo lo que se sabía era la información entregada por la radio. No había más que eso. Nosotros intentamos, algunos, hacer lo que se había acordado y otros estaban muy temerosos”, narra Ángel Alcota.

El sinsentido era absoluto. El gobernador de la Provincia del Huasco, Victor Hugo Rojas, mantenía la cautela: la información que él manejaba era sumamente limitada. En tanto, en las afueras de la gobernación, se comenzaron a agolpar decenas y decenas de adherentes al gobierno, quienes esperaban ansiosos algún indicio de lo que estaba sucediendo y de cómo debían enfrentar la situación. Y es que mientras algunos, aquella militancia más disciplinada, esperaban con prudencia un pronunciamiento oficial por parte del gobierno local, hubo otros que comenzaron paulatinamente a agitar a la masa presente, con llamados explícitos a tomar las armas y a atrincherarse desde algún edificio, mientras se aclaraba la situación en Santiago.

Durante esa jornada, también comenzó a rondar un rumor que apuntaba a una supuesta estrategia de defensa oficialista, liderada por el General Carlos Prats, quien vendría rumbo al norte del país, junto a una parte del ejército chileno con el objetivo de comenzar una arremetida a Santiago desde alguna región. Frente a esta eventualidad, un grupo de militantes se esmeraron en reunir la mayor cantidad de explosivos, cuestión que no tuvo ninguna repercusión luego que se supiera de la completa inexistencia de este plan.

Aún con el desconocimiento sobre el estado del Presidente Allende, un vehículo del Ejército de Chile comenzaba a transitar por las principales calles de Vallenar. En él, un teniente lideraba una comitiva compuesta por diez conscriptos, lo que sin ejercer ningún tipo de mandato fuera de lo común, imponían autoridad e inmensos grados de incertidumbre con su mera presencia.

“Cuando llego allá, viene bajando Juan López de la Gobernación. Debe haber tenido reuniones, quizás de qué hora andaban en eso y más atrás venía la esposa. Llega Juan López y me dice: ‘va a haber un golpe de Estado, Marina; ándate a tu casa’. ‘No’ le dije yo. ‘Explícame qué pasa, por qué el partido no me ha dicho ninguna cosa, no me ha avisado nada’. Entonces me responde: ‘Marina, ándate a la casa mejor. Yo creo que a las tres de la tarde vamos a tener que desaparecer todos de acá. Y en este momento, voy a preparar a la gente’. Justo después de eso viene la Pastoriza y me abraza. Me da pena cuando me acuerdo. Llega y me dice ‘Marina, qué bueno verte, pero nos van a venir a matar. Anda a ver a los niños. No vayas con nosotros, porque vamos a ir expuestos a que nos maten, a que nos llegue una bala y que mis hijos se queden sin padre’”, recuerda Marina González.

Las horas comenzaron a avanzar rápidamente y en la comuna aún se desconocía la situación por la que atravesaba el gobierno. No hubo información de Santiago, tampoco de Copiapó. Lo que estaba sucediendo era el retrato de debilidad en la reacción política de quienes promovieron la lucha armada como única alternativa de estabilidad y proyección del gobierno de Salvador Allende. Los porfiados hechos evidenciaron bruscamente que la vehemencia con la que algunos practicaban la política en Vallenar y en todo el país, carecía de una capacidad táctica de ir generando condiciones de robustecimiento del sistema político y económico que se estaba configurando.

La confusión de la que eran víctimas los partidos políticos de la Unidad Popular de Vallenar no lograba erradicarse. Hubo quienes mantuvieron por largo tiempo la cautela y otros que abandonaron rápidamente el territorio en donde eran conocidos por su participación política. También, estuvieron lo que señalaron que había que enfrentar y defenderse de cualquier empoderamiento militar.

“En caso de golpe de Estado, las instrucciones de Santiago eran paralizar las mineras, industrias y todo lo que eran faenas de trabajo. Mantenerse ahí con los

trabajadores, porque nuestros dirigentes de Santiago estimaban que, con dos o tres semanas de huelga nacional, no podían durar los milicos, cuestión que finalmente no ocurrió”, recuerda Jorge Pino

A eso de las nueve de la mañana del 11 de septiembre, un grupo de dirigentes socialistas, entre los que se encontraban Jorge Pino, Ibar Espinoza, Guillermo Hormazábal (hijo del regidor socialista) y Juan Cares Sandoval, más algunos dirigentes comunistas, como el propio gobernador Víctor Hugo Rojas, decidieron tomar la camioneta del alcalde López y, junto a él, partir a diferentes faenas mineras de los sectores aledaños a Vallenar, con el fin de agitar los ánimos de los trabajadores que allí se encontraban. Era una maniobra totalmente riesgosa y atrevida, que venía a ignorar la ya conocida presencia de mandos militares en la comuna. Fue así como estos dirigentes se propusieron recorrer sectores como Algarrobo, Boquerón Chañar, Cerro Colorado, Bandurria y Astilla. Era un desafío no menor, las distancias entre estas faenas no eran menores y con el pasar del tiempo la instalación de las fuerzas militares en todas las comunas de la región era cada vez mayor.

Habían pasado sólo algunas horas luego que se escuchara el discurso del Presidente Allende transmitido por Radio Magallanes, a las 9:10 horas de la mañana, en donde realizaba un llamado al pueblo chileno a *“defenderse, pero no sacrificarse”*. Frente a esto, y al llegar a cada uno de estos lugares, la sorpresa generada en estos dirigentes políticos fue mayúscula. En un gesto de absoluta generosidad y lealtad con el líder socialista, y también como una muestra de máxima organización, los trabajadores pertenecientes a esas faenas ya tenían todos los sectores completamente tomados.

Las miradas que se podían apreciar en cada uno de estos yacimientos no transmitían temor alguno. Eran rostros confundidos, pero que denotaban lealtad, valentía y por sobre todo mucha dignidad. Había conocidos trabajadores socialistas, comunistas e integrantes del Movimiento Revolucionario de Izquierda (MIR). También estaban presentes hombres sin militancia alguna, incluso uno que otro demócratacristiano. Lo cierto es que más allá de las organizaciones políticas, a todos ellos los unía la voluntad de defender lo que consideraban justo. Sentían que se estaba transgrediendo a la voluntad política que ellos mismos habían manifestado hace algunos años atrás. Aquella que les permitió sentar las bases para una nación en donde, por algunos años, los hijos de pobres pudieron mezclarse

con los hijos de latifundistas, una nación respetuosa con la clase obrera. El Presidente constitucional, el Presidente Allende era a quien le estaban arrebatando.

Era mediodía, y la masa que aún se encontraba en el edificio de la gobernación escuchaba por radio lo que nadie quería oír. Salvador Allende había muerto.

“Fue un día triste, negro. Los dirigentes que estaban ahí en la gobernación, salieron de una reunión y nos informaron. Yo por lo menos era muy joven, y uno cuando es joven es como media irresponsable del miedo. Además no estaba la experiencia, pero los viejos del partido habían vivido eso. Recuerdo que el compañero Francisco Pastén, que era el Presidente de la CUT en ese momento, dijo que había que estar preparados ya que perseguirían a la gente. Nos dijo ‘tienen que cuidarse, van a matar gente, los van a tomar presos’. Y eso lo advertía porque algunos pensaban que era un golpe con guantes blancos, que a los días la Democracia Cristiana asumiría la conducción del gobierno. Fue lo que se pensó. Y ese compañero, que era el Presidente de la CUT, dijo que no sería así”, señala Nacira Saavedra.

Luego de ser advertidos de tan complejo escenario, la comitiva de dirigentes, aún en las diferentes faenas mineras, optó por volver a la ciudad. La inercia obligaba a ello. No contaban con ninguna instrucción sensata a transmitir. El único valor de este recorrido terminó siendo su breve presencia. Quizás el contexto obligaba a este trayecto. Aunque no tuviera ningún sentido, aunque contribuyera en nada.

Los extensos trayectos entre una mina y otra, significaron una importante cantidad de horas de ese día para este grupo de dirigentes. Al llegar a Vallenar los recibió la noche junto a un hermetismo latente en cada una de las calles de la ciudad. Lo primero que hicieron allí fue dirigirse al taller de un simpatizante de Allende, en donde pintaron la conocida camioneta amarilla de Juan López que los transportaba. Esto pues se les informó la presencia de aviones de la FACH que observaban atentamente los movimientos que se realizaban en el territorio. El nuevo color del vehículo fue el rojo.

Sólo con Pino, Tordesilla, Hormazábal y Rojas ahora en la travesía, la siguiente parada fue la Población Polvorera. Allí, en la casa de una profesora socialista, se encontraba refugiado Guillermo Valdés, presidente del PS de Vallenar, a quien se le solicitó que se hiciera responsable de la conducción del partido. El resto de la dirigencia se dedicaría a seguir con las visitas a faenas, en el marco de una improvisada estrategia de

agitación de los trabajadores. Valdés, quien asumió la tarea encomendada con absoluta disciplina, se dirigió de inmediato a una vivienda vecina, donde dos dirigentes del Partido Comunista de Santiago lo esperaban para entregarle algunas informaciones. En esos precisos momentos, el grupo se retiró y partieron a la Población Hermanos Carrera, primero para dejar en su casa a Tordesilla, quien vivía en calle Caupolicán y después a Guillermo Hormazábal. Ya en ese lugar, la travesía iniciada en la mañana de ese 11 de septiembre llegaría bruscamente a su fin.

“Vamos pasando por la calle de Hormazábal, en donde habían unas velas prendidas. ‘Aquí vive Guillermo, yo también me quedo aquí, ven a buscarme mañana’, le dije a Rojas. Él se largó a reír, me echo unos garabatos y partió con la camioneta, cuando treinta o cuarenta metros más allá lo estaban esperando unos Carabineros. Como no había luz, no me vieron a mí ni a Hormazábal. Nosotros fuimos testigos de cómo esposaban al gobernador y ahí le pedí a Guillermo que me acompañara a la casa de unos socialistas que eran vecinos de él, ya que al gobernador podían obligarlo a decirles dónde me bajé. Podían torturarlo. Me fue a dejar allá, donde un matrimonio socialista de apellido Guerra, que vivían cerca del cementerio, y que terminaron refugiándonos a ambos”, relata Jorge Pino.

Al día siguiente, los hechos daban cuenta que la situación empeoraba. En pleno centro de la ciudad, se descubrió la presencia de armamento en los techos de un edificio de calle Ramírez, en donde actualmente se ubica la Universidad de Atacama. Al enterarse de esto, Carabineros hizo un llamado radial a no transitar por las calles del centro de la ciudad. Habían comenzado las detenciones políticas y, con éstas, un notorio aumento en la represión por parte de las fuerzas de orden. Era la respuesta a una serie de especulaciones que se comentaban sobre eventuales reacciones de las organizaciones de izquierda de Vallenar al Golpe de Estado.

“La gente de la Población Carrera empezó a bajar desesperada ya que por la radio dijeron que venían bajando los mineros. Eran como las cuatro de la tarde y no había ningún paco en las calles. Las banderas que se habían levantado en algunas casas celebrando el golpe las empezaron a bajar. Los Carabineros entregaron la ciudad y se acuartelaron. Eran veinte pacos, no más que eso. Y todo terminó siendo falso. No venía ningún minero, no venía nadie. Eran rumores para dar un poco de esperanza, de que

alguien podía venir, de que podíamos revertir eso, pero uno no tenía información de nada. Era un aislamiento absoluto”, asegura Ángel Alcota.

Inmediatamente, la Junta Militar intercambió grupos de policías y militares entre ciudades medianamente cercanas. En el caso de Vallenar, llegó un contingente importante proveniente desde La Serena. Algunos actores políticos de la época interpretaron esta medida como una forma de facilitarles la labor a los miembros de la policía, ya que aquellos que llevaban largos años residiendo en Vallenar, conocían a una parte importante de la población con quienes habían entablado fuertes lazos de respeto.

Por otro lado, y al igual que el día 11, se escuchaba permanentemente por las emisoras locales los bandos militares que emplazaban a los dirigentes de la Unidad Popular a entregarse de forma inmediata. En Vallenar también existió una lista que enumeraba a los dirigentes políticos que se buscaba. Ella la lideraba el alcalde de la comuna Juan López, de quien -a diferencia del gobernador Víctor Hugo Rojas- aún se desconocía su paradero. También estaban allí Guillermo Valdés, Jorge Pino, Desiderio Campillay, Lina Maldonado y una parte importante de otros dirigentes del Partido Socialista y del Partido Comunista de Vallenar.

Esta situación significó un golpe anímico y moral para una parte de los socialistas, quienes fueron intimidados a través de una serie de emplazamientos públicos. Y no era para menos. Comenzaron a comentarse una serie de amenazas contra quienes pusieran algún grado de resistencia frente a los dictámenes de la Junta Militar. El temor, la desconfianza y el miedo a ser víctimas de las represalias políticas más brutales repercutió en que muchos de los hombres y mujeres que fueron parte de un proyecto transformador, cedieran y bajaran los brazos ante el injusto y mezquino uso de la fuerza del Estado. Era algo entendible. Se comenzaba a transitar en el dilema de la vida o la muerte.

“El día 12 me vine a mi casa, en donde estaba mi señora, la Nora, a quien le dije que iría al centro para saber alguna información. Cuando pasé por ‘la antena’ me encontré nuevamente con el ‘Chino’ Pino. Ahí conversamos un par de minutos. ‘Me voy a entregar’, me indicó. Yo le dije que no haría lo mismo, que iría a trabajar, donde me correspondía. Entonces me fui. Cuando pasé por calle Marañón, por la Radio Estrella del Norte, ya tenían un ‘paco’ de punto fijo. Cerca de ahí, a un par de casas, vivía mi papá. Ahí me quede el día 12 y no salí más. Con la Nora quemamos todo: los carnets, las fichas,

quemamos todo. Algunos me han dicho ‘¡no salvaste el carnet huevón!’. Primero la vida, después el carnet. Al otro día, 13 de septiembre, salí temprano a trabajar junto a mis hermanos. Mi jefe seguramente sabía lo que se venía conmigo. Una vez allí, a eso de las 11 de la mañana, sale el bando en donde me llaman. Me tuve que presentar frente a un secretario al cual le reconocí que sentía miedo”, recuerda Guillermo Hormazábal.

Fue el comienzo de una pesadilla que duró más de lo que muchos esperaban. Un mal sueño, en el que no sólo se ejercieron maltratos físicos, sino que algunos de corte emocional y psicológico. Fueron las mañanas más duras de la vida de algunos socialistas. En donde ninguna cosa podía contrarrestar el amargo sabor de la violencia política. Cuando el respeto, la tolerancia y la dignidad fueron omitidas por un sólo punto de vista.

CUANDO EL ODIO SUPERA LA TOLERANCIA

La desdicha ya se había empoderado de quienes tuvieron el sueño de una comuna y un país más justo e igualitario. El odio, presente en el mando central del Ejército de Chile, se convirtió en la batería movilizadora de un sector de la sociedad que pensaba que la forma de subsanar las diferencias políticas de la población era silenciando la voluntad de cambio que tuvieron millones de trabajadores que aspiraban a una vida totalmente distinta. El temor fue creciendo. La frustración e impotencia se apoderaron del espíritu de las personas. Comenzaban a evidenciarse los primeros signos de un proceso marcado por la injusticia y la crueldad.

La Comisaría de Vallenar, ubicada en la esquina de las calles Serrano con Alonso de Ercilla, comenzó a recibir paulatinamente a una serie de dirigentes políticos, pertenecientes a los partidos de la Unidad Popular, que fueron nombrados en los bandos militares. Éstos, ante al miedo de enfrentar medidas aún más drásticas, optaron por entregarse de forma voluntaria. Y fueron los primeros que tuvieron que someterse el trato indigno y humillante, al que las fuerzas de orden los obligaron.

Esta situación quedó marcada en la retina de todos estos dirigentes. Cuando se presentaron en el lugar, fueron llevados a una sala, donde se les solicitó desprenderse de toda su ropa y de cualquier elemento que portaran. Posteriormente, se les realizó una entrevista y se les consultó sus datos personales. Después de eso fueron trasladados al

calabozo, lugar en donde ya había una decena de personas encerradas. Nadie tenía mucha claridad sobre la situación que se vivía en esos minutos. El rumor que corría entre los investigados era que sólo estarían un par de días en el lugar. Idea que, con el pasar del tiempo, demostraría su falsedad.

Las noticias no eran buenas. El encarcelamiento se extendió y las detenciones aumentaron. Hubo dirigentes que escaparon hacia el interior de los valles con el objetivo de llegar a Argentina. Otros, con menores opciones de movilizarse, optaron por esconderse en algunas viviendas de Vallenar, cuestión que no les fue de mucha utilidad, puesto que en los días siguientes los militares comenzaron a irrumpir al interior de las propias viviendas. Esto fue, precisamente, lo que le sucedió a Ángel Alcota y a su pareja Lina Maldonado.

“Perdimos el contacto con todo el mundo. No había posibilidad alguna de juntarse con nadie, porque después llegaron los milicos en avión. Se movían y tiraban balas. Ya no había qué hacer en esta cuestión y simplemente estábamos esperando que pasara algo milagroso. El día 20 de septiembre fuimos y nos casamos con la Lina. El 20 de septiembre del 73. Fue un modo de decir ‘bueno, de aquí vamos a seguir juntos pase lo que pase’. Seguimos cinco días esperando qué pasaba. Y el 25 de septiembre llegaron como a las ocho de la mañana donde yo estaba. Fue una patrulla de pacos y nos detuvieron a la Lina, a su papá y a mí”, indica Ángel Alcota.

También llegó información del dirigente Juan Cares Sandoval, a quien la policía lo detuvo y, producto de la golpiza propinada, terminaría con la mitad de su cuerpo paralizado. Fue una paliza brutal. Misma receta que se le otorgaría a decenas de socialistas vallenarinos y adherentes a la Unidad Popular. Era una realidad vergonzosa. Se vivía en todo el país. Y las acciones eran coordinadas por el hasta entonces Comandante en Jefe del Ejército y luego Presidente de la Junta Militar, Augusto José Ramón Pinochet Ugarte. El mismo general que reemplazó a Carlos Prats luego que este último asumiera el Ministerio de Defensa. El mismo de quien Salvador Allende siempre esperó completa lealtad.

“Nosotros desde que empezamos a militar sabíamos que, para que triunfara esta revolución, la única manera posible era por las armas. Pero del dicho al hecho hay mucho trecho. Y hubo momentos súper duros. Por ejemplo, nosotros sabíamos que habían detenido a un compañero del MIR, el chico Carlos, un comerciante muy conocido de acá. La noticia que había, que después supimos era falsa, es que lo habían fusilado en el patio

de Carabineros. Después cuando me detuvieron, me tiraron una ametralladora para dentro de la celda donde estaba yo y me decían que me fusilarían como el chico Carlos. Ese momento era duro. Uno fanfarronea, pero otra cosa es con guitarra. Uno se da cuenta que no es tan valiente o de que las convicciones no son tan profundas como para entregar la vida por algo así”, recuerda Ángel Alcota.

La militancia aumentó su temor frente a estos atropellos. Se comenzaron a desprender de elementos que los identificaran con el Partido Socialista, decisión que fue tomada luego de una reunión en casa de Sergio Infante. Muchos de ellos quemaron fotografías, padrones y libros. Nadie deseaba ser visto con sospecha por los militares.

También, comenzaron a aumentar los bandos militares solicitando la presencia de determinadas personas, muchas que por su propia voluntad fueron presentándose en comisaría. De la mano con estas detenciones se concretaban, además, las condenas de relegación o destierro, que mayoritariamente se concretaron en la zona centro norte del país, en 1974.

“Hubo aproximadamente sesenta compañeros que trasladaron a La Serena. Allí, el consejo de guerra había condenado a muerte a Víctor Hugo Rojas, el gobernador. También le dieron otras condenas a la Lina. A Hormazábal le tiraron relegación de tres años. A todos los dirigentes mineros, mínimo tres años, y a mí, que aún me buscaban, me tenían condenado a muerte en rebeldía. Y quien nos defendía era un abogado socialista, Gustavo Rojas. Pero en el momento más tenso, Gustavo pide asilo y lo sacan a él y a su señora que era ministro de la corte. Por temor pidieron refugio”, agrega Jorge Pino.

La Serena fue una de las ciudades que recibió la mayor cantidad de relegados vallenarinos en los primeros meses. Eran más de cien. Y desde allí, se comenzaron a concretar las condenas que enviaban a estos hombres y mujeres a diferentes rincones del país, para mantenerlos totalmente aislados e inhabilitados de sus derechos civiles.

“Se hizo un almuerzo en mi casa, en San Félix. De los amigos que fueron ninguno era allendista y sin embargo nos acusaron de haber hecho una reunión política. En esos días yo estaba en Santiago buscando mercadería porque me dediqué al comercio, y en ese momento me informaron que me estaban esperando los Carabineros, por lo que me tomaron detenido esa misma tarde y me llevaron a Copiapó. Allí estuve en el regimiento

militar, con unos cerdos en el corral de chanchos que tenían los militares”, recuerda Ricardo Ávalos.

También estuvieron detenidos destacados dirigentes como Guillermo Valdés, Manuel Figueroa y Francisco Pastén. Los compañeros comenzaron a desvincularse. Ya sea porque fueron relegados y separados de sus organizaciones, o porque la represión militar les impedía reunirse. E incluso provocaba temor y desconfianza el ejercicio de la militancia y todo lo que ello implicaba.

“Una vez subí a la población Baquedano, a la casa de Desiderio Campillay. Cuando llegué allá me di cuenta de que una ventanita chica se cerró. Nunca me imaginé que no me iban a abrir la puerta. Empecé a golpear y, por la misma ventanita, me dijeron: ‘Váyase, no quiero que vengan, menos usted. No venga más a golpearme la puerta’. Yo me vine llorando todo el camino. Lo único que pensaba era quién me iba a ayudar, no tanto económicamente, sino que dándome una orientación sobre qué hacer. No alcancé ni a abrir la boca y me echó de su casa. Hasta me negó el saludo, Nunca se acercó a mí. Ellos ahora son evangélicos. Yo los saludo, pero se portaron muy mal con la gente”, cuenta Marina González.

Este fue el mecanismo utilizado para ir, paulatinamente, desmantelando todas las orgánicas políticas. La represión y la tortura fueron los principales métodos con los que la dictadura acababa con el valor de lo colectivo. No era deslealtad ni falta de compromiso. Sólo el terror que provocaba observar y ser testigo de crímenes humanos que muchas personas nunca antes habían presenciado.

LA CARAVANA DEL DESIERTO

Las persecuciones e injusticias políticas eran cada vez más reiterativas y, lo que era peor, comenzaron a naturalizarse en el actuar del régimen. Si bien todo esto resultaba inaudito para cientos de familias vallenarinas, no se estaba aún en el peor momento de la dictadura. El trabajo sucio debía recibir un beneplácito. Augusto Pinochet quiso corroborar, región por región, que el país se estuviera liberando del “germen marxista”. Frente a esto, se dispuso un helicóptero “Puma”, el cual transportaba a un grupo de militares a cargo del General Sergio Arellano Stark para tal indolente misión.

La denominada *Caravana de la Muerte* comenzaría su recorrido por el país en el mes de septiembre de 1973. Y aunque a la región la comitiva militar recién llegaba el 16 de octubre de ese año, dejando un saldo de dieciséis dirigentes políticos asesinados, lo cierto es que hubo otros emblemáticos líderes atacameños perseguidos por Arellano Stark, que encontrándose en otras regiones del país, también fueron ejecutados por un ejército dispuesto a barrer con los más férreos adherentes al gobierno de Salvador Allende.

Leonello Vinenti Cartagena, Pedro Pérez Flores, Mario Silva Iriarte, Winston Cabello Bravo, Agapito Carvajal González, Fernando Carvajal González, Alfonso Gamboa Farías, Luis Segovia Villalobos, Raúl Guardia Olivares, Carlos Quiroga Rojas, Jaime Sierra Castillo, Benito Tapia Tapia, Maguindo Castillo Andrade, Héctor Moreno Campusano y Florencio Vargas Díaz, entre tantos otros, se convirtieron en víctimas del paso de la *Caravana de la Muerte*. Algunos de ellos asesinados en la región. Otros de ellos, atacameños ejecutados en diferentes rincones del país. Todos ellos socialistas, todos ellos inexplicablemente perseguidos por sus ideas.

“Cuando ejecutaron a mi padre en Antofagasta, por orden del estado mayor, tuvimos que radicarnos en Vallenar con mi abuela materna. Lo que se ha logrado establecer jurídicamente es que la orden de ejecución fue dada directamente por el General Pinochet. Esta caravana tenía por objetivo, al seleccionar a quienes posteriormente eran ejecutados, acelerar los procesos a través de juicios sumarios. Es por tal motivo que llegaba la caravana con un listado de personas y en menos de un día eran ejecutados. Lo que marca la diferencia con la represión de los años siguientes, es que con la caravana fueron asesinatos selectivos, previamente establecidos sobre autoridades del Gobierno Regional de Atacama y que mayoritariamente fueron socialistas”, indica Mario Silva Álvarez, hijo de Mario Silva Iriarte, ex Gerente de Corfo de la zona norte y destacado militante socialista vallenarino asesinado por la caravana.

Este acontecimiento, ocurrido en todo el país, se transformaría en uno de los episodios más sangrientos de nuestra historia reciente. Sin consideración alguna, y en sólo un par de meses, se terminaba con la vida de más de un centenar de dirigentes políticos locales. Había muchos socialistas, también comunistas. Había militantes del MIR e independientes de izquierda sin militancia. Pero todos fueron atropellados sin asco alguno.

Para todos ellos terminó su vida cuando una decisión militar determinó instalar a la muerte en el desierto de Atacama.

EL ADIOS DE UN GRAN LÍDER

El mundo socialista se encontraba con el ánimo por el suelo. Todas las informaciones que llegaban sobre atropellos políticos; las muertes, las torturas, eran como una bofetada al patrimonio ético que su partido había construido durante largos años. Esta realidad se continuó desarrollando. Aumentó. Y el 14 de diciembre de 1973, se conoció una noticia que significaría un tremendo golpe de dolor para la familia de la izquierda vallenarina. Ese día, el alcalde de Vallenar Juan López Torres murió, en territorios de la mina La Restauradora, en manos de las fuerzas policiales que lo perseguían desde hace ya varios meses.

López era un popular líder perteneciente a la esfera sindical de la comuna. Durante largos años fue ganando el mérito de ser visto como el principal referente del Partido Comunista local, situación que motivó su llegada al municipio vallenarino desde donde acentuó su legitimidad como político.

“Muy querido, sobre todo por los trabajadores, fue un dirigente sindical que siempre estuvo al lado de los trabajadores, quienes tenían mucho respeto por él, ya que se la jugó hasta el último día que pudo. Él era un trabajador, un hombre del pueblo, con el sello del pueblo, y muy luchador. Como que se escapaba un poco del Partido Comunista. No era tan cerrado, era más abierto al mundo, pero un gran tipo. Era un hombre que no tenía tanta educación, pero era habiloso. Sabía administrar el municipio, estaba capacitado para eso, sin tener mucha escolaridad”, recuerda Nacira Saavedra.

Efectivamente existió un gran respeto y valoración hacia su persona desde los militantes del Partido Socialista, a quienes siempre se refirió como sus “compañeros”. Se convirtió en uno de los principales defensores del gobierno de la Unidad Popular y desde los sectores de derecha más recalcitrantes le apuntaban permanentes críticas políticas a su gestión, las que no estaban carentes del clasismo característico de las dirigencias conservadoras de esos años. A los meses de producido el golpe de Estado, López formaba

parte de aquellos vallenarinos que, habiendo sido llamados por los bandos militares, no se encontraban detenidos y de los cuales se desconocía por completo su paradero.

Respecto al asesinato de López existe más de una versión. Mientras el relato “oficial”, entregado por las fuerzas de orden, indica que al ex alcalde lo batió una bala luego de ser sorprendido huyendo y posteriormente ejerciendo resistencia, la familia del líder comunista asegura que su muerte fue un acto completamente premeditado y construido con extrema precisión por los militares.

Fuera de esta discusión, lo concreto es que la partida de Juan López Torres significó un golpe bajo a la comunidad por parte de las fuerzas de orden. Y no sólo porque era la primera autoridad comunal, sino más bien porque se había forjado en Vallenar un aprecio transversal e indesmentible hacia la persona de este notable dirigente político, quien en base a la consecuencia, el trabajo y su envidiable sencillez, puso en ejercicio una manera de hacer política al servicio del pueblo vallenarino.

UNA PESADILLA ETERNA

Aunque era de conocimiento público que el Partido Socialista seguía reuniéndose de forma secreta, lo cierto es que el grueso de su militancia desistió de participar o definitivamente no pudo seguir cumpliendo con las tareas partidarias en el contexto que se presentaba.

El régimen militar, que muchos partidos políticos creyeron que duraría sólo algunos años, se alargaba eternamente para los ciudadanos reprimidos ideológicamente. Pinochet paulatinamente constituyó una fuerte base de representación en los diferentes espacios de poder, cuestión que le permitió mantener un férreo control de cada región de Chile a través de las características de una dictadura.

Y es que no sólo hubo detenciones. También desaparecieron dirigentes, algunos emigraron a otras ciudades, marcados por el miedo y el temor a sufrir en carne propia el castigo de un régimen opresor.

“El resto de la gente, por ejemplo un hermano mío, no sabíamos dónde estaba, él era dirigente regional de la JS. Él vive ahora en Serena. Mucha gente desapareció simplemente. Al dirigente sindical del Algarrobo, Donoso, nunca más lo vimos. Sabíamos

que él estaba fondeado, pero nunca más lo vimos, nunca más volvió a Vallenar”, indica Ángel Alcota.

Vallenar no estuvo al margen de una serie de prácticas antidemocráticas que se realizaron por parte del régimen en todo el país. No siendo suficientes las detenciones políticas, los destierros a otras regiones del país o los mismos asesinatos, la dictadura sometía a los vallenarinos a situaciones que vulneraban con creces los niveles mínimos de dignidad.

“Mi casa, en la Villa O’Higgins, fue allanada el año ‘80. Fue un operativo muy escandaloso. Obviamente, después uno entiende que eso era para fluir miedo a los demás, era el aviso. Cuando esto se produjo, había recién nacido mi segundo hijo, lo había sacado a pasear mi prima Eli. De pronto golpean la puerta, voy a abrir y había Carabineros y gente de civil con una orden de allanamiento de un juez. Bueno, ahí tuve que dejarlos pasar. Es bastante denigrante un allanamiento, no sólo por el hecho de que invaden tu casa, sino que porque uno siente que hay una sensación de abuso y violencia. Afortunadamente no me encontraron nada en la casa, me dejaron ahí. Después, me fueron a buscar de nuevo en la noche, me sacaron a dar un par de vueltas en el vehículo, y uno de los Carabineros que me allanó la primera vez era de Copiapó, me acuerdo muy bien de él, porque fueron de las personas que fue nombrado muchas veces en Radio Moscú como uno de los mayores torturadores que había habido en el ambiente de los Carabineros”, recuerda Magaly Varas,

Eran algunas de las tantas prácticas que se fueron ejerciendo. Se reprimía, se censuraba, se intimidaba. Se utilizaban los más diversos métodos de violencia contra el pueblo. Se pensaba que a través de esos vehículos se cambiaría la conciencia y los puntos de vista que cada ciudadano, legítimamente, tenía. Era la idea y el paradigma de un diseño de opresión construido para mantener el orden de un sistema injusto y arbitrario. Un modelo fascista, sin ningún respeto por la democracia y el pluralismo.

LA MÁS DIGNA DE TODAS LAS LUCHAS

Conscientes de todas las limitaciones y peligros que tenían a su alrededor, los socialistas que aún vivían en Vallenar y sus sectores aledaños, se las arreglaban para no

perder el contacto entre sí y mantenerse informados sobre cualquier estrategia política que el partido llevara adelante, aun cuando esta fuera prácticamente nula.

Presentaciones artísticas, celebraciones de cumpleaños, onces infantiles y bautizos. Todas fueron actividades recreativas en que estuvo presente la conversación política y de donde no se generó ningún grado de sospecha o suspicacia de las fuerzas de orden de la comuna.

Y es que, en efecto, la información que había en Vallenar sobre el funcionamiento nacional del Partido Socialista era sumamente escasa. Desde el golpe de Estado fue así. Y a pesar de la energía con la que muchos vociferaron incendiarias consignas que incentivaban al pueblo a defenderse del atropello militar, lo cierto es que las supuestas estrategias políticas y los canales de coordinación entre la militancia se desplomaron por completo o bien nunca existieron. Se transitaba por los inicios de los '80 y, recién en ese momento, se comenzaron a percibir las primeras señales de coordinación con el nivel central. La comuna comenzó a ser visitada por militantes de otras regiones que se encargaban de transmitir escuetos lineamientos del partido. Uno de ellos fue un penquista que se hacía llamar "Alberto", de quien nunca se supo su verdadera identidad, pero que se encargó de manifestarle a algunos de sus compañeros vallenarinos el imperativo dilema de profundizar el vínculo con la gente.

Fue en ese momento cuando renació en el imaginario del militante que el PS aún seguía funcionando, que estas particulares reuniones adquirieron ribetes más trascendentales: fueron el primer paso para eventos más significativos en la comunidad, principalmente a través de espacios culturales que superaban con creces la militancia. Eventualmente existían mensajes políticos de fondo en cada actividad que se realizaba, pero la gran diferencia es que a éstas se sentían convocados todos aquellos que aspiraban a una vida más libre.

“La organización partidaria se empezó a hacer a través de los amigos, de las redes que iban quedando, entonces no necesariamente era un opción ideológica, no era una opción que uno viera una discusión. Igualmente se comenzaron a crear estructuras partidarias con un grupo de compañeros. Algunos todavía siguen en el partido, otros quedaron en el camino, en el sentido que no quisieron participar más y otros ya no están. Ahí empezamos a lograr un trabajo político bastante interesante. Por un lado el tema de

trabajo clandestino y, por otro, las expresiones públicas. Formamos grupos culturales: el Taller de Desarrollo Cultural (TADECU). Captábamos compañeros para enseñarles a los niños a tocar guitarra, talleres de poesía. A través de la cultura siempre fue un espacio de entrada, para poder reunirnos”, cuenta Magaly Varas.

En este escenario, y al igual que en otras comunas del país, comenzaron a realizarse manifestaciones públicas en contra de Pinochet, particularmente los recordados “cacerolazos”. Se trató de una de las primeras expresiones masivas contra el régimen militar, la cual en Vallenar tuvo una activa participación. Se incorporó también la costumbre de conmemorar algunas fechas importantes en el transcurso del año, como lo era el día de la mujer o el día del trabajador.

“Una vez se citó a la gente en un local comercial que se llamaba Atacama, que era como un galpón. Estas mujeres, que las organizaba la Lina, tenían un grupo de teatro y ellas presentaron una obra recordando el primero de mayo. Eso era un acto subversivo. La gente participaba mucho, tenía temor, pero iban y participaban. Había muchas actividades, por ejemplo, en la Torreblanca. Para qué te digo el once de septiembre. La gente se juntaba igual”, asegura Ángel Alcota.

Quienes podían contribuir en el fortalecimiento de la estructura del PS lo hacían. Los que querían participar de actividades reivindicativas, que no eran necesariamente partidarias, también eran bienvenidos. Se comprendió que el poder y la fuerza de la dictadura militar era de tal magnitud que cualquier esfuerzo opositor, en sus diversas expresiones, era positivo para las fuerzas que buscaban el retorno democrático al país. “Todo sumaba” y el esfuerzo de los socialistas se mantuvo en profundizar la generación de redes comunitarias en la comuna.

“Nos contactaron a través de la coordinadora nacional del partido y empezamos a trabajar, a estructurarnos. Discutíamos y entregábamos un boletín, pero acá la información era muy escasa, muy controlada y obviamente nosotros tampoco teníamos mucha libertad, porque la gente nos ubicaba como personas de izquierda. Muchos de nosotros muy reconocidos por el trabajo que habíamos realizado antes. Fue una etapa muy bonita, desde el punto de vista de tratar de abrir otros canales a través de la cultura, tratar de contactar más gente, hacer conmemoraciones. Eso nos permitió a nosotros realizar acciones, contactarnos con dirigentes sindicales”, indica Magaly Varas.

Era 1983 y, en el marco de la puesta en marcha del Programa Ocupacional de Jefes de Hogar (POJH), la militancia socialista vio una nueva oportunidad de trabajo político. Y es que no eran pocos los vallenarinos que ya participaban del Programa de Empleo Mínimo (PEM) y esta nueva iniciativa del régimen, generó otro foco de concentración de trabajadores que a todas luces resultaba interesante. Fueron dirigentes socialistas las que precisamente crearon el primer sindicato de trabajadores pertenecientes a estos programas. Las mismas que participaban de las acciones de propaganda en contra de la dictadura fueron capaces de organizar también a un gran espectro del mundo del trabajo vallenarino.

“Fue muy interesante porque éramos capaces de juntar ahí, en la Parroquia San Ambrosio, aproximadamente trescientas personas. Trescientos hombres y mujeres que trabajaban en esos programas y poder conversar lo que significaba la dignidad de las personas. Recuerdo en eso a Chela Marín, una compañera muy luchadora. La misma Nacira, Eli Alcota, la Nora Díaz. Formamos eso y armamos el famoso comité de navidad y ahí nosotros nos instalamos. Como no podíamos ser dirigentes públicos para nosotros fue bien interesante, porque nos permitía tener contacto con las familias de la gente que trabajaba en el PEM y el POJH, haciendo catastro de los niños. Todo eso era matizado con rayado o panfleteos que organizábamos. Todo en forma muy artesanal, muy rudimentaria, pero con mucho corazón y con mucho susto también. Pero pensando que era lo que teníamos que hacer, lo que nos tocaba hacer a los socialistas”, agrega Magaly Varas.

La masividad que se adquirió en estas y otras actividades durante la década de los ‘80 fue vista como un avance importante para los reprimidos activistas de izquierda que se encontraban en Vallenar. Las reuniones en las casas de militantes como Nora Díaz, Nacira Saavedra y Magaly Varas, habían generado un efecto desde todo punto de vista positivo. Gracias a las innumerables obras de teatro y actos culturales, se constituyó una red de comunicación y trabajo que permitió mantener informada a un gran espectro de la comunidad en materias políticas.

También fue de suma importancia el rol ejercido en esos años por la iglesia católica, institución que, en su defensa por los derechos humanos, promovió este y otro tipo de actividades que fortalecían la vida en comunidad. De no haber contado con este apoyo, las

mismas dirigentes socialistas reconocen que la tarea de organizar a la comuna hubiese sido sustancialmente más compleja.

“Hacíamos obras de teatro, ahí participaba todo el que quería ir. Pero lo hacíamos al alero de la iglesia. La iglesia católica fue muy importante. Prestaba sus locales, su espacio. Ahí nosotros hacíamos obras de teatro, con contenido social. Además, ahí había curas que brindaban cierto respaldo a la cuestión”, recuerda Nacira Saavedra.

El ímpetu de este grupo de mujeres, sumado a evidentes signos de reorganización del Partido Socialista de Vallenar, a través del trabajo de dirigentes que llegaban en clandestinidad desde el exilio y otros que se sumaron al trabajo partidario, asumió una fortaleza que nunca se pensó alcanzar.

AGECH

Uno de los hombres que se incorporaría al trabajo partidario fue Juan Horacio Santana. Él, un profesor de Filosofía oriundo de Castro, en la Isla Grande de Chiloé, llegaría relegado a la Provincia del Huasco en abril de 1983 buscando posibilidades laborales, que en el sur las vislumbraba dificultosas producto de la militancia comunista de su padre, Rubén Santana.

Santana comenzó a desempeñar un importante trabajo dirigenal entre los profesores, lo que concluyó con su participación en la creación de una de las organizaciones más recordadas y emblemáticas del periodo de dictadura: la Asociación Gremial de Educadores de Chile (AGECH).

“Fue la comuna de Huasco donde nació en primer lugar la AGECH. Ahí había algunos compañeros socialistas, comunistas, en fin. En Huasco, había algunos relegados también, personas que habían estado por decisión de la dictadura, obligadas a vivir en otras partes del país y, entonces, había compañeros, compañeras que estaban en esas condiciones, y que eran profesores. Tiene que haberse creado en la primera parte de los ‘80”, comenta Juan Horacio Santana

Por esos años, la educación nacional atravesaba por un momento muy duro y complejo. Eran los años en que se estaba llevando a cabo la municipalización de la educación, aquella área pública que hasta ese instante estaba bajo el alero del Ministerio de

Educación. Dicho proceso se estaba viviendo en todas partes y significó que los logros que había tenido el profesorado durante muchos años de reivindicación se perdieron por completo. Los docentes pasaron a depender del código laboral, como cualquier trabajador privado, y quedaron expuestos a la nula protección y estabilidad laboral ya que la autoridad municipal de turno, a causa de cualquier criterio arbitrario, podía prescindir de ellos. Eso, sumado además, al miedo imperante generado por el estado de la nación.

Es en este escenario, y con un Colegio de Profesores intervenido directamente por la dictadura, que la AGECH adquiere un rol preponderante en la esfera gremial del país y de todas las regiones. En la Provincia del Huasco este impulso no fue eludido por una serie de docentes, pertenecientes a diferentes partidos de centro izquierda y con puntos de vista distintos, quienes participaron activamente en el funcionamiento de esta organización. Profesores como Victoria Ceriche, Hilda Díaz y Pedro Vega. Fresia Chávez -quien era secretaria de la AGECH- y Jenny Flores -quien participaba en el área artística-. También colaboró con este gremio Juan Sabando, trabajador de la CAP en Huasco, quien luego sería alcalde de esa misma comuna. Se integrarían posteriormente René González, Lucía Mulet, Edith Torres y Tomás Cuadra. Así, junto con las constantes reuniones sobre las demandas del profesorado, se comenzaron además a realizar peñas folclóricas, las cuales se transformaron en eventos artísticos y de protestas que, a su vez, estaban combinados con asuntos gremiales y políticos.

Fue dentro de su importante participación al interior de la AGECH que Juan Horacio Santana asume la presidencia de este gremio en 1985 y conoce a quien se convertiría en el principal responsable de su ingreso al PS: el profesor socialista Luis Pradenas.

“Uno de los creadores de la AGECH en la zona fue Luis Pradenas, hoy día fallecido. El ‘Teacher’ le llamaban en Huasco, un profesor que había estado relegado en Chañaral y en Huasco. Era un socialista de Coquimbo, muy conocido en su región. Luis Pradenas era el hombre político de la organización, o sea, él era profesor, dirigente de la AGECH, pero obviamente era el hombre que tenía una trayectoria política, y es quien me invita a participar”, precisa Juan Horacio Santana.

Era el inicio y desarrollo de una de las plataformas sociales más importantes que tuvo en esa época el Partido Socialista y otras organizaciones políticas opositoras al

régimen. Se realizó un trabajo en unidad y de manera constante que permitió mantener activo a uno de los gremios más importantes en el funcionamiento de una democracia sana: los profesores.

LA LUCHA DE UNA GRAN MUJER

Una de las militantes socialistas más importantes en la lucha contra la dictadura durante los '80 fue Teresa Ortíz. Esta perspicaz profesora, quien fuera secretaria del ex senador Tomás Chadwick en Santiago y colaboradora del gobierno de la Unidad Popular, liderando la implementación de la Escuela Nacional Unificada (ENU) en la Provincia de Tarapacá, es quizás uno de los principales emblemas de la historia del PS de Vallenar.

Alta, delgada y de tez morena, Ortiz fue una de las dirigentes locales perseguidas y torturadas por el régimen militar. Estuvo detenida en Iquique, Copiapó y Santiago, pero gracias a unas gestiones realizadas por el sacerdote Fernando Ariztía, quien solicitó su traslado a una comuna cercana, la conocida dirigente terminaría siendo relegada a La Serena.

En ese entonces, Ortíz -ya ex esposa del también dirigente socialista y miembro del Comité Central del PS en la UP Edgardo Mella Lagos- fue acogida en la IV región por un convento de monjas, mismo grupo que la recibió cuando se formó como profesora en esa ciudad, algunas décadas antes. Y aunque por prohibición de la dictadura no podía ejercer su profesión, Teresa Ortíz tuvo allí una segunda familia. Un núcleo de apoyo que la acompañó en seis años, en donde tuvo que someterse a un tratamiento psicológico medianamente largo, producto de las secuelas emocionales que le generó la tortura de la que fue víctima por parte del régimen.

Con todo esto, Ortíz regresaba a Vallenar en los '80. Allí, a su casa de la intersección Colchagua con Marañón, la que funcionó como uno de los recintos de reuniones en donde se reconstruyó el Partido Socialista de Vallenar. En ese lugar la esperaban sus hijas Marcela y Paola, su hermano Horacio Ortiz Carvallo y su madre, quienes vivieron una etapa eterna de sus vidas sin uno de los pilares del hogar. Teresa había vuelto, y con ella la decisión de impulsar la orgánica socialista nuevamente y continuar con el trabajo ya iniciado en la AGECH.

“Ella empieza con la reconstrucción del Partido Socialista, un partido que estaba súper dividido en ese tiempo. Ella tenía cercanía con la renovación socialista, con Ricardo Núñez, con Carlos Briones, y en el fondo ella adscribe a ese Partido Socialista. Yo creo que era un tema básicamente ideológico. Antes del golpe ese grupo era el más ‘cabeza de pistola’ por decirlo de alguna manera. Había sido responsable de la pérdida de la democracia y el derrocamiento de Allende. Y Altamirano, en el exilio, hace una profunda reflexión y termina encabezando el proceso de renovación del PS: con Arrate, el Hernán Vodanovic y comienza esta especie de paseo de personas, de personalidades por mi casa. Pienso que por eso ella se adscribe allí”, indica Marcela Mella Ortiz, una de las hijas de Teresa.

Con su regreso se produce una situación dolorosa, pero con un tanto de simbolismo. Como quien hubiera visto en la ausencia de Teresa la tarea ineludible de formar a sus hijos, y entender su regreso como la labor cumplida, su madre fallece producto de un derrame cerebral. Pero Teresa no decae. Aún más, con sus hijas casi adolescentes, retoma con más fuerza el trabajo político en la Provincia del Huasco, en donde comienza a articular al PS, tendiendo puentes con algunos dirigentes de la Democracia Cristiana como Juan Mulet y Aquiles Mieres. Así constituyen en Vallenar la Alianza Democrática.

Después de algún tiempo residiendo en Vallenar, también le permiten retomar el ejercicio de la docencia. Y lo hace en un establecimiento de la Población Baquedano, desde donde esta mujer socialista se reencuentra con la actividad que siempre la motivó: la ayuda a los sectores más desposeídos. Allí, en un establecimiento con altos niveles de vulnerabilidad, conoce a cientos de jóvenes vallenarinos, y es con un grupo de ellos, pertenecientes a una popular “pandilla” de ese entonces, con quienes establece una relación de maternidad inolvidable.

“Los Conejos” eran públicamente conocidos en la comuna por las maldades que realizaban en esta población, las que muchas veces alcanzaban ribetes delictuales. Teresa, sin embargo, fue capaz de transmitirle el cariño del que muchos de estos estudiantes carecían. Al término de cada jornada laboral, este grupo de muchachos acompañaba a bajar el cerro a su profesora favorita porque, según le señalaban, “si anda con nosotros, no le va a pasar nada”. De esta forma, la líder socialista comienza a desarrollar un proceso interno en el que fortalece su vocación social. Ayudar a esos jóvenes, que vivían en muy malas

condiciones, significó una prioridad en ella durante esa época. Realizó un sinnúmero de actividades con ellos, como por ejemplo un recordado paseo a la comuna de Huasco, lugar desconocido para muchos de sus alumnos, quienes por primera vez veían el mar. “La señorita Teresa” nunca más sería olvidada en esta escuela.

Pese a su indesmentible aporte comunitario, los ojos del pinochetismo local no descuidaban sus pasos. Cuando Pinochet visitaba Vallenar, Teresa junto a otros ex dirigentes eran trasladados al regimiento de Copiapó y no eran liberados sino hasta veinticuatro horas después de que el dictador abandonara el territorio. Pero la historia obligó a que la convicción de Teresa estuviera presente aún con ella detenida. Y a pesar de todo el miedo circundante en la familia Ortiz Mella, fue su hija Marcela quien recogió con mayor fuerza la lucha de su madre.

Ya en ese entonces, como dirigente estudiantil del Liceo Santa Marta, la joven rebelde se atrevía a realizar ácidos comentarios contra el régimen frente a sus compañeras y profesoras, en medio de las mismas visitas de Pinochet a Vallenar. Algo que le hizo ganar permanentes aprensiones por partes de las religiosas, que veían en la valentía de su alumna un extremo peligro.

Posteriormente, en 1985 Marcela ingresaría a estudiar Pedagogía en Castellano en la Universidad de La Serena. En ese momento ingresa a la Juventud Socialista de Chile y se convierte, también, en un actor importante para el PS de Vallenar. Esto, pues, cada cierto tiempo viajaba a la comuna para promover la reconstitución de la JS en Vallenar. Fue en esa disposición que conoció a grandes compañeros como Pato Neira, “el Negro” Vera o “la chica” Smith.

Algo curioso para su historia fue que dentro de todo ese proceso, Marcela se inclinó en participar por el Partido Socialista Almeidista, algo que fue motivo de conflicto con su madre Teresa.

“Cuando yo elijo militar, no milito en el PS renovado, me voy a militar al PS Almeyda. Porque cuando uno es joven, tiene la impresión de que podía hacer los cambios en cierta manera. Se produce este tema confrontacional y generacional con tu familia también, particularmente con mi madre. Y lo que me pasa es que básicamente creía, en ese momento, que la forma de derrocar a Pinochet no era por la vía del plebiscito institucional, sino que iba por lo que se llamaba la insurrección de masas. Eso significo

que yo tuve muchas discusiones fuertes con mi mamá, porque ella me decía algo como ‘he convencido a tantos compañeros y no he podido convencer a mi hija’. Y pienso que eso fue para ella doloroso. Súper doloroso”, recuerda Marcela, quien años después se convertiría en vice-presidenta nacional de la Juventud Socialista de Chile.

Era paradójico, por decir lo menos. Teresa Ortíz, ex secretaria del senador Tomás Chadwick, una de las coordinadoras de la ENU y baluarte transversal en la política local, no lograba persuadir a su hija, en las diferencias internas que vivía el Partido Socialista por esos años. No lo entendía, le producía tristeza, pero dejaba en evidencia la autonomía con las que contaba toda su familia a la hora de emitir un juicio. Quedaba de manifiesto la tremenda riqueza en la formación de sus hijas, las que efectivamente habían sido educadas en un marco de libre pensamiento. Eso, para muchos, era más importante que madre e hija pensarán de la misma forma.

Ortíz seguiría adelante. Su tristeza personal no haría decaer en lo más absoluto una tarea por la que siempre trabajó, la de democratizar su país. Su consecuencia y perseverancia ayudaron a levantar al Partido Socialista de Vallenar. A trabajar de forma unida con todos los grupos internos, entendiendo las prioridades y no perdiendo el foco de sus convicciones.

Eran años esperanzadores para el socialismo de Vallenar. Se daban claras señales de resistencia y voluntad de cambios. Y aunque de ahí en adelante las energías jamás decayeron, el impulso organizativo se vería alterado por dos de los momentos históricos más relevantes producidos en dictadura, uno de ellos a sólo kilómetros de Vallenar, en las costas de la localidad de Carrizal Bajo: el intento de ingreso de armas provenientes desde Cuba y el consiguiente intento de asesinato al General Pinochet por parte del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

“Yo creo que de aquí, de Vallenar, no lo sabía nadie. Pero tuvo un efecto muy fuerte. O sea, estuvimos sin diario, sin radio, sin televisión durante varios días. Solamente veíamos que los pacos corrían, que llegaban milicos, que los helicópteros, pero no sabíamos qué pasaba”, cuenta Nacira Saavedra

Efectivamente la respuesta del régimen militar a estos hechos fue brutal. Mientras en la Provincia del Huasco eran detenidos decenas de involucrados y sospechosos en el ingreso de armas (algunos de ellos en sectores aledaños a Vallenar), en Santiago, a horas

del atentado contra Pinochet, moría asesinado el periodista del MIR José Carrasco Tapia por parte de integrantes de la Central Nacional de Informaciones (CNI) y al mismo tiempo eran detenidos otros dirigentes socialistas como Germán Correa y Ricardo Lagos.

El mensaje era claro. Pinochet no dudaría un segundo en responder con la crudeza que lo caracterizaba a la más mínima provocación. Sus efectivos policiales, militares y de investigación estaban allí para eso. Era una voluntad que, a pesar de no ser capaz de frenar las ideas democráticas de centenares de dirigentes políticos, generaba un foco de reflexión en torno a cuál era el nivel al que se podía llegar en la lucha contra la dictadura.

PS ALMEYDA Y RENOVADOS

Historia aparte era la que vivía el Partido Socialista en todo Chile por esos tiempos. Desde el momento del golpe, con todas las repercusiones que significó, y también a raíz del diagnóstico que lo desencadenó y las responsabilidades atribuidas, el PS llevó sus históricas divisiones internas a espacios de profundas diferencias que concluyeron en la constitución de dos organizaciones políticas distintas: el PS Almeyda, dirigido por el ex canciller de la Unidad Popular; y “La Renovación”, en donde se ubicaba la figura del ex Secretario General del partido Carlos Altamirano.

Estas dos fracciones, diferenciadas por las tácticas con la que buscaban enfrentar a Pinochet (en el caso de los renovados el entendimiento con la Democracia Cristiana y una posterior salida plebiscitaria, mientras que el PS Almeyda promovía una política de organización de masas, mucho más vinculada con el Partido Comunista), tuvieron su expresión en todo Chile. Y, por supuesto, también en Vallenar.

“Cuando regresé en los años ochenta y algo me incorporé al partido. Claro, cuando estaban los renovados en la clandestinidad los dirigía la Teresa Ortiz y había mucha gente de los antiguos, como Víctor Garrido y Lilian Martínez porque estaba dividido el partido”, señala Ricardo Ávalos, quien fue parte de la renovación.

Por otra parte, también existió un grupo mucho más afín al sector almeidista. Muchos de quienes lo conformaban, se caracterizaban por haber sido parte del grupo del Partido Socialista que, por una u otra razón, vivió la dictadura en Vallenar. A ellos los

visitaba permanentemente el sociólogo socialista Germán Correa, uno de los intelectuales del PS, que se convertiría en el principal vínculo del partido con Santiago.

“El grupo almeidista era un grupo básicamente formado por los compañeros que habíamos estado trabajando en la coordinadora de regionales y algunos socialistas que participaron de la AGECH en la Provincia del Huasco. A este grupo pertenecían la familia Alcota, Juan Horacio Santana, Nancy Pizarro, Nora Díaz, Nacira Saavedra, Lina Maldonado, entre otros” comenta Magaly Varas, quien si bien reconoce haber sido invitada a participar del almeidismo, nunca lo hizo.

Cabe destacar que en la comuna también hubo una presencia, aunque en menor proporción, de una fracción derivada del almeidismo llamada “Los Comandantes” (ex Elenos), quienes teóricamente apostaban por la lucha armada como mecanismo para derrotar la dictadura, y a donde pertenecieron militantes como Julio Hernández y Chela Álvarez, entre otros.

Justamente, fueron una serie de hechos, como el fracaso en el atentado contra Pinochet y las constantes muestras de poderío incomparable con las que la dictadura intimidaba al país, las razones que hicieron desplomar poco a poco cualquier idea de lucha armada contra el régimen. Es más, la idea de consolidación de la organización como eje, propuesta como un elemento clave por el almeidismo, tenía dentro de sus escollos el legítimo temor que muchas veces se apoderaba del país y de la militancia, que por esos años, mayoritariamente, tenía consciencia del tremendo poderío de Pinochet y de su ejército. El camino que había que tomar se puso en tela de juicio.

EL TAN ESPERADO MOMENTO

Luego de permanentes tira y afloja entre las fuerzas políticas del país y Pinochet, sumado a las ya insostenibles protestas y muestras de rechazo al régimen militar, se generaba una histórica posibilidad de resolver el dilema dictadura/democracia bajo la vía institucional, a través de un plebiscito vinculante.

A pesar que desde su ADN existió desconfianza ciudadana, principalmente por el descrédito que tuvo el proceso llevado a cabo a comienzos de la década de los ‘80, gran parte de las fuerzas democráticas del país veían este evento como una posibilidad real de

expulsar, de manera pacífica, la dictadura de Pinochet y todo el encapsulamiento cultural que ésta había generado.

“Había rechazo al inscribirse en los registros electorales, de hecho nos fuimos a inscribir como el último día. Algunos estábamos por un cambio más revolucionario, no por las elecciones. Además no creíamos en el proceso, pensábamos que todo era un show de Pinochet, que era una pérdida de tiempo”, señala Nacira Saavedra.

La desconfianza era sólo una de las dificultades que presentó esta campaña. No sólo por el miedo, el poderío económico de la dictadura y el control ejercido sobre los medios de comunicación, sino también porque hace ya algunos años se había decretado la ilegalidad tanto del Partido Socialista como del Comunista. Esto último cambió diametralmente la estrategia del PS, por lo que en Vallenar, el sector renovado se atrincheró en el recién constituido Partido Por la Democracia (PPD), mientras que el PS Almeyda se aglutinó en torno al Partido Amplio de Izquierdas (PAIS). Y sucedió que a pesar de las conocidas diferencias ideológicas, que ambas vertientes del socialismo presentaban, tanto el grupo que lideraba Teresa Ortiz como los “almeidas vallenarinos” trabajaron inalcanzablemente en la campaña del “NO”, opción que representaba a los ciudadanos que deseaban el fin de la dictadura.

“Nos tuvimos que sumar, no podíamos no estar tampoco. La gente empezó a agarrar vuelo y nosotros no podíamos quedarnos atrás de la marcha. El partido lideró la campaña del NO. Entonces ahí no había nada que disputar, no había cargo, nada, entonces nos unimos. Estábamos unidos; los comunistas, los socialistas. Ahí no había camiseta, estábamos todos en una parada de botar a Pinochet. No teníamos por qué pelear, entonces teníamos un sólo objetivo. Y eso lo hacíamos bien”, recuerda Nacira Saavedra.

Junto a las energías y deseos que comenzaron a aumentar, empezaron a manifestarse señales de unidad en la oposición a Pinochet. En el gremio de los profesores, en una de las tantas reuniones realizadas en las regiones del centro del país, se informa uno de los acontecimientos más relevantes de esos años: la conformación de un gran bloque, el Comando por el NO, para enfrentar la dictadura.

“Fue un evento de la AGECH, ahí se difundió la noticia, a través de un periódico que publicaba el PS Almeyda. Este sector del Partido Socialista que era encabezado por

Clodomiro Almeyda, acordaba participar del esfuerzo de unidad. Era una noticia muy buena, porque al margen de las legítimas diferencias entre las fuerzas opositoras, todas entendían que a Pinochet no se le iba a derrotar sino con la unidad de todos los sectores, y hasta ese momento esa unidad no existía. Fue en torno al plebiscito del SÍ y el NO, que estaba cercano en el tiempo, y que constituía una oportunidad en el objetivo de recuperar la democracia, lo que permitió que gran parte de las fuerzas opositoras se unieran para de esa forma derrotar al Dictador. Se generaba así una amplia unidad a partir del acuerdo entre la Democracia Cristiana y los Socialistas, que incorporaba además a otros Partidos Políticos; el Partido Radical, el PPD y también algunos militantes comunistas de base, aún cuando su partido recién se sumó a la campaña a pocas semanas del plebiscito”, recuerda Juan Horacio Santana.

Las condiciones comienzan a variar. El ánimo de la gente se levanta notoriamente. Los vallenarinos y los socialistas de la comuna se empiezan a atrever un poco más. Las reuniones de bloque, realizadas en calle Prat con Alonso de Ercilla, en el recinto de los socialistas renovados, comenzaron a ser masivas. También lo fueron aquellas llevadas a cabo frente a la actual Escuela Ignacio Carrera Pinto, en la sede de la Democracia Cristiana, partido que a través de dirigentes como Juan Mulet, Carlos López y Luis Cortés Ovalle, se convertiría en uno de los puntales de esta campaña.

Las salidas a terreno, a la calle y en las ferias, también se fueron transformando en exitosas herramientas políticas. Se produjo una unidad sin precedente alguno, en donde había espacios para todos. Para radicales, comunistas y democratacristianos, desde sectores de izquierda hasta el centro. Y por cierto, el espíritu unitario también permitió que las diferencias entre socialistas se fueran estrechando. El objetivo era común y la voluntad la misma.

El día del plebiscito nacional se acercaba y en la comuna la efervescencia aumentó. De la mano con el trabajo territorial desplegado por las fuerzas democráticas, se realizaron impresionantes eventos masivos, los que en Vallenar resultaron ser significativos para la demostración de fuerzas que existía en la comuna. Las concentraciones se llevaron a cabo en calle Brasil, en la simbólica escultura “La Vendimia”, lugar donde la convocatoria ciudadana resultaba ser sencillamente impresionante. Fueron actos espectaculares, emocionantes para muchos. Sentimientos que también producían las interminables

caravanas, las primeras realizadas en plena dictadura y que reflejaron el ánimo de cambio por parte de la comuna. Todo lo anterior en función exclusiva al dilema del SÍ o el NO.

Los comicios se realizarían en completa normalidad en toda la comuna, lo cual no significaba que el nerviosismo y la ansiedad estuvieran ausentes. Desde el comando local del NO hubo un valorable esfuerzo organizativo para contar con apoderados en absolutamente todas las mesas de los diferentes recintos de votación de la comuna. En la Escuela número 5, en los Liceos A-7 Y B-8 hubo representantes del NO, velando para que el proceso fuera lo más transparente posible. No había espacio para repetir la paupérrima experiencia del plebiscito 1980.

A eso de las seis de la tarde, el plazo para sufragar terminaba y tras la correspondiente revisión de las papeletas, frente a la atenta mirada de apoderados, espectadores y radios locales, los presidentes de cada mesa comenzaban a leer a viva voz cada voto. Los “NO” eran mucho más en Vallenar, y la tendencia no tardó ningún minuto en marcarse. Los resultados comenzaron a canalizarse en diferentes sedes de la ciudad, y aun desconociendo por completo la realidad de las otras comunas de la región y del país, los vallenarinos comenzaron a celebrar. Quizás por ansiedad. Quizás por todos los años de atropellos políticos de los que se tuvo que resistir. Y las celebraciones se fueron extendiendo en razón a las informaciones provenientes desde Santiago, entregadas por los principales dirigentes de la comuna. La noticia era inminente: el NO había ganado.

El relato de este proceso siempre es recordado con nostalgia y algarabía, por quienes reconocían en carne propia el valor que significaba una eventual salida pacífica a uno de los periodos más negros de nuestra historia. Y aunque fue muy intensa, esta campaña estuvo marcada por la alegría, la música y los colores que nuevamente volvían a las calles de Chile y de Vallenar. Eran colores que también se traducían en los rostros de decenas de dirigentes del PS y centenares de militantes de base que, al fin, veían como el dictador se iba. Se acababa el régimen que enlutó a los socialistas de manera eterna, y finalizaba como resultado de un arduo trabajo de organización desarrollado por muchos años.

A RETOMAR LA SENDA

El triunfo del NO pasó a convertirse en el primer paso que daba una sociedad, en medio de un largo trayecto que sólo finalizaría con más justicia y democracia. Ante esto, en 1989 el país entero debió dirimir sobre quién se convertiría en presidente, la primera autoridad nacional en el período post dictadura. En cada una de las regiones, también había que decidir quiénes serían los parlamentarios que los representarían, particularmente en los cargos de diputados y senadores.

Y al igual que los procesos políticos que se vivieron anteriormente, éste no estuvo marcado por su simpleza. El conflicto interno que tenía el Partido Socialista, en donde estaban involucradas las diversas corrientes de opinión del partido, aún no se había solucionado. Es más, las diferencias históricas repercutieron en el mantenimiento de algunos resabios mínimos que, de no haber sido resueltos por el talento y la grandeza de sus dirigentes, podrían haber afectado de manera perpetua, la convivencia de una militancia marcada por las desconfianzas.

Lo anterior se tradujo en una compleja decisión que significaba determinar quién sería el candidato a senador del PS en Atacama. Esto pues, para quienes fueron parte de la AGECH y del diverso ramillete de organizaciones sociales funcionales, que constituyeron uno de los principales pilares de la organización contra la dictadura durante toda esa década, el dirigente que naturalmente debía abanderar al socialismo en la región era German Correa, “el Chino”, quien había cumplido el rol de enlace con el centro político del país y al que se veía como un liderazgo de peso con respetables capacidades intelectuales. Una situación similar ocurría en el plano presidencial, en donde la opción de Ricardo Lagos era la prioridad.

“Nosotros suponíamos que el candidato era Correa. De hecho, le teníamos hasta unos rayados y había un letrero de piedra que fuimos a hacer al camino de Algarrobo, en el cerro Las Chinchillas. Y después, de un día para otro, nos enteramos que el candidato era otro, siquiera vinieron de Santiago a avisarnos”, precisa Nacira Saavedra.

El sector de la renovación contaba con una sede ubicada en calle Prat con Alonso de Ercilla. Fue allí en donde se realizó una reunión política, de carácter informativa, de la cual participaron sus principales dirigentes como Teresa Ortíz, Lilian Martínez, Ibo Giroux y Ricardo Ávalos. Esa instancia fue la elegida para dar a conocer la noticia, esperada por algunos y muy mal vista por otros.

“Ahí llegamos nosotros, los almeidistas vallenarinos, donde estaba Juan Horacio, Lina, Nora, Galy, la Yaya y Eli Alcota. Era un lote grande. Llegamos ahí y nos tenían el cuento que estaban proclamando a Ricardo Núñez de candidato a senador. Ahí nos enteramos y pateamos la perra nosotros”, recuerda Nacira Saavedra.

Indudablemente el sector almeidista carecía de nexos con los niveles centrales del Partido Socialista, lo que algunos reconocían como su propia fortaleza, al estar más focalizados en el trabajo territorial local, mientras otros consideraban que en instancias como estas, esa realidad pasaba a ser un notorio foco de debilidad.

“En el caso nuestro, del sector almeidista, nunca tampoco fuimos tan visibles. En realidad, durante todos los años, estuvimos trabajando muy en la clandestinidad. En ese sentido, la fracción de los socialistas renovados tenía mucho más cercanía con la esfera de poder, era más visible desde ese punto de vista y tenía más medios para instalarse y moverse. Tenían más posibilidades con los medios de comunicación, por ejemplo, en revistas muy conocidas de la época, que cumplieron un papel muy importante, como la revista Apsi, la revista Cauce o el Fortín Mapocho”, indica Juan Horacio Santana.

Aunque la decisión daba paso al malestar mayoritario de los socialistas, el contexto inhibió cualquier expresión pública, ya que si bien el plebiscito se había superado, Pinochet se mantenía al mando de La Moneda. Era el argumento principal de quienes vivieron, estuvieron de acuerdo y fueron protagonistas de esta designación.

“Estábamos saliendo recién de la dictadura y, en consecuencia, el proceso electoral iba a estar marcado fundamentalmente por ese hecho, más que por los factores que dicen relación con las características y rasgos de cada una de las regiones del país. Por lo tanto no fue casual de que yo y muchos otros dirigentes, llegáramos a regiones donde no habíamos nacido. En mi caso, igualmente tenía una vinculación política, muy sólida con Atacama. No sólo porque soy hijo de minero, porque nací en un mineral, sino porque gran parte de la lucha con la dictadura, tuve un contacto muy estrecho con dirigentes socialistas de Copiapó, Vallenar y Diego de Almagro. Me reuní en muchas ocasiones con dirigentes tanto del sector socialista que yo lideraba como del sector socialista que lideraba Almeyda”, recuerda el propio Ricardo Núñez

Fue una situación compleja. No sólo por la molestia de los almeidistas, sino porque los renovados tampoco se encontraban muy felices dado que habían fuertes rumores que ya

estaba zanjada la candidatura a diputado de Armando Arancibia por el 6° distrito, del cual formaba parte la comuna de Vallenar.

“Lo mismo ocurrió en el caso de los diputados. A mí me consta que algún interés tuvo la compañera Teresa Ortiz en su momento, y yo creo que merecidamente porque ella era una mujer que durante todos los ‘80 estuvo ahí, bregando, y era muy visible en su trabajo y posición frente a la dictadura. Pero bueno, ocurrió lo que paso, y terminé siendo candidato a diputado Armando Arancibia, quien fuera diputado después por algunos periodos”, precisa Juan Horacio Santana.

Tal cual. Existía una conocida posibilidad de que Teresa Ortiz asumiera una candidatura a diputada por el distrito N°6 en representación del PS. Una oportunidad que se esfumaría, también, como efecto del excesivo centralismo presente en la determinación de candidaturas parlamentarias.

“Yo recuerdo ese momento porque, en el fondo, lo que paso es que Armando Arancibia se quedó sin cupo en otro distrito. Y, efectivamente, había toda una conversación con mi mamá para que ella fuera la candidata a diputada en la zona por todo lo realizado, por su trabajo, por el reconocimiento, pero hay una reunión del Comité Central del PS y en esa reunión se le informa a mi mamá que no será candidata. Armando era un tipo con un tremendo currículum y ella acepta cederle su puesto. Para mí fue súper impresionante. Fue algo de una generosidad tremenda”, señala Marcela Mella.

La determinación no cayó bien y había razones de sobra para que fuera así. No sólo porque Arancibia no fuera oriundo de la Región de Atacama. Teresa Ortiz, quien había entregado toda una vida a disposición del Partido Socialista, era emplazada de una oportunidad que para muchos significaba no otra cosa sino que la justa condecoración a una trayectoria política intachable.

“La sensación que tuve es de una deslealtad enorme, y para mí fue uno de los primeros indicios de lo que se iba a transformar nuestra clase política, incluyendo a los socialistas. Esto de pasar por sobre de los liderazgos comunales o regionales. Pasar por todos los intereses de la población, poniendo intereses personales. Yo me acuerdo haber escuchado en el PS esto de que la carrera de mi madre había sido truncada por el golpe. Que estuvo en la prisión, estuvo en el exilio, y por lo tanto tenía un legítimo derecho a retomar su carrera política. Encuentro que lo ocurrido fue de una falta de ética enorme,

incluso creo que es muy distante a lo que la figura de Salvador Allende representaba”, agrega Marcela Mella.

Las explicaciones sobre las decisiones adoptadas fueron de las más diversas características. Una de ellas se conoció con el pasar de los días, cuando se hizo presente en Vallenar un dirigente nacional del PS Almeyda, quien les explicaría crudamente a sus compañeros que la candidatura senatorial de Ricardo Núñez respondía al diseño de un acuerdo político nacional en donde estaban presentes los necesarios equilibrios internos del partido. Además de esto, se sumó un problema legal que descartaría por completo la posible aspiración senatorial de Germán Correa: El ex Vicecomandante en Jefe del Ejército Santiago Sinclair, había interpuesto una querrela por injuria sobre el dirigente del PS, lo que cerraba todo tipo de posibilidades de candidaturas para el reconocido sociólogo almeidista.

“Eso facilitó que posteriormente cuando se tomara la decisión de levantar candidatura, yo pudiera reemplazar al candidato que en un principio era la persona que estaba acordada, que era German Correa. No me fue difícil por lo tanto reemplazar la postulación de German Correa que, por razones de distinta índole, fundamentalmente porque legalmente le fue impedido ser candidato a parlamentario en la época. Levantaron mi candidatura a senador por el partido que nos cobijaba en ese momento, que era un partido paraguá, como se le denominaba al PPD”, indica Ricardo Núñez

Lo cierto es que, más allá de la resonancia de la explicación, ambos “lotes” vallenarinos del Partido Socialista sentían que se les había vulnerado su autonomía. Unos porque consideraban que al ser el grupo mayoritario debía existir un correlato en la elección de la principal autoridad de la región para el partido y los otros porque, asumiendo la existencia de algunos liderazgos locales, se les imponía una candidatura proveniente desde Santiago.

“Efectivamente, aquí el partido más fuerte era el Almeidista, de eso no había duda. En términos de organización, en términos de contar con los mejores cuadros y en términos de que existía mayor vinculación y articulación con la gente. Entonces se les impone una persona de la renovación, connotado, uno de los fundadores de ese sector como Ricardo Núñez. Y eso obviamente tuvo una reacción no muy positiva. O sea, que te impongan candidatos que tú no conozcas y, más aún, con un sector con el que todavía había diferencias ideológicas profundas. Fue duro, produjo choques”, recuerda Magaly Varas.

El nuevo escenario montaba inmediatamente un cuadro marcado por las incertidumbres. Existió mucha molestia en los socialistas vallenarinos por las decisiones impuestas desde Santiago, pero fue la inteligencia de los dirigentes, su sentido de lo colectivo y el interés de velar por la defensa de un bien mayor, lo que conllevó a que lentamente se fueran limando asperezas.

Los dos grupos provenientes del Partido Socialista arrastraban diferencias tácticas que habían llegado al plano, en algunos casos, de lo personal. Familias completas que, por reconocerse de uno u otro sector, habían creado instancias de fuertes divisionismos pero que -al final del día- comprendieron, a razón de la madurez que significaba vivir una dictadura tan sangrienta, que la contradicción esencial no era la del Partido Socialista. Y que un socialista pensara de esa forma implicaba una mezquindad y egoísmo sin precedentes. La disyuntiva comprendía, más bien, el futuro democrático o no del país.

Esta fue la línea con la que, finalmente, los socialistas enfrentaron dicho comicios: el bien común. La importancia de sacar a Pinochet del poder y a todo el sector político que le era funcional. El mismo valor con el que se enfrentaría esta disputa en Vallenar y Atacama. Un derrotero que tenía como medio contar con alguien de las filas socialistas en los cargos de decisión política y como fin, el confiar en ideas que en algún momento se pensaron derrotadas por las armas.

La campaña adquirió fuerza. A esas alturas, la ya rumoreada confirmación de Armando Arancibia como candidato a diputado por Vallenar, fue casi tomada con liviandad. El Partido Socialista, a través del PPD, competiría en estas dos plazas de la Región de Atacama junto a la Democracia Cristiana, partido que entendía esta zona como un bastión histórico para su conglomerado.

Aun así, frente a este escenario, el PS terminaría imponiendo su inalcanzable poderío popular. Tanto para Atacama como para la importante contribución hecha a Patricio Aylwin a la presidencia de la República. Fue el primer hito post dictadura en Vallenar.

“Competí con Adolfo Zaldívar que fue candidato del Partido Demócrata Cristiano. En esa oportunidad, además, fue candidato a diputado el compañero Armando Arancibia, quien iba en lista con Juan Mulet, por exactamente el 6° distrito. En consecuencia, hicimos una campaña en conjunto, que fue una buena campaña en toda la región. Creo que fue una

gran campaña para las fuerzas democráticas. Debiéramos haber sido elegidos ambos, de hecho junto a Adolfo Zaldívar fuimos las dos primeras mayorías, sin embargo él, por el binominal, no resultó electo”, agrega Ricardo Núñez

Núñez se convertiría en la primera mayoría regional. También lo fue en el 6° distrito Armando Arancibia, superando a Juan Mulet y al candidato de derecha Baldo Prokurica, que también terminaría siendo electo gracias al sistema binominal. Efectivamente Arancibia perdió con el candidato Mulet en la comuna de Vallenar, de donde este último era oriundo, pero fue en Tierra Amarilla en donde marcó una votación muy alta que le permitió superarlo por un estrecho margen.

A pesar de situaciones similares ocurridas en todo el país (en donde el injusto sistema electoral creado en dictadura, beneficiaba a quienes no eran mayoría), el triunfo de Patricio Aylwin ponía el fin de una de las épocas más duras para el país y también para Vallenar. Se le arrebató la banda presidencial a Pinochet para comenzar un gobierno en democracia, dentro del cual al PS le correspondería un rol protagónico en su devenir.

UN SOCIALISTA LLEGA AL MUNICIPIO

El país daba pasos importantes en su normalización gubernamental. Las instituciones del Estado retomaban sus labores y dinámicas correspondientes. La ciudadanía, poco a poco, se acercaba a ellas.

También se hacía parte de este proceso el Partido Socialista, el cual en medio de uno de sus congresos ideológicos pondría el broche de oro a una unidad que resultaba indispensable para la labor política que se requería -y que se forjó y maduró- en pleno desarrollo de la lucha contra la dictadura, aun cuando existieran diferencias. En efecto, existían posturas disímiles, pero que en ningún caso eran irreconciliables.

En Vallenar, como en otras comunas del país, esperaban con ansias la información relacionada a la elección municipal venidera. Como sucede en todo territorio local, había generado muchas expectativas la posibilidad de contar con autoridades locales electas por el sufragio universal. Y esta oportunidad, en razón de lo conocido, se concretaría en octubre de 1992.

Ante esto, el PS de Vallenar, ya con un diputado y un senador, provenientes de sus filas, sumado a toda la historia previa al golpe del Estado y el fuerte trabajo de reorganización partidaria, observaba con interés este proceso, el que dentro de sus particularidades tenía el rasgo que, al igual que en los '70, sería indirecto. Es decir, se elegían concejales, que al igual que los regidores de antaño, eran quienes finalmente escogían entre ellos a la primera autoridad comunal: el alcalde.

En un contexto de mucha reticencia a espacios políticos protagónicos, dentro del sector más activo del partido hasta ese entonces -los almeidistas- se genera un debate interno sobre quién debiese ser el candidato socialista para competir en los comicios locales. El primero de los nombres que se instala en la mesa para ser candidata a concejal fue el de Linda Maldonado. La militancia veía en esta mujer, de una intachable trayectoria política en el PS, una serie de condiciones para enfrentar el desafío: tenía experiencia en política, era conocida por la gente y contaba con estudios profesionales, entre otras virtudes. Ante esto, se le plantea directamente a ella esta responsabilidad, pero finalmente desiste, aludiendo razones de tipo familiar y personales, particularmente la dura experiencia de haber estado relegada en dictadura.

Se genera, entonces, una situación compleja para este grupo de socialistas que llevaba aproximadamente diez años trabajando juntos. Un escenario que además se dificultaba considerando que, a pesar de las muchas redes que poseían con la comunidad vallenarina, el activo de participantes era muy limitado. Allí estaba Nancy Pizarro, Nacira Saavedra, Linda Maldonado y Nora Díaz. No había más de seis o siete militantes. Pero con todo esto, y tras una larga conversación, Nacira Saavedra propone el nombre de Juan Horacio Santana, quien es proclamado por este reducido pero organizado conjunto de socialistas.

El joven docente, proveniente de Chiloé, llegó a Vallenar a inicios de los '80 y, en función del trabajo realizado en clandestinidad -particularmente en el gremio de los profesores-, obtuvo un alto grado de legitimidad entre sus pares, lo que le significaría convertirse en el representante del almeidismo para disputar la representación total del Partido Socialista de Vallenar.

Pero no era el representante de todos. El regreso de la democracia al país no sólo permitió el libre ejercicio de la deliberación pública, sino que regularizó una serie de

variables políticas suprimidas en dictadura. El Partido Socialista retomó su legalidad y durante esos años, también retornaron al país aquellos dirigentes y militantes exiliados en otros países.

Uno de ellos fue Jorge “Chino” Pino, quien retornaba a Atacama con una militancia cargada por los recuerdos, las vivencias y el compromiso latente. Él, quien tras el golpe militar no alcanzaría a ejercer como alcalde después de Juan López, como fue el acuerdo entre el PS y el PC en 1971, también terminaría siendo propuesto como eventual candidato al sillón comunal de Vallenar.

“Imagínate, después de 17 años me baje del bus, y me reconocen todos los viejos. Le avisaron a todo el mundo que yo había llegado a Copiapó, me fueron a buscar los profesores vallenarinos de donde yo trabajaba en Torreblanca y anduvimos varios días juntándonos con los viejos socialistas. Entonces Eugenio Ceriche Araya me dice: ‘Mire, hemos tenido reunión y parece que tienes que quedarte aquí porque vamos a proponerte que seas concejal’”, recuerda Jorge Pino

Mientras algunos lo conocían desde los tiempos de la Unidad Popular, otros sólo habían escuchado su nombre. A pesar de ello, todos coincidían en que Pino era un sujeto muy conocido en Vallenar y que podría concitar una cantidad de apoyos importantes en la comuna.

“Jorge Pino era un antiguo socialista que había sido regidor y que había tenido una trayectoria política bastante importante hasta antes del ‘73. Pero él se había ido del país, había estado todos esos años en el exilio, en Bulgaria tengo entendido y en otros países. Eso exacerbó más allá de lo político. El Chino Pino se levantó como un caudillo, que estaba apoyado por muchos socialistas antiguos que lo conocían, pero también estaba apoyado por mucha gente más joven que se había sumado al partido los últimos años”, precisa Magaly Varas.

Esta situación constituyó un escenario político bastante complejo para las autoridades comunales del partido, lideradas por su presidente Guillermo Hormazábal Salas, quien también había regresado a Vallenar hace algunos años atrás. Se generó un clima de crispación enorme en donde, al margen de las corrientes de opinión ya existentes, el partido terminó por sufrir una severa división en dos partes. Entre quienes estaban con Santana y quienes lo hacían con el “Chino” Pino.

Se tuvieron muchas y extensas reuniones. Se hicieron presentes autoridades regionales y nacionales con el fin de mediar en el conflicto y se concluyó, finalmente, en que la única manera de subsanar políticamente estas dobles miradas era la realización de una primaria interna para que los militantes escogieran a su representante.

“El criterio general del partido era que hubiese elecciones internas con la participación del total de la militancia. Aunque como no era una elección unipersonal, en algunos casos podía haber dos o tres candidatos, tomando en cuenta que había comunas que elegían ocho o diez concejales. Pero en algunos casos, como el de Vallenar, la prelación era muy importante porque de haber posibilidades ciertas de ganar la alcaldía, la negociación se trasladaba al pleno nacional que, recuerdo, se hizo en Talca y allí se resolvía si era un candidato o dos. Naturalmente, al tener un candidato se maximizaba la posibilidad de tener la alcaldía y, al revés, con más de un candidato esta disminuía”, indica Camilo Escalona Medina, vice-presidente del PS en esos años.

Frente a esto, ambas candidaturas lanzaron todas sus cartas sobre la mesa. Las dos facciones, que habían evolucionado en cierto grado a la dicotomía almeidistas/renovados, presentaban apoyos transversales a estas corrientes de opinión. No sólo los candidatos, sino que el mundo activista que los apoyaba se movilizó con mucha energía durante algunas semanas. Se golpeó la puerta de militantes, se realizaron reuniones focalizadas en determinados sectores de la ciudad. En suma, ambos candidatos utilizaron hasta el último argumento y palabra para convencer a quienes, por la condición de militantes socialistas, tenían el derecho a emitir su voto en dicha elección interna. Mientras Santana recibía un fuerte apoyo por parte de mujeres socialistas, Pino tenía su fortaleza en los militantes que residían en la población Rafael Torreblanca, sector en donde fue profesor por largos años.

El día de los comicios llegó y algunos dirigentes políticos de la época intentaban graficar esta contienda como un enfrentamiento entre los históricos del PS contra los principales dirigentes de la clandestinidad. Había, incluso, elementos generacionales que permitían diferenciar estos dos grandes lotes. Y durante ese día, el momento de la primaria, ninguno de estos bajó los brazos.

Desde tempranas horas de la mañana comenzó a llegar gente a la sede del PS ubicada en calle San Ambrosio, recinto que era arrendado por el diputado Arancibia y el senador Núñez. Para la realidad de esa época, la participación en este evento fue

destacadamente masiva: aproximadamente 150 militantes, los que concurrieron a emitir su opinión a las urnas de votación instaladas en el lugar. Y cuando este proceso finalizó, de forma inmediata y en medio de un clima de alta expectación, se comenzó a dar lectura a los votos.

Las miradas de los presentes denotaban un nerviosismo transversal. Al ser 150 votos, las proporciones se expresarían de forma temprana, y la tendencia al iniciar el conteo se inclinaría paulatinamente a favor de Juan Horacio Santana. Los apoderados de ambos candidatos, observaban con fina rigurosidad cada papeleta, para garantizar la legitimidad de las opciones marcadas. Pero la tendencia no cambiaría y la opción del profesor chilote sería la mayoritaria.

“Fue una interna en donde votaron los militantes. Ahí se dividió el partido en dos prácticamente, y se hizo una elección muy acalorada, fue un momento de mucha tensión. Y finalmente yo le gané a Jorge Pino por una cantidad de votos más o menos significativa”, señala Juan Horacio Santana.

Ante esto, y las diversas muestras de alegría y tristeza producto del resultado, comienzan complejas e infinitas horas en donde uno de los grupos internos, aquel que apoyaba a Jorge Pino, critica y desvalida el proceso llevado a cabo por el PS.

“Dan un motivo bastante infantil diría yo, como es la adulteración del padrón electoral, con lo que intentan justificar el hecho que Santana sacara más votos que Chino Pino. Pero eso no tenía sentido, ya que como en todas partes había sido una elección interna. Y en las elecciones internas, la gente está mirando todo el día como se desarrolla el proceso. Había sido una elección bastante transparente, y en realidad ellos no aceptaron el resultado, lo que terminó en que el partido, nuevamente, se dividiera”, recuerda Magaly Varas.

Durante los días siguientes se realiza una reunión en la sede de San Ambrosio, a donde acuden ambas fracciones de manera masiva. Esta reunión fue dirigida por su presidente comunal Guillermo Hormazábal y contó con la participación del entonces dirigente nacional del PS Camilo Escalona.

La intención de esta instancia era posibilitar la convergencia de ambas tendencias que se habían enfrentado en la contienda interna. Evitar que se profundizaran las diferencias y opiniones sobre el grado de legitimidad con el que había contado el proceso.

“Había un padrón de gente que estaba inscrita y era de conocimiento de todo el mundo. Nosotros teníamos la diferencia en que veníamos trabajando desde antes, habíamos tenido también un trabajo para inscribir gente, o sea, habíamos participado en la organización del Partido Socialista de Vallenar, que venía desde los ‘80. Jorge venía recién llegando, llegó después de que se produjo el triunfo del NO, después del triunfo de Aylwin. El grupo que lo apoyo a él fue básicamente quienes lo conocían de antes del ‘73”, indica Juan Horacio Santana

En esa misma línea, Camilo Escalona coincidía con algunos dirigentes locales en creer que el proceso electoral realizado fue completamente legítimo. Su idea era respetar el resultado que le había dado el triunfo a Santana algo que, luego de encontrarse con viejos conocidos, no sería para nada fácil.

“La situación en Vallenar se tiñó de mucha tensión ya que el compañero Jorge Pino era doble militante, tanto socialista como del PPD, y a pesar de que estaba en este partido que se declaraba sin ideología, el compañero Pino se esforzaba por hacer el ala de una ortodoxia acérrima. Él se apoyaba en provenir del exilio y haber estado durante cinco años en la llamada escuela superior de cuadros del Partido Comunista Búlgaro, y haberse graduado como especialista en la teoría del marxismo leninismo. O sea, como ocurría en los países comunistas, las personas que se transformaban en ideólogos eran unas especies de oráculos que interpretaban el bien o el mal. Entonces, era sumamente paradójal que este compañero se definiera así mismo como un exégeta del marxismo leninismo y al mismo tiempo militara en un partido que se definiera sin ideología”, indica Escalona.

Y aunque la elección primaria ya se había realizado, lo cierto es que el sector del partido que fue derrotado levantó todos sus descargos y críticas previas a la elección contra Escalona, quien se encontraba presente en su condición de vice-presidente nacional del Partido Socialista, respaldando el resultado de la polémica elección interna.

“Yo los conocía de afuera a éstos, conocía cómo eran. El obrero socialista, si no conoce los dirigentes, les cuesta captar. Yo sabía cómo actuaban ellos. Nosotros sabíamos que la última semana, cuando hubiese que inscribir candidaturas, Santiago iba a mandar un telegrama, una carta al regional, en donde se indicara que los candidatos que compiten en Vallenar son éstos y éstos. A mí me tenían terror”, indica Jorge Pino.

Efectivamente, el principal argumento esbozado por Pino para deslegitimar el proceso era la eventual decisión de marginarlo como candidato que, igualmente, se impondría desde Santiago, aunque triunfara en la elección. Esto pues, la relación de él con los principales dirigentes del partido no era buena, algo que se cultivó en su exilio en los países de Europa del Este.

Una de las personas más escuchadas, dentro del grupo que apoyaba a Jorge Pino fue Luis Pastén: profesor destacado de la comuna, oriundo de Coquimbo pero que se trasladó desde temprana edad a Freirina y dueño de una elocuencia que instalaba hojas de ruta en el debate político del PS de Vallenar.

Pastén se encontraba presente en esa ocasión y, junto con cuestionar el funcionamiento del partido, tampoco veía con buenos ojos la presencia de dirigentes afuerinos en Vallenar.

“Tenían un desorden tan grande que el señor Escalona venía a arreglar el problema de indisciplina. Nos empezó a retar como cabros chicos y discutimos. Como yo soy bueno para discutir. Quedó la grande y le querían pegar. Las cosas se arreglaron a golpes y yo, el que más me había peleado con él, me puse a defenderlo. Él venía a ponernos de verde y azul”, indica Luis Pastén.

Por otra parte, hubo quienes dismantelaron por completo las acusaciones vertidas por Jorge Pino y sus seguidores, acusándolo de no respetar el resultado de la elección interna realizada. Atribuían su desconocimiento del resultado a la incapacidad de reconocer que, durante los años de dictadura, el partido adquirió otra dinámica en donde participaron también nuevos militantes.

“Él llegó del exilio y llegó en el PC, de hecho llegó a vivir a la casa del Guido Díaz (dirigente comunista), pero después volvió al Partido Socialista. Nosotros lo recibimos felices, con aplausos y todo, pero después el compañero Pino nos dejó la escoba. Había corrido mucha agua debajo del puente mientras estaba allá. Juan Horacio había hecho sus méritos, él ordenó el cuento y eso no podemos negarlo. Ordenó el partido, le dio una organización, con directiva, se planificaban cosas. Y la gente lo empezó a conocer, y a valorar lo que había hecho. Entonces ganó la interna y el Chino Pino perdió, pero él no quería entender”, recuerda Nacira Saavedra.

La asamblea, que se había iniciado a las siete de la tarde, llevaba más de cuatro horas sin avance ni acuerdo alguno. A pesar de que en un inicio se esgrimieron argumentos que apuntaban a cuestionar la legitimidad o no del proceso, posteriormente, y como en gran parte de ésta, el debate giró en torno a las descalificaciones personales entre los propios militantes.

Fueron minutos de mucha tensión en donde se expresó de la manera más caótica la animadversión que existía desde comenzada esta contienda interna. Momentos en que se manifestó la rabia y la desazón entre dos miradas socialistas que creían, bajo sus respectivos argumentos, que debían liderar al PS.

“El compañero Plaza, yo me acuerdo, era muy violento. La misma Chela Marín, Lilian Martínez, muy violenta, en sentido incluso de llegar a la agresión física. Habíamos conversado con Escalona antes. Fuimos a tomar once con él y con la Nora y le explicamos que la situación estaba muy complicada. Fundamentalmente fue para explicarle el ambiente que había en el partido. Y el ambiente era bélico, por lo tanto, había que tratar de manejarse lo más tranquilo posible. La verdad de las cosas es que la asamblea fue terrible, con un nivel de descalificaciones que yo no he visto en mi vida, personales hacia algunos compañeros, gente que desgarraba vestiduras”, recuerda Magaly Varas.

Otro de los dirigentes que participó de dicha instancia fue Manuel Verdugo, quién acusaba de traición a Escalona (a quien llamaba “Boris”, nombre que -según él- utilizaba el ex dirigente secundario en clandestinidad para vivir inadvertidamente). Verdugo aludió al valor de quienes fueron víctimas del golpe, de quienes fueron perseguidos y buscados y que, sobreponiéndose a esa experiencia, posteriormente habían vuelto al país. Narró una historia sobre el supuesto ingreso clandestino de Clodomiro Almeyda a Chile, por un paso fronterizo de la comuna de Alto del Carmen, algo que fue inmediatamente desmentido por Escalona.

“Yo soy el autor del rumor, pero Clodomiro Almeyda no ingresó por Alto del Carmen. Él ingreso por un paso de la zona central del país. Esta fue una operación de ingreso clandestino realizada en el verano del año ‘87, cuando yo era miembro de la comisión política del PS Almeyda y dirigí personalmente esta operación. Pero ¿por qué se vinculó esto con un paso fronterizo que hay en Alto del Carmen?, para que no le aplicaran la imposición de ingreso clandestino, que lo hubiese condenado a diez años de cárcel, que

era la disposición que tenía la dictadura. Clodomiro Almeyda declaró que había ingresado por Alto del Carmen, cuando se presentó ante el juez señalando que simplemente había pasado de madrugada por delante del retén de Carabineros y éstos se encontraban durmiendo y que nadie le había pedido documento alguno”, indica Escalona.

Y es que al margen de estos dobles relatos, los calificativos más violentos fueron aumentando en medio de la reunión, lo que conllevó a un fuerte intercambio de mensajes entre Jorge Pino y Escalona.

“El compañero Pino recurrió a su conocimiento del marxismo leninismo para argumentar un tema electoral que no tenía nada que ver con la tesis del marxismo leninismo. En ese momento yo me ofusqué, cuestión que reconozco, y me permití preguntarle -en un lenguaje indebido- hasta cuándo molestaba. Pero aparte de unos garabatos no fue un incidente mayor”, recuerda Escalona.

Frente a este escenario, y dado de que debía volver a Santiago en bus, Camilo Escalona comprendió que no existía ninguna posibilidad de diálogo o consenso entre las partes involucradas, por lo que decidió dar por finalizada su participación en la reunión.

“Ahí vino la división de inmediato. Sacaron a puteadas a Núñez, a refregones para afuera. No tenía cómo arrancarse. Para qué te digo lo que le decían a Escalona. Y yo tenía la mayoría de la asamblea, si los otros no tenían por dónde arrancarse, le taparon la pasada. Me acuerdo que la Nacira y la Magaly Varas, como cinco mujeres, pescaron al otro y lo sacaron por otra puerta, mientras los otros salieron a pegarle, lo que le gritaban - a lo menos-: le sacaban la madre, traidor, hijo de puta. Para qué te cuento”, indica Jorge Pino.

Transcurrieron minutos de extrema complejidad. Mientras algunas militantes golpeaban a sus pares con “carterazos”, otros pateaban las sillas del local e incluso se ahorcaban mutuamente. La reunión había finalizado en un desastre de proporciones, lo que también repercutió en que familias enteras se dividieran definitivamente y otros grupos importantes anunciaran su renuncia indeclinable. Fueron momentos caóticos, marcados por los insultos de uno y otro lado. Escalona abandonaba la sede y se subía al vehículo que lo llevaría al terminal de buses, sin que antes este fuera zamarreado por la masa alterada.

Tras el término de este embrollo, Jorge Pino y sus adherentes se dirigieron a la casa de este ubicada en calle Marañón, en donde sostuvieron una improvisada cita. Allí estaba

Luis Pastén, gran parte de la familia Saavedra, Rosa Robles, Ibar Espinoza, Alfonso Rojo y Desiderio Campillay, entre tantos otros. La molestia exacerbada, generada por el “encontrón” sostenido con sus adversarios internos, caló profundamente en su ánimo político. Había una serie de sentimientos presentes, pero por sobre todo un ánimo de revanchismo con el propio Partido Socialista, a quien deseaban demostrar la validez y solvencia de su apuesta política.

Fue en esa reunión en donde se decide la salida de Pino del Partido Socialista, para su posterior presentación como candidato independiente apoyado por un número importante de socialistas. Militantes hasta ese entonces que se terminan retirando del partido, pasando a adscribir en algunos casos lo que era el PPD.

Santana y Pino se enfrentan por segunda vez, pero ahora en unos comicios abiertos para el cargo de concejal, previos a una votación indirecta en donde estas propias autoridades elegirían al alcalde de la comuna. Y al igual que en la elección interna, los equipos de trabajo de ambos líderes realizarían una fuerte campaña y se movilizarían por todos los rincones de Vallenar.

Existía voluntad y energías. Era además la primera elección comunal post dictadura, por lo que la contienda resultaba sumamente emblemática. Si bien la decisión de Pino, de ser igualmente candidato, polarizaría el enfrentamiento entre estos líderes, en esta oportunidad se incorporaba la competencia proveniente desde la derecha, algo que complejizaba aún más la posibilidad de que quien dirigiera la comuna fuera un dirigente de izquierda.

Pero Vallenar era socialista. Y tras una ardua y agotadora campaña, las urnas le darían la mayoría nuevamente a Juan Horacio Santana, el candidato del Partido Socialista, que obtendría más de tres mil seiscientos votos. Lo curioso, es que aún divididas las fuerzas provenientes desde el PS, el segundo lugar, muy de cerca, sería para Jorge Pino quien obtuvo en dichos comicios la importante cifra de tres mil doscientos noventa votos, superando con comodidad los dos mil setecientos treinta votos del también profesor Roberto Alegría, uno de los candidatos de la derecha. También obtuvieron en esa oportunidad una importante votación, que les permitió ser electos concejales, Lucía Mulet de la DC, Sergio Iribarren del Partido Radical y Guillermo González Gray de Renovación Nacional.

Este resultado le permitió a la Concertación de Partidos por la Democracia contar con la mayoría del Concejo Municipal de Vallenar y, por ende, tener la primera opción de elegir al alcalde de la comuna. Así, en una ceremonia llevada a cabo en el salón municipal, los votos de Mulet, Iribarren y del propio Santana, le permitirían al profesor de Filosofía convertirse en la primera autoridad comunal. Alegría y González, representando a la derecha, serían derrotados. Y Jorge Pino se resistiría a votar por Santana. Tampoco votaría por la derecha. Tanto en la primera votación, como en la segunda vuelta de esta, mantendría su voto por él mismo. Por Jorge Pino.

Se celebró con concentraciones y caravanas. Al igual que en la campaña del NO. Fue el proceso que llevó a un socialista al municipio de Vallenar, inmediatamente después de recuperada la democracia. Una historia de dulce y agraz. Con innumerables versiones de los hechos, que dejó una experiencia de aprendizaje y desencuentros que marcó a generaciones durante décadas. Pero a pesar de esto, fue el momento en donde los socialistas le demostraron a la comuna que la historia, la identificación y el cariño por la institución y sus dirigentes, permanecía arraigado en la mente de los vallenarinos. Pinochet no había sido capaz de acabar con el sueño socialista.

EL REIMPULSO DEL COMUNAL VALLENAR

No sólo Juan Horacio Santana, sino que además todo el Partido Socialista, tenían una enorme responsabilidad en sus espaldas. La comunidad, mayoritariamente, depositó su confianza en la gestión que éstos realizarían. El no cumplir con las expectativas generadas en Vallenar podía ser lapidario para un partido golpeado constantemente en su interior durante diecisiete años de dictadura.

Por cierto, el PS no contaba con un listado de profesionales entre sus filas, para poner a disposición de las tareas requeridas por la municipalidad. Tampoco había experiencia en el trabajo al interior de instituciones como ésta, salvo algunas excepciones que venían participando del gobierno regional de Atacama. Existían, sin duda, una serie de limitaciones a la hora de sacar adelante los compromisos adquiridos. Pero también estaba presente el ánimo, las energías y el interés de los mismos que, por años, osadamente, se organizaron para recuperar los derechos civiles.

Fue un periodo de aprendizaje absoluto para quienes ingresaban al municipio, institución que se desconocía en gran medida. Sin perjuicio de aquello, existía un equipo de funcionarios de planta y directivos que venían trabajando previamente. Gente que, sin ser perteneciente al PS, significó ser muy valiosa para las tareas que se vislumbraban para los socialistas. A cargo del área de la salud estaba el doctor Salomón primero y la doctora Salinas después. En educación estuvo Patricio Saavedra. También, como abogado, estuvo algunos meses colaborando Jaime Mulet. Todos ellos fueron parte del primer periodo que asumió Santana y los socialistas.

Fueron tiempos de preparación, en donde por cierto se incorporaron al trabajo municipal otros militantes como Nacira Saavedra en la parte secretaria o Lina Maldonado, quien dejaba las tareas desarrolladas en la Gobernación del Huasco para convertirse en la jefa de gabinete del alcalde. Pero muchos de los que se fueron incorporando eran personas que se conocieron en el camino. Hombres y mujeres trabajadores, que colaboraron codo a codo, con la mejor de las voluntades, y desde todos los ámbitos, para lograr los objetivos definidos al inicio del mandato y que apuntaban particularmente al mundo popular.

“Nuestro foco siempre fueron los sectores más pobres, las poblaciones. Vino el programa de pavimentación participativa. Las calles de Vallenar eran un desastre. Gran cantidad de las calles de la población Baquedano, población Carrera y Torreblanca eran polvorientas. En épocas de invierno era un barrial cuando llovía. Entonces ahí hicimos un trabajo muy bonito con los vecinos y con el gobierno, porque eran programas gubernamentales, programas de pavimentación participativa que nos permitió pavimentar toda la ciudad”, recuerda con nostalgia Juan Horacio Santana.

Ciertamente. El evidente atraso que presentaba la ciudad se acarrea por muchos años. Era 1992 y en gran parte de Vallenar no había alcantarillado, las calles no estaban pavimentadas y la ribera y entorno del Río Huasco eran un completo basural. Era el resultado de un largo tramo de tiempo en donde las prioridades eran otras, en donde no existía ninguna sensibilidad por las desigualdades sociales expresadas en estas realidades. Frente a esto, los socialistas se sintieron convocados.

La gente comenzó a participar, se fueron organizando. Se crearon cientos de comités de pavimento en la ciudad y en algunos años se terminó de pavimentar toda la ciudad. También se desarrolló un valioso trabajo en materia de vivienda, en donde se entregaron

cientos de hogares ubicados en los distintos puntos de la ciudad para innumerables familias de Vallenar. También se constituyeron decenas de clubes de adulto mayor y talleres de mujeres, muchos de los cuales funcionan hasta el día de hoy.

Desde el municipio vallenarino, el Partido Socialista había empujado un ejercicio de participación democrática sin precedente alguno. Con dificultades, con errores, con un sinfín de complicaciones, pero había sido capaz de sacar adelante, dignamente, el inicio del mandato popular. Y esto la población lo agradecería.

Vendrían elecciones parlamentarias y municipales, en los años 1993 y 1996, respectivamente. Al igual que en las experiencias anteriores, dichos comicios significaron una ardua tarea de trabajo electoral, la que gracias al empeño y la entereza de los socialistas, nuevamente se sacaría adelante. Ricardo Nuñez fue reelecto senador y Armando Arancibia diputado, aunque este último con notorias dificultades, al nivel de ocupar el tercer lugar y ser electo sólo gracias al sistema binominal. También, Juan Horacio Santana ganaría por segunda vez la elección municipal en Vallenar, aumentando considerablemente su votación y contribuyendo a que el PS se convirtiera en la principal fuerza de la región, gracias a los triunfos de los también socialistas Marcos López en Copiapó y Yhans Delgado en Tierra Amarilla. Este último, además, se transformaba en el edil más joven de Chile.

A CONTINUAR CON LA TAREA

Aún con sus tiempos demandados, producto de las respectivas tareas de cada cargo, ni el senador ni el diputado ni el alcalde socialista perderían el vínculo con el PS. Todos ellos entendían que al margen de cada institución, de la que eran representantes, el partido, la sede y sus reuniones, eran los espacios de la reflexión y del diálogo con la militancia. De la conversación en donde se recogía y se elaboraba una síntesis del sentir ciudadano.

“Lo que pasa es que, con todas sus limitaciones, el Nuñez y el Arancibia eran gente de partido, les gustaba armar partido. Tenían su trabajo como parlamentarios, pero también le dedicaban tiempo al partido, porque eso en el fondo era su plataforma, se dedicaban a eso. Era muy común ver a los parlamentarios en reuniones del partido, no eran invitados. De hecho, ambos tuvieron sus oficinas ahí donde estamos, lo arrendaban

ellos como sede parlamentaria, y nos permitían a nosotros tener un espacio para el partido”, apunta Nacira Saavedra.

De la misma forma, Santana recogió sugerencias y mensajes transmitidos por la militancia. Inquietudes del día a día que fue transformando en oportunidades, específicamente en iniciativas, las que -por cierto- llevaban sello e impronta. Siempre en su condición de profesor. Siempre en su condición de socialista.

Durante esos años, se desarrollan dos proyectos emblemáticos para la gestión local. Uno de ellos el Paseo Ribereño, parque de recreación comunitario en torno al Río Huasco, al que se le transformó su fisonomía, decorándolo con extensas áreas verdes, juegos infantiles y multicanchas que, paulatinamente, etapa por etapa, cubrieron uno de los rostros de ingreso a la ciudad, adjudicándose incluso, en algunos años más adelante, el premio al mejor proyecto urbano de Chile. El segundo proyecto importante fue el ingreso de Vallenar a la red de Ciudades Educadoras del mundo. Un concepto que se fue instalando fuertemente en la mente de los vallenarinos, quienes veían la importancia que se le asignaba a este elemento de formación cultural.

“Les hacía sentido este concepto de Vallenar como una ciudad educadora. Y lo que quisimos con eso fue instalar en la comunidad a la educación como un área importante a trabajar. Pero no necesariamente la educación de las escuelas, de liceos, no la educación formal, sino que hacer entender a la comunidad que la educación era importante en todas partes. Era importante que la gente se eduque, que todos nos eduquemos para efectos medio ambientales, para efectos de nuestra propia salud, etcétera. Y que en cada rincón de la ciudad y de la comuna podía haber educación hacia la comunidad”, indica Juan Horacio Santana.

Llegaba 1997, año marcado por las fuertes lluvias caídas en la zona y por ser la tercera elección de diputados que se realizaría desde el regreso a la democracia, donde el demócratacristiano Jaime Mulet vencía a Armando Arancibia en el distrito 6, tomándose revancha a nombre de su padre. El diputado socialista había sido derrotado y caía frente a dos caudillos vallenarinos: Mulet y Prokurica. Eran los costos que debió pagar este abogado santiaguino por el espíritu localista que ya se instalaba en la zona, situación que se venía advirtiendo desde su elección anterior.

La derrota de Arancibia se lamentó en el PS. Junto con perder a un “viejo conocido”, se perdía a un apoyo importante frente a la compleja situación económica por la que atravesaba el país y que tenía un dramático correlato en la comuna. La crisis asiática y la devaluación de la moneda de los países de aquel continente, impactaron de lleno a la Región de Atacama y, particularmente, a la Provincia del Huasco. Se produjo, inmediatamente, una baja en la venta de los minerales que repercutió en las posibilidades laborales de los vallenarinos. La comuna alcanzó los veinte puntos de cesantía y durante muchos años el municipio “bailó con la fea”.

Era el momento más complejo para las autoridades socialistas desde el regreso de la democracia. Fueron tiempos en donde la Plaza de Armas de la comuna mostraba cruelmente decenas de vallenarinos cesantes. Fue una época muy dura, pero en donde también afloró la esencia del socialismo en la comuna. Años en donde el compañerismo y el sentido de lo colectivo se convirtieron en la principal arma de combate contra la falta de trabajo.

“Se enfrentó esta crisis con mucha solidaridad y cercanía, Enfrentamos esos años duros y difíciles con mucha ayuda también. Las autoridades de ese tiempo nos ayudaron bastante. Los mismos parlamentarios, Arancibia hasta ese entonces, el mismo Núñez, nos acompañaron en varias oportunidades a Santiago, a apoyarnos para obtener obras públicas que resultaban importantes. Nos organizamos y parte importante del Paseo Ribereño se hizo con gente de acá, con obras, a pala y picota, con muros que se hicieron ahí, con los trabajadores. Fue muy bonito todo eso”, recuerda Juan Horacio Santana.

Los socialistas de Vallenar, demostraban nuevamente su enorme capacidad de interpretar las problemáticas locales y darle una conducción política a estas mismas. Quedaba en evidencia la creatividad y visión que existía en el municipio y en algunas autoridades. El Partido Socialista se convertía en una institución que, junto con ser capaz de movilizar a un importante activo partidario, ganaba prestigio frente a la comunidad producto del trabajo que se estaba realizando en el municipio vallenarino.

IMPORTANTES PASOS

Esta condición le permitió al PS de Vallenar liderar la campaña presidencial de Ricardo Lagos, el primer militante socialista en volver a La Moneda después de Salvador Allende. Y si bien en todo el país esta fue una elección tremendamente apretada, Atacama nuevamente se convertía en una excepción. Lagos alcanzaba el 56 por ciento de los votos en Vallenar en primera vuelta, para ser posteriormente electo como Presidente de la República. Misma suerte tendrían Santana (quien en octubre del 2000 sería electo alcalde de Vallenar por tercera vez consecutiva) y Ricardo Núñez (quien haría lo mismo año siguiente en la elección senatorial).

Los resultados eran claros. El PS había ganado un grado de legitimidad gigantesco en la región, pero en especial en Vallenar. Y no sólo se reflejaba en los resultados de cada votación, sino que también en el sentir ciudadano que permanentemente se manifestaba agradecido por la gestión de las autoridades de ese entonces.

Pero no había que dejar de lado el partido. Y los mandatarios mantenían clara esa convicción. Desde comienzos de los '90 las reuniones se realizaron en la sede ubicada en calle San Ambrosio, entre Merced y Ramírez. Fue esa la sede de Armando Arancibia en sus años de diputado y también la del senador Núñez. Pero principalmente se había transformado en el hogar de la familia socialista. En el recinto que acogía a los militantes cada vez que se organizaban actividades o cuando había que conversar de política. Era el espacio, en donde los socialistas ya se sentían reconocidos, de donde se sentían identificados.

Fue así, y luego de varios años de funcionamiento en aquel lugar, que a razón del inminente remate de la propiedad, los socialistas vieron una posibilidad de compra del local. Era la oportunidad para acceder definitivamente a un recinto que se convertiría en la segunda casa de muchos de los militantes, particularmente de aquellos que día a día se esmeraban por construir y fortalecer al PS de Vallenar. Era el lecho de Alfonso Rojo, Hilda Castillo, de Guillermo Hormazábal y Nacira Saavedra.

Se gestionó un acuerdo, en donde el partido, desde Santiago, colaboró con la mitad del monto a cancelar, mientras que las autoridades comunales y regionales que tenía el partido en ese momento, constituyeron la otra mitad del pago. A través de diferentes aportes, el senador, alcalde y algunos seremis y directores de servicios lograron juntar el dinero. Vallenar se convertía, entonces, en el único comunal de la región en tener sede

propia. Un logro no menor. Y es que con todas las limitaciones que tenía la militancia, sumado al desgaste y consumo de tiempo que producía el estar conduciendo los destinos del municipio y de la senaturía, el partido seguía funcionando.

También allí se albergó a la reconstituida Juventud Socialista de Vallenar, grupo cuyo arraigo se había retomado durante los años '90, y que no estuvo exento de la indisciplina y rebeldía característica de los jóvenes. Precisamente para contrarrestar esa incierta característica, una de las personas claves fue el ex marino Pedro Lagos. Militante socialista que vivió un exilio de 16 años en Bélgica, en donde trabajó en un laboratorio de la Universidad de Lovaina. Lagos, quien siempre mantuvo un interés particular en los jóvenes y, como buen militar, llegó a promover el orden en la JS. Y siempre lo hizo con la mejor de las voluntades.

“Empecé a ayudarlos, a organizarlos, para crearles conciencia de clase. Nos juntábamos en la sede y les explicaba cuáles eran las normas que ellos tenían que seguir para lograr algún día ser buenos militantes y destacarse en el partido. Eran muy pobres, me encontré con todos sus vicios y también con sus virtudes. Pero yo traté de inculcarles principalmente el estudio, que terminaran su IV° medio. Que ciertas malas costumbres las dejaran de lado y explicarles que, si no estudiaban, ellos iban a ser tan pobres como sus padres. Y esa no es vida”, indica Pedro Lagos.

Allí estaban Marcelo Espinoza, más conocido como “Chelo”, hijo de Nacira Saavedra y quien era uno de los cabecillas de este espectro juvenil del PS. Junto a él estaban: el “Chueco” Santibáñez, Igor Verdugo, “Guandanga”, Gladys Flores, Ibar Espinoza y un grupo importante de mujeres provenientes desde el Liceo Santa Marta, como por ejemplo Alejandra Suazo. Todos ellos se reunían también en la sede de San Ambrosio y desde allí organizaban sus actividades, dentro de las cuales no se obviaban las fiestas y los bailes masivos, eventos que en el mayor de los casos no eran bien vistos por los adultos.

A pesar de esto, existía un grado de fraternidad mayoritario al interior del PS y también de la JS. La familia era grande, tenía casa y todos se identificaban mutuamente. Fue justamente este elemento el que profundizó la tristeza frente a la partida por esos años, en momentos distintos, claro, de dos integrantes de su juventud. Carlos “Cuto” Molina, fallecido en un accidente y “Toshi” Verdugo, afectado de cáncer. Dos representantes de la

juventud de Lorca. Compañeros y amigos de la militancia vallerarina. Dos socialistas que se despidieron para siempre de San Ambrosio 435.

EL DESGASTE NATURAL

Corría el 2004 y los socialistas, concitando el apoyo de prácticamente toda la votación de centroizquierda, retenían el municipio vallerarino por cuarta ocasión consecutiva de la mano de Santana. Lo más sorprendente de esta hazaña fue el aumento que sufrió la votación del líder del PS, quien prácticamente llegaba a los once mil votos, convirtiéndose en una de las mayorías regionales de ese entonces con el cuarenta y siete por ciento de las opciones.

Se asumían así, casi quince años al mando del edificio comunal. Quince años en donde se le trasformó el rostro a la ciudad. Tiempo en donde se desarrollaron una serie de proyectos urbanos que permitieron modernizar la imagen de la comuna. Un período de muchas alegrías, pero también de momentos difíciles, como la recordada detención de Santana por quince días el año 2002, producto de la deuda histórica con los profesores que algunos municipios acarreaban injustamente, por un compromiso no cumplido por Pinochet en 1980. Aun así fue una época sumamente positiva y enriquecedora, pero que naturalmente produjo los desgastes característicos de largos periodos de conducción política. Tanto al interior del municipio y como del Partido Socialista de Vallenar.

Las tareas aumentaban con los años. Las expectativas de la comunidad, por cierto, también lo hacían. Fueron depositadas muchas energías en la municipalidad lo que repercutió en que se posibilitara la participación de nuevos dirigentes en el PS de Vallenar. Allí estaban aquellos que, por una u otra razón, no se mostraban satisfechos con el andar del partido en esos años. Había otros que eran críticos al modo de andar de la municipalidad. En fin, quedó de manifiesto el estado de ánimo y satisfacción de otros socialistas.

“Yo creo que hubo una desvinculación nuestra del PS, en nuestro esfuerzo en la municipalidad. Creo, también, que podríamos haber tenido un poco más de participación en el partido y también más participación del partido en el municipio. Pero nosotros también fuimos muy sanos en eso. Nunca utilizamos la municipalidad como una fuente

laboral. Se le dio la oportunidad a mucha gente, pero también teníamos criterio un poquito más amplio en ese sentido”, señala Juan Horacio Santana.

La directiva de ese entonces era liderada por Robinson Morales como presidente, a quien lo acompañaban jóvenes militantes del PS, muchos de ellos aún parte de la Juventud Socialista, quienes no tenían una buena relación con el alcalde socialista. Por esos años, se habían generado ya algunos desencuentros entre esta directiva, los jóvenes del partido versus la militancia más comprometida con la labor desempeñada en la esfera municipal.

Esta misma situación generó que se fueran cultivando animadversiones internas que estaban muy lejos de la fraternidad socialista. Eran también diferencias con actores protagónicos del municipio, quienes aun cuando no eran parte del PS, tenían un grado importante de injerencia en las tomas de decisión.

“Peleaban mucho por el asunto de las pegas. En la municipalidad pasaban niños y luego no más los echaban. Yo siempre dije: si van 20 jóvenes, cómo iban a ser todos malos, cómo no iba a haber alguno que se salvara. Entonces a los niños, a los profesionales nuestros, no se les dio el pase para que demostraran si servían o no, y eso generó una relación irreconciliable con ellos. Donde estaba el Ibar Ernesto, donde estaba el Igor, el “Chueco”, los niños Aguilera, la Macarena Guiroux, la Marcela Araya. Y por la otra parte había gente que se creía dueña del municipio, o sea, todos los que llegaban era allegados”, afirma Nacira Saavedra.

Estos dos factores, los cambios en la conducción interna del partido y las posibilidades laborales en el municipio, con todas las aristas que estos elementos arrastraban, fueron tensionando paulatinamente las relaciones dentro del PS Vallenar.

Volvía a instalarse nuevamente en la historia de los socialistas un fraccionamiento marcado, entre otras cosas, por las diferencias generacionales. Se percibía por primera vez, desde quince años, cuando Jorge Pino disputaba el liderazgo de la institución, una desavenencia muy evidente entre militantes del mismo partido.

“Yo creo que la gran dificultad que hubo es que tú tampoco puedes hacer co-gobierno, menos en la situación que estábamos viviendo. Veníamos saliendo de una dictadura, por primera vez teníamos un municipio electo, entonces uno entiende que a veces había muchos compañeros que todavía les quedaban estos resabios de los co-gobiernos. Y la verdad de las cosas es que si hoy día los partidos no pueden co-gobernar

los organismos del Estado. Si hay que mantener un vínculo, un nexo, darle una impronta que vaya ligada a los ejes programáticos que tiene el partido o la coalición de gobierno”, precisa Magaly Varas.

No sólo se percibía un desgaste del equipo municipal. También empezó a instalarse una mirada crítica frente a la gestión senatorial de Ricardo Nuñez. Aún más, y al igual como se comenzaba a desarrollar en el resto del país, comenzaron a nacer fuertes críticas contra el proyecto histórico de la Concertación. Muchas de ellas cuestionando su continuidad, mientras que otras se materializaron con la salida de algunos dirigentes de los diferentes partidos que conformaban esta coalición. En donde, por cierto, hubo quienes renunciaron al PS.

Estas críticas estuvieron enmarcadas también en un contexto desfavorable para el entonces cuarto gobierno de la Concertación. La derogación de la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE) que exigía el movimiento estudiantil del 2006 y la puesta en marcha del Transantiago fueron sólo algunos de los hitos que llevaron a la caída de la presidenta Bachelet en las encuestas de opinión pública, quien por esos años marcaba los niveles de aprobación más bajos de todos los gobiernos de la Concertación.

Qué duda cabe que existió una pugna en ese momento que se profundizó en los años venideros. Mientras algunos llamaban al orden de la coalición, a tener lealtad con el gobierno de la entonces presidenta, otros se mostraban explícitamente en contra de lo que se estaba haciendo como gobierno, pero principalmente como coalición. Fueron complejos momentos para la alianza constituida al calor de la lucha contra Pinochet.

LA DIGNIDAD DE LA DERROTA

A fines de la década de los ‘00, se produjo un cambio evidente en la percepción ciudadana sobre la labor de los partidos y las coaliciones políticas. La contundente derrota sufrida por la Concertación en manos de la derecha y los liderazgos “descolgados” en elección municipal de octubre del 2009 instalaron las alarmas de cara a la elección presidencial del año siguiente.

El PS de Vallenar perdía el municipio local, luego de dieciséis años a cargo de él. Juan Horacio Santana bajaba considerablemente su votación, dando paso para que un ex militante socialista, Cristian Tapia Ramos, consiguiera acceder al sillón municipal.

Fue un golpe para toda la militancia. Para aquellos que se mostraban seguros ante un eventual quinto triunfo de Santana. Pero también para muchos de los trabajadores municipales, que posteriormente sufrirían los resabios de la intolerancia política y democrática.

“Yo creo que en la administración del municipio, se puso gente que no tenía compromiso político, por lo tanto se limitaban a hacer su pega. Y también pudo haber sido que Juan Horacio llevaba mucho tiempo. Además, llegó un candidato de esos que la gente quería escuchar, de lo popular, el gallo que les iba a cambiar el mundo. Sumado a que convocó a gente del propio PS, a quien después contrató en el municipio”, indica Nacira Saavedra.

En esa oportunidad emergieron, en todo el país, candidatos alternativos que planteaban el concepto de cambio, de alternancia, sin que en muchas de esas ocasiones este elemento estuviera dotado de contenido o coherencia. Se hacía también una autocrítica frente a la necesidad de ir generando liderazgos alternativos, de ir incorporando gente nueva a la actividad política. En suma, fueron muchos los análisis que se realizaron luego de los resultados obtenidos.

“Puede ser que la gente haya tenido la necesidad de cambiar de rostro. No porque nosotros hayamos hecho una mala labor, sino que después de todos esos años, a lo mejor la gente quiere ver otro rostro. Quizás ahí tuvimos una debilidad, en el sentido de que no logramos preparar personas, no las teníamos como para un relevo. En ese momento se pensaba que sólo yo podía enfrentar el tema y nos faltó trabajar ese aspecto”, indica Juan Horacio Santana.

También se producirían cambios al año siguiente, el 2009, al momento de enfrentar las elecciones presidenciales y las de diputados y senadores en el caso de la regiones impares (como era el caso de Atacama). La salida de algunas autoridades socialistas de la época -muchos de ellos dirigentes históricos- generó un efecto sumamente nocivo en la entonces Concertación. Para esa elección, el conglomerado de centro izquierda enfrentaría al candidato de derecha Sebastián Piñera contra el ex presidente Eduardo Frei, candidaturas

a las que se sumaron otras dos representadas por ex socialistas: Jorge Arrate y Marco Enriquez Ominami. Más aún, este último, según las encuestas de opinión, concitando un importante apoyo nacional.

El resultado de este desmoronamiento orgánico fue prácticamente lapidario. Y si bien la candidatura concertacionista lograría pasar a segunda vuelta, posteriormente esta sería derrotada para dar paso a que luego de sesenta años un líder de la derecha llegara a la presidencia de la República por la vía democrática. Era un acontecimiento histórico. Y como en todas las derrotas políticas, se produjo un proceso de emplazamientos y críticas internas. Quizás más extenso de lo que inicialmente se pensaba.

Atacama también sería permeada por el espíritu de cambio que transitaba por el país. Ricardo Núñez decidía no ir a la reelección del cargo en la región y observaba cómo el PS de Atacama iniciaba una etapa de profundo debilitamiento como resultado de sus divisiones y de la fuga de algunos de sus dirigentes y militantes.

Su reelección no era una seguridad y llevaba sobre él una cantidad importante de tiempo en la región, época en donde conoció a Atacama, zona a la cual contribuyó destacadamente desde el Senado. Algo que, sin embargo, no lo mantenía ajeno a los fenómenos políticos nacionales.

“Efectivamente el senador Núñez llevaba tres periodos -tiempo bastante considerable- en donde fue un buen senador. Tenía una muy buena relación con el partido, y cuando hablo del partido, hablo con todos. Él garantizaba que todos los sectores estuvieran incluidos en el gobierno regional. Iba a las reuniones del partido a dar su punto de vista. La mayor crítica que tenía el senador Núñez era que venía muy poco a la región. Pero Ricardo Núñez fue un gran apoyo para la gestión de Juan Horacio Santana en el municipio, en conseguir entrevistas con los ministros para conseguir recursos, por ejemplo”, dice Magaly Varas.

La decisión de Núñez daba paso para que nuevamente la capital eligiera por la región. Fue así como la entonces diputada por Puente Alto, Isabel Allende, hija del presidente mártir, llegaba a la zona para presentarse como la carta senatorial del socialismo. Ella, con un apoyo prácticamente transversal del partido en la región, lograba superar a su compañero de lista, el diputado PPD por Copiapó Antonio Leal y conseguía convertirse en la nueva senadora del PS en Atacama.

Esto significó un logro importante para el partido. Más aún si se consideraba el complejo momento que se vivía. A pesar de esto, la algarabía por los resultados cambiaría gradualmente luego que la relación entre Allende y el comunal de Vallenar se fuera deteriorando.

“Isabel Allende gana la elección por Vallenar, por el trabajo que se hizo acá, donde estuvo Juan Horacio Santana a la cabeza, Magaly Varas en su calidad de gobernadora y Nacira, entre otros. Todos nosotros estuvimos en primera línea de su campaña. Y sacó una muy buena votación en Vallenar, porque en Copiapó empataron. Pero acá ganó lejos Isabel Allende, lo que provocó nuestra alegría por no perder el cupo socialista. Además era una mujer, la hija de Allende, pero esa idea nos duró poco, hasta cuando nos dimos cuenta que la senadora no era la senadora de todos” recuerda Magaly Varas

El escenario para el partido no era el más óptimo en la región. Y no sólo por las divisiones y diferencias entre autoridades y dirigentes de la interna. En el plano regional, de nueve municipios existentes, la derecha estaba presente en tres de ellos, dos eran administrados por independientes y cuatro por líderes de la centroizquierda en donde no había ningún socialista.

En efecto, no sólo había finalizado el período histórico de la Concertación sino que además, los gloriosos tiempos del PS en el territorio local. Se había producido un escenario difícil de sostener, que algunos catalogaban como el resultado inevitable luego de dos décadas de trabajo en el aparato público. Así como hubo años gloriosos, el partido pasaba en esta ocasión por momentos enredosos. No sólo por la injerencia pública, sino que también por los sentimientos de enemistad y resentimiento que repercutieron en la convivencia interna.

LA FAMILIA MÁS UNIDA QUE NUNCA

Es día miércoles de una semana común y corriente y la militancia más activa comienza a llegar poco a poco a la sede de calle San Ambrosio, a la correspondiente reunión semanal que desarrolla el comunal. Como siempre, Alfonso Rojo y Pedro Lagos

son los primeros en llegar, preocupados de que no falte nada. No son muchos. Pero siguen siendo el partido más numeroso, organizado y por lo tanto más importante de la comuna.

La primera parte se utiliza para hacer una evaluación del Preuniversitario Salvador Allende, una iniciativa educativa que se realiza en la misma sede hace una década y a la que asisten cerca de cincuenta jóvenes por año. Es una noble labor que reivindica la educación como un derecho al servicio de la comunidad y que han sacado adelante los principales líderes del partido en conjunto con algunos profesores de Vallenar, quienes siquiera son militantes del PS. Será porque valoran esta labor. Será porque valoran al partido.

Esta, como otras actividades llevadas adelante por el PS de Vallenar, ayuda a mejorar la imagen que la comuna tiene de los partidos. Contribuye en que la gente no vea de manera tan negativa la política, actividad de la que, lamentablemente, también ha tomado distancia la propia militancia.

“Yo me desencanté del PS cuando me percaté de que se habían acabado los ideales. Que la lucha ya no era por transformar nada, sino que por tener más poder para vivir mejor. Para mí fue súper esclarecedor cuando, en un congreso del PS, se producen dos hechos. Por un lado se dice que el partido no es un partido de clases y eso fue para mí una cuestión decidora de lo que venía, porque el PS siempre, por lo menos hasta el ‘73, fue el partido que representaba a la clase trabajadora. Y lo otro, cuando se formalizan las corrientes de opinión en el partido. Eso para mí significaba simplemente la muerte del partido, porque yo ya sabía que esas fracciones o tendencias iban a luchar por poder, nada más. Ese fue el fin para mí. El que hay ahora es otro partido, no en el que yo milité”, confiesa Ángel Alcota.

El segundo punto en tabla trata sobre la organización de las actividades que se realizarán para el aniversario del Partido Socialista. Las ideas son múltiples y los ánimos gigantescos. Seguramente más que las propias capacidades.

Se realizará un café de la memoria, en donde cada militante podrá entregar su testimonio, en un distendido clima, sobre las vivencias que tuvo al interior del partido. Y también se organizará una cena, fraterna, abierta y popular, a la que se invitará a toda la familia socialista. Aquella más activa, pero también a la que no lo es tanto pero que, por una u otra razón, cada cierto tiempo se acerca a los encuentros socialistas.

“Yo creo que lo importante es la unidad, que la gente trabajé. Ojala no tuviéramos más divisiones, que se comprenda que las cosas se conversan, para eso se hacen reuniones, para que se den opiniones y que la mayoría sea quien decida el destino del partido”, indica Ricardo Ávalos.

Son más de ochenta años de historia los del PS. Ochenta años de innumerables anécdotas y recuerdos. Una historia marcada por las luchas enfrentadas desde diferentes trincheras, muchas de ellas desde la Región de Atacama. Desde Vallenar.

La heterogeneidad ideológica sigue siendo la esencia del partido. De allí emergen todas sus virtudes; la masividad, la capacidad de reconocer problemáticas locales y las inquietudes de los vallenarinos. Pero son también las diferencias en el qué hacer, en lo práctico, en el día a día, aquellas que han permeado a profundizar odiosidades, sin sentido, que en nada contribuyen al objetivo del socialismo.

“Yo tengo muy buenos recuerdos del partido. Trabajábamos con un respeto único entre todos. Se escuchaba a los camaradas, se les daba órdenes y así nos repartíamos. Todos esos son buenos recuerdos porque era trabajo, se compartía con la gente, ayudábamos a la gente y eso es lo que ahora falta en el partido. Yo encuentro que ya no está esa unión. Uno puede no estar de acuerdo en una cosa, pero ahora no hay convivencia”, apunta Esperanza Peña.

Finaliza la reunión, con la tarea de convocar a más gente para el próximo miércoles ya que están “los mismos de siempre”. Ellos no dejarán el partido fácilmente. Es la militancia que transmite firmeza y disciplina. Mientras su salud no diga otra cosa, estarán allí, contribuyendo al partido.

Tampoco se acaba el socialismo en Vallenar. Aún hay pobreza en todas las poblaciones de la comuna, salarios indignos, salud y educación precaria. Por eso el socialismo no puede dejar de existir. Aunque las personas sean más individualistas, aunque la política haya aumentado su descrédito. Los socialistas vallenarinos, frente a esto, tienen un imperativo ético y aún tareas por cumplir.

“Trabajar con la comunidad, salir del partido. Apoyar las iniciativas de la presidenta, ser fiscalizadores de la gente que está en el gobierno, pero de buena forma, con altura de mira. No para que le vaya mal, sino que para la gente haga la pega, porque hay

muchas esperanzas en el gobierno de la Michelle y nosotros tenemos que apoyar eso. Con trabajo, con organización”, señala Nacira Saavedra.

El portón se cierra. La bocina de un par de vehículos que transita por las afueras de la sede, son el saludo a hombres y mujeres públicamente reconocidos con la institución. La militancia se retira, mientras la sede se mantiene incólume frente a los años de historia de este comunal. En ese recinto, se rescata la memoria de miles de militantes puros y sinceros, decenas de generaciones de compañeros que prometieron jamás desertar. Y no lo harán, porque aunque las condiciones sean desfavorables, los procesos sociales no se detienen, ni con el crimen ni con la fuerza.

Evaluaciones y Comentarios



Prof. Raúl Rodríguez O.
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la tesis de título "*Sesenta Años de militancia bajo el sol: la historia del partido Socialista de Valenar*", del estudiante Juan Santana:

ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1 Problematización	Planteamiento y contextualización del tema	10%
1.2 Pertinencia	Relevancia y originalidad de la investigación	15%
1.3 Estrategia Metodológica	Recolección de la información, datos y antecedentes.	20%
1.4 Conclusiones	Análisis e Interpretación de los hechos relevantes.	15%
1.5 Estructura	Orden narrativo, construcción del texto.	15%
1.6 Presentación	Calidad de la redacción, recursos estilísticos.	15%
1.7 Recursos bibliográficos	Materiales y textos utilizados.	10%

Item	Nota	Valor
1.1	6,5	0,7
1.2	6,0	0,9
1.3	6,5	1,3
1.4	6,0	0,9
1.5	6,0	0,9
1.6	6,0	0,9
1.7	6,0	0,6
Nota Final		6,2

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9- 3.0.



COMENTARIO

La memoria del título del estudiante Juan Santana, es un interesante documento que recorre los principales hitos en la configuración del Partido Socialista en la ciudad de Valledor. Pese a lo acotado del tema, la memoria tiene la virtud trasladar aquellas preguntas sobre lo político y la historia reciente que han marcado a nuestro país, en una escala donde las relaciones personales aparecen tan determinantes como la ideología; donde las familias y las diversas generaciones permiten reconstruir la memoria conjunta del pasado reciente.

El texto del estudiante Santana cumple de buena manera este desafío. Es un texto ágil de leer, ameno sin con ello renunciar a abordar los temas principales. Quizás existe una sobreabundancia de épica socialista, sin muchos matices, lo cual habla del autor y de su compromiso político; sin embargo, esta crítica no desvirtúa el valor que en el fondo tiene el trabajo investigativo desarrollado.

A modo de síntesis creo que la memoria presenta algunas debilidades que, con una mejor edición y desarrollo, darían más fuerza al texto, y permitirían su publicación editorial.

1. El texto no crea personajes a partir del testimonio. Esto es una debilidad, especialmente cuando la lectura deja entrever el fuerte peso de las mujeres socialistas.
2. La parte de los años 80, aparece solo desde la reorganización del partido. Quizás las historias de la represión podrían matizar algunos puntos y se podrían ampliar otros, como el relato sobre Carrizal Bajo
3. También sería relevante abordar algunos aspectos de la transición y las tensiones del PS local a partir de las definiciones programáticas de los años noventa, y su relación con los cambios políticos de dicho periodo
4. En las conclusiones podrían incorporarse algunas tendencias sobre la crisis de la legitimidad política contemporánea, y cómo esta puede afectar a la movilización y participación de un grupo político en un contexto local.

Atentamente,

José Miguel Labrín Elgueta

Santiago, 2 de *noviembre* de 2015



Sr.
Raúl Rodríguez
Jefe de Carrera
Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la tesis de título "60 años de militancia bajo el sol: la historia del Partido Socialista de Vallenar" del estudiante Juan Santana Castillo.

ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1 Problematización	Planteamiento y contextualización del tema	10%
1.2 Pertinencia	Relevancia y originalidad de la investigación	15%
1.3 Estrategia Metodológica	Recolección de la información, datos y antecedentes.	20%
1.4 Conclusiones	Análisis e Interpretación de los hechos relevantes.	15%
1.5 Estructura	Orden narrativo, construcción del texto.	15%
1.6 Presentación	Calidad de la redacción, recursos estilísticos.	15%
1.7 Recursos bibliográficos	Materiales y textos utilizados.	10%

Ítem	Nota	Valor
1.1	5.0	0.50
1.2	6.0	0.90
1.3	6.0	1.20
1.4	5.0	0.75
1.5	5.0	0.75
1.6	5.5	0.83
1.7	5.0	0.50
Nota Final	5.4	

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9–3.0.

COMENTARIO



1.- El trabajo que se presenta recopila información, recoge opiniones y antecedentes que sin ser exhaustivos, son suficientes para dar cuenta, fundamentalmente en el plano de la descripción, del tema que aborda. En ese sentido, cumple con las exigencias básicas de un trabajo de investigación de esta naturaleza.

2.- Sin embargo, cabe señalar que tiene algunas debilidades o carencias importantes. En primer lugar, en ninguna parte del texto se hace referencia de manera explícita a las preguntas de investigación, los objetivos planteados o a las ideas-fuerza que se intentan plantear para dar cuenta de ellos. Lo anterior implica que el trabajo que se ofrece transita en un terreno relativamente indefinido respecto al género empleado, a ratos crónica, a ratos reportaje, cuestión que por sí misma no es cuestionable como opción, pero justamente en la medida en que sea una opción explícita y argumentada. Dicho de otra forma, se hace necesaria la presencia de una manifestación clara acerca del carácter del trabajo, de sus objetivos, así como de los criterios que explican la opción por su diseño y metodología de trabajo usada.

3.- Por otro lado, el trabajo insinúa una serie de temáticas interesantes para comprender la evolución de la política chilena en las últimas décadas, a saber la relación política/sociedad o la relación entre lo local y lo nacional, cuestiones que quedan solo insinuadas y que podrían haber sido sistematizadas en alguna medida si existieran algunas conclusiones de la investigación que se ofrezcan a la lectura.

4.- En ese mismo sentido, se echan de menos ciertas informaciones que, a nivel de notas a pie de página, vayan conectando los hechos que se narran y describen (el fuerte del trabajo) con los contextos históricos específicos. Para ello, es posible señalar que se pudo haber utilizado fuentes bibliográficas.


Atentamente,
Eduardo Santa Cruz A.
Profesor Informante

Santiago, 2 de Noviembre de 2015



Prof. Raúl Rodríguez O.
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la tesis de título "60 años de militancia bajo el sol: La historia del Partido Socialista de Vallenar", del estudiante Juan Santana Castillo.

ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1 Problematización	Planteamiento y contextualización del tema.	10%
1.2 Pertinencia	Relevancia y originalidad de la investigación.	15%
1.3 Estrategia Metodológica	Recolección de la información, datos y antecedentes.	20%
1.4 Conclusiones	Análisis e Interpretación de los hechos relevantes.	15%
1.5 Estructura	Orden narrativo, construcción del texto.	15%
1.6 Presentación	Calidad de la redacción, recursos estilísticos.	15%
1.7 Recursos bibliográficos	Materiales y textos utilizados.	10%

Item	Nota	Valor
1.1	6.0	
1.2	6.0	
1.3	5.5	
1.4	5.0	
1.5	5.5	
1.6	5.5	
1.7	5.0	
Nota Final	5.6	

Excelente 7.0-6.5; Muy Bueno 6.4-6.0; Bueno 5.9-5.0; Aceptable 4.9-4.0; Deficiente 3.9- 3.0.



COMENTARIO

El presente reportaje aborda un tema en el orden de lo local, sin embargo, de significación en el registro general de la historia política contemporánea de Chile. Reconstruye parcialmente un contexto y un marco explicativo del motivo que examina. Utiliza fuentes directas de información y documentación pertinentes. Exhibe una escritura clara y dinámica, al tiempo que construye un relato ordenado y coherente con su propósito.

Quizá cabría profundizar y precisar el levantamiento contextual donde sitúa su tema y problema. Sería recomendable aproximarse, aunque sea descriptivamente, al problema conceptual, ideológico, histórico, político, social y cultural que pretende explicar.

Ateniéndose a su carácter estrictamente periodístico, bien se podría enriquecer el presente reportaje profundizando o aportando algunos elementos claves y antecedentes sociohistóricos del contexto político local y del desarrollo en el marco institucional en que se inscribe su objeto. Habría sido significativo conocer, por ejemplo, cuadros históricos de registros de militantes, su movilidad y participación en el padrón electoral, conocer documental y analíticamente los litigios y tensiones de las distintas corrientes políticas, etc.

En general se trata de un buen trabajo y, eventualmente, podría servir de base para el desarrollo de investigaciones periodísticas de mayor profundización y complejización. En virtud de lo anterior, evaluamos el reportaje con la nota final de un 5.6 (cinco, seis).

Muy cordialmente,

Atentamente,

Juan Pablo Arancibia Carrizo

Santiago, 25 de noviembre de 2015